
HARLEQUIN
Jazmín
LA DINASTÍA FALCON
Lucy Gordon
París nos unió de nuevo

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

PARÍS NOS UNIÓ DE NUEVO, N.º 93 - octubre 2013
Título original: Miss Prim and the Billionaire
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3822-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

La luz del alba empapaba la habitación cuando Marcel se giró hacia la chica que estaba junto a él, aún dormida. Después, admiró su dulce cara y su cabello rubio y le dio un beso en los labios. Sin despertarse, ella murmuró:

–Marcel…

–Calla. Solo quería decirte que…

–Mmm…

–Bueno, quería decirte muchas cosas. Cosas que no sé decirte cuando estás despierta –respondió–. Cada vez que te miro, me quedo sin palabras. Ni siquiera sé expresar lo bella que eres, aunque lo sabes de sobra.

Marcel le apartó la sábana y contempló su gloriosa figura, esbelta y exuberante a la vez.

–Hay muchas personas dispuestas a cantar tu belleza; desde los fotógrafos hasta todos esos hombres que te arrancarían de mi lado si pudieran… pero no se lo voy a permitir, mi preciosa Cassie.

Sin abrir los ojos, ella le dedicó una sonrisa que le llegó al corazón. Por entonces, Marcel era un joven de poco más de veinte años, con un cuerpo casi adolescente y rasgos casi tan dulces como los de la propia Cassie. El tiempo todavía no había endurecido sus músculos ni su expresión. Pero pensó que nunca estaría mejor que en ese momento, admirándola.

–¿Me oyes, preciosa? Tengo algo que decirte; algo que no sabes y que quizás te enfade, aunque estoy seguro de que me perdonarás. Y cuando me hayas oído, te rogaré que seas mi esposa… porque quiero subirme a la torre más alta y gritar al mundo que eres mía, mía y de nadie más. ¿Te casarás conmigo, cariño?

Cassie no dijo nada. Seguía con los ojos cerrados.

–Pero antes, tengo que contarte lo que te he estado ocultando. Aunque ahora que lo pienso… No, prefiero esperar un poco más. Tengo miedo de que te enfades cuando sepas que te he engañado, que te hice pensar que… Bueno, ya lo sabrás en su momento. Por

ahora, solo diré que te amo, que soy tuyo y que nada podrá cambiar eso. No sabes cuánto me gustaría que fueras mi esposa.

Los ojos marrones de Marcel se clavaron en la rubia cabellera de Cassie, que caía sobre la almohada como una cascada de rizos.

–Pero duerme ahora. Duerme un poco más –continuó–. Ya hablaremos después… Tenemos toda la vida por delante.

Capítulo 1

–Lo malo de las bodas es que siempre sacan al idiota que todos llevamos dentro.

Marcel Falcon sonrió al hombre que acababa de hablar. Era un socio con el que se llevaba particularmente bien.

–Me alegro de verte, Jeremy. Pero siéntate, por favor… Yo pediré las copas. ¡Camarero!

Estaban en el bar de uno de los hoteles más lujosos de Londres, el Gloriana, que además de habitaciones, también ofrecía salones para celebrar bodas a quien se lo podía permitir. Marcel pidió las copas, pagó en la barra y se sentó con su amigo.

–No podría estar más de acuerdo con lo que has dicho. Las bodas no le sientan bien a nadie. Yo me habría ahorrado esta, pero Darius, mi hermano, es el ex de la novia.

–¿Y lo han invitado?

–Por el bien de los niños. Frankie y Mark necesitan saber que sus padres se llevan bien después del divorcio.

–Supongo que tu padre habrá tenido algo que ver…

–Mi padre siempre está metido en todo –comentó con ironía–. De hecho, los presionó para que retrasaran la boda para poder venir a Inglaterra sin tener que pagar una fortuna en impuestos. Como sabes, declara en Montecarlo, en el principado de Mónaco… pero si pasa más de noventa días en Inglaterra, se le consideraría residente y tendría que pagar aquí.

–¿Y por qué se arriesga?

–Porque Frankie y Mark son sus únicos nietos y quiere formar parte de su vida.

–Qué extraño… tiene cinco hijos y solo uno le ha dado descendencia.

–Él se queja siempre de lo mismo. No deja de presionarnos para que nos casemos. Preferiblemente, con Freya.

–¿Quién es Freya?

–Su hijastra, lo más parecido a una hija que ha tenido nunca –

respondió–. Está empeñado en que se case con alguno de nosotros.

–¿Y vais a permitir que os imponga una esposa?

–¿Bromeas? Estamos hablando de mi padre. Cuando él dice algo, los demás no pueden hacer otra cosa que obedecer.

–Si, eso es cierto.

–Mi padre quiere que tengamos hijos para perpetuar la dinastía de los Falcon; pero, con excepción de Darius, todos le hemos decepcionado –explicó–. A Jackson le gustan más los animales salvajes que la gente; Travis no tiene intención de casarse y, en cuanto a Leonid, cualquiera sabe. Vive en Rusia, y se deja ver tan de cuando en cuando que podría tener seis esposas y no lo sabríamos.

–Entonces, solo quedas tú, el francés seductor.

–No digas eso. Estoy harto de ese cliché.

–Pero encajas en él. La vida en París, tus múltiples conquistas…

Marcel le lanzó una mirada de pocos amigos.

–No lo digo como crítica –continuó Jeremy–. Me parece bien que te diviertas. Aunque daría cualquier cosa por saber cómo te las has arreglado para seguir soltero tanto tiempo.

–El truco consiste en dejar de ver a las mujeres como si fueran diosas.

Marcel lo dijo con tanta amargura que Jeremy adivinó lo que le había pasado.

–Ah, ya veo… alguien te partió el corazón.

–Es posible, pero ya no importa –dijo con frialdad–. Es agua pasada.

Jeremy asintió.

–Bueno, supongo que tu truco funciona. A fin de cuentas, tienes las mujeres que quieres y cuando quieres.

–Deja de decir tonterías…

–No son tonterías. Mira esas chicas. No te han quitado el ojo de encima.

Jeremy había dicho la verdad. En la barra del bar había tres mujeres que habían estado sopesando a los hombres del establecimiento; y las tres habían terminado por clavar la vista en Marcel. Una suspiraba, la otra ladeaba la cabeza y la tercera, sonreía de forma coqueta.

Pero a Jeremy no le extrañó. Su amigo, de poco más de treinta

años, era un moreno alto, guapo y con un cuerpo sin un gramo de grasa sobrante. Y por si eso fuera poco, tenía carisma y un carácter que podía resultar encantador o cruel, como bien sabían sus competidores en el mundo de los negocios.

Obviamente, las mujeres del bar no sabían nada de eso. Solo veían a un hombre muy atractivo y con un punto rebelde que les llamaba enormemente la atención.

Jeremy se preguntó cual de las tres se acercaría a la mesa. Si no se acercaban las tres.

–¿Y bien? Ya has elegido? –le preguntó con sarcasmo.

–No me gustan las prisas.

–No, claro que no. Y mira, ahí llegan más… Eh, ¿ese no es Darius?

Desde el bar se podía ver el vestíbulo del hotel. Darius acababa de entrar y estaba esperando el ascensor en compañía de una mujer.

–¿Quién es ella? –continuó Jeremy.

–No tengo ni idea. Me dijo que vendría con una amiga que vive en la isla de Herringdean, pero no me dio más explicaciones.

Un segundo más tarde, Darius y su acompañante entraron en el ascensor y desaparecieron.

–Bueno, será mejor que vaya a saludarlos. Nos vemos luego, Jeremy.

Era una excusa. Antes de ver a Darius, Marcel tenía intención de hablar con su padre, que había llegado una hora antes. Pero, en lugar de dirigirse a la suite de Amos, se dedicó a inspeccionar los salones del Gloriana. Era uno de los establecimientos hoteleros más elegantes de Londres, pero no podía competir con su hotel de París.

Marcel lo había llamado La Couronne, La Corona, para hacer saber al mundo que era el rey de los hoteles y que se sentía orgulloso de ello. Lo dirigía personalmente y supervisaba todos los detalles que atraían a los políticos, empresarios y artistas más famosos del planeta. Era un lugar para gente influyente; pero, sobre todo, para gente con dinero.

El dinero ocupaba un lugar central en su vida. Marcel había abierto el hotel con un crédito avalado por su padre, quien también había invertido una buena suma. Pero había devuelto hasta el último penique.

Al llegar a la sala de baile donde se iba a celebrar la boda del

día siguiente, Marcel contempló los arreglos florales y se acordó de unas palabras que había pronunciado tiempo atrás, cuando era un joven ingenuo que no sabía nada de la vida.

«Quiero subirme a la torre más alta y gritar al mundo que eres mía, mía y de nadie más. ¿Te casarás conmigo, cariño?»

Pero habían pasado muchos años. Ahora era un hombre distinto. Aunque aquel recuerdo lo atormentara constantemente.

Ya había salido del salón de baile cuando se encontró con su padre. Llevaba varias semanas sin verlo; la última vez, Amos acababa de sufrir un infarto y se estaba recuperando, así que Marcel se sintió más tranquilo al observar que volvía a ser el de siempre.

Tras darle un abrazo, dijo:

–Me alegra que estés mejor.

–Estoy perfectamente –declaró Amos–. Pero deberías venir conmigo. Janine y Freya arden en deseos de verte.

Freya era hija de Janine, la tercera esposa de Amos. Como el padre de Marcel no había tenido ninguna hija, se había encariñado con ella y ahora quería que se casara con alguno de sus hijos, para que formara parte de la familia.

–Dejémoslo para más tarde. Estoy echando un vistazo al hotel. No es una maravilla, pero puede que me dé alguna idea. Tengo intención de ampliar el negocio y, quizás, de abrir algún establecimiento fuera de Francia.

–En ese caso, deberías buscar en Londres. El mercado inmobiliario se ha hundido y ahora se encuentran verdaderas gangas. Si necesitas un crédito, te puedo poner en contacto con varias entidades bancarias… o incluso prestarte dinero.

–Gracias. Es posible que acepte tu oferta.

Los dos hombres siguieron paseando por el hotel.

–El Gloriana tiene algo que no tiene La Couronne. Ofrece servicios para bodas –observó Amos–. Deberías probarlo. Da mucho dinero.

–Dudo que sirva para aumentar mis beneficios.

Marcel tenía varias razones para no querer que su hotel diera servicios de esa clase, pero no era un asunto del que tuviera ganas de hablar, así que cambió de conversación. Pocos minutos después, cuando entraron en el bar de la azotea, Amos señaló un edificio alto que se veía en la distancia.

–Es la sede de Daneworth Estates –dijo.
–He oído hablar de ellos. Por lo visto, tienen problemas graves.
–Y tanto. Están vendiendo muchos de sus activos.
Marcel arqueó una ceja.
–¿Hay alguno que me pueda interesar?
–El hotel Alton –contestó su padre–. Tenían intención de renovarlo, pero se han quedado sin dinero y se ven obligados a venderlo a un precio ridículo.
–¿De cuánto estamos hablando?
Amos le dio una cifra y Marcel lo miró con sorpresa.
–¿Tan poco?
–Piden más, pero estoy seguro de que aceptarían esa cantidad si alguien con influencia los presionara lo suficiente.
–¿Y ese alguien está dispuesto a presionarlos?
Su padre sonrió.
–¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Inglaterra?
–Lo suficiente para ver posibles locales.
–Magnífico –dijo Amos–. Me alegra ver que al menos tengo un hijo del que me puedo sentir orgulloso.
–¿Todavía estás enfadado con Darius por haber firmado un acuerdo de divorcio demasiado generoso? Pensaba que Mary te caía bien…
–Y me cae bien. Además, es la madre de mis nietos y no voy a enfrentarme a ella. Pero Darius ha demostrado que tiene muy poco sentido común. Por cierto, ¿sabes algo de la chica que ha venido con él?
–No. Los he visto hace un momento y me ha parecido bastante atractiva. De hecho, quería ir a saludarlos.
–Cuando los veas, obsérvala con atención. Puede que le haya tendido una trampa a Darius.
–Ah, comprendo… Temes que esa mujer se interponga en tus planes de casar a Darius con Freya.
–No voy a negar que me gustaría que Freya se case con alguno de vosotros. Pero si Darius no me hace caso, tendrás que ser tú quien…
–Olvídalo –lo interrumpió.
–Ya es hora de que sientes la cabeza, Marcel.
–Que lo hagan los demás.

Amos bufó.

–¡Cinco hijos! ¡Tengo cinco hijos y solo uno me ha dado nietos!

Marcel no quería discutir con su padre, de modo que se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

–Bueno, será mejor que me vaya, papá. Dile a Janine y a Freya que pasaré a verlas en cuanto termine con Darius.

Al llegar a la habitación de su hermano, vio que la puerta estaba abierta y entró sin llamar. Darius se encontraba en compañía de una mujer joven y elegante, a la que miraba con admiración.

–¿Interrumpo algo?

–¡Marcel!

Darius se acercó y le dio un abrazo cariñoso.

–Siento haber entrado sin llamar, pero la puerta estaba abierta.

Marcel observó a la joven y añadió, girándose hacia su hermano:

–Vaya, qué callado te lo tenías… Aunque no me extraña que hayas guardado el secreto. Si yo estuviera con semejante dama, la escondería del resto del mundo. Pero, ¿no nos vas a presentar?

Darius le presentó a su amiga, que se llamaba Harriet. A Marcel le gustó tanto que no pudo resistirse a la tentación de coquetear un poco con ella.

–Bueno, Harriet, espero que estés preparada para nuestra reunión familiar. Me temo que somos un montón de bichos raros.

–Seguro que no sois más raros que yo.

–Si tú lo dices… Pero prométeme que esta noche bailarás conmigo.

–Harriet no va a bailar contigo –intervino Darius con firmeza.

–¿Ah, no? –preguntó Harriet.

–No.

Marcel rompió a reír y susurró al oído de Darius:

–Eso ya lo veremos.

Tras despedirse, Marcel se dirigió a la suite de su padre, donde su madrastra lo recibió con cordialidad. Pero, mientras hablaba con ella, no dejaba de mirar la ventana tras la que se veía la sede de Daneworth Estates.

Amos tenía razón. El hotel Alton podía ser un activo muy interesante.

El señor Smith, gerente de Daneworth Estates, examinó unos expedientes con preocupación. Se encontraba en su despacho, situado en el décimo piso de la sede de la empresa, junto al río Támesis.

–¡Señora Henshaw! –dijo en voz alta–. ¿Podría traer el resto de los documentos, por favor?

–Enseguida.

Smith miró al cliente que esperaba al otro lado de la mesa.

–No se preocupe. La señora Henshaw tiene todos los detalles.

Momentos después, la joven entró en el despacho con los documentos que le había pedido.

–He añadido unas cuantas notas. Creo que ahora están perfectos.

–Estoy seguro de ello.

El cliente miró a la joven con desagrado. Pertenecía a una clase de mujeres que le disgustaban sobremanera; mujeres que descuidaban su aspecto y desaprovechaban sus cualidades físicas. La señora Henshaw era una rubia alta y esbelta, de rasgos bellamente regulares; pero vestía sin elegancia alguna, llevaba el pelo recogido en un moño y ocultaba su rostro tras unas gafas espantosas.

–Son casi las seis –dijo ella.

El señor Smith asintió.

–Lo sé. Puede irse cuando quiera.

La joven se despidió y salió del despacho.

–Cada vez que la veo, tengo escalofríos –dijo el cliente.

–Yo también –le confesó el señor Smith–. Pero la señora Henshaw es extraordinariamente eficaz.

–Me extraña que sea su secretaria y la llame de usted…

–Son manías suyas. Yo preferiría que nos tuteáramos, pero se opone porque dice que sería una familiaridad excesiva.

–Pero usted es su jefe –le recordó.

–A veces me pregunto quién es el jefe de verdad –dijo con humor.

–Pues parece un robot…

–Sí, eso es cierto. Quién diría que trabajó de modelo.

El cliente lo miró con sorpresa.

–¿En serio?

–En serio. Creo recordar que su nombre artístico era Cassie… Durante un par de años, estuvo en lo más alto de su negocio, pero

luego lo dejó. No sé por qué.

–Aún podría estar guapa si lo intentara –observó–. ¿Por qué diablos se recogerá el pelo de una forma tan horrible?

–Lo desconozco, pero será mejor que volvamos con lo nuestro. Si no encuentro una solución a este problema, terminaré en la bancarrota y su negocio se hundirá con el mío –dijo–. ¿Qué puedo hacer?

–No se me ocurre nada…

Ninguno de los dos hombres se dio cuenta de que Jane Henshaw los había oído, porque no había cerrado la puerta al salir. Pero en lugar de sentirse ofendida con sus comentarios, se limitó a encogerse de hombros.

–No sé cómo lo soportas –dijo Bertha, su compañera de trabajo.

–Es fácil. Hago caso omiso.

–¿Quién es esa Cassie de la que estaban hablando?

–No tengo ni idea.

–Pero si han dicho que eras tú…

Jane la miró con frialdad.

–Pues se equivocan. Cassie no fue más que un sueño. ¿Nos vamos a casa?

Sus palabras sonaron con un toque de desesperación. Necesitaba estar sola para pensar, aunque no sabía qué hacer. Su vida se extendía ante ella como una superficie vacía y sin sentido; la misma superficie de los diez años anteriores.

Subió a un autobús y se dirigió al piso donde vivía, un lugar limpio y ordenado, pero sin alma. Cuando llegó, intentó trabajar un rato y olvidar el nombre que había surgido aquella tarde en la oscuridad de sus recuerdos. Cassie. Un nombre que parecía de otro mundo. El nombre de una mujer a la que habían partido el corazón.

Al final, se acostó y se quedó dormida. Pero Cassie volvió en sus sueños, gloriosamente desnuda y totalmente enamorada, arrojándose a los brazos de un joven que la idolatraba primero y la odió después.

Y con la pesadilla de Cassie, volvió el recuerdo de una antigua conversación.

–«¡Tú! La última persona a la que querría ver»

–«Marcel…»

–«Yo te amaba, Cassie, confiaba en ti»

–«No, no, tú no lo entiendes. Escúchame, por favor…»

–«¡Quítate de mi vista!»

La pesadilla terminó como de costumbre. Se despertó y se encontró sola en la oscuridad de la noche.

–Déjame en paz, Marcel –dijo–. Por favor, déjame en paz.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño, cuyo espejo reflejó a una mujer sin el disfraz de profesional frío y contenido que siempre llevaba bajo la luz del sol. El pelo se le había soltado y le caía sobre los hombros en cruel imitación de Cassie, la preciosa niña de su pasado; la niña que se había desvanecido entre la niebla y que ahora, súbitamente, la volvía a mirar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¡No! –gritó–. ¡No!

Pero su grito llegó demasiado tarde. Diez años tarde.

Capítulo 2

–Creo que me voy a arrepentir –dijo el señor Smith–. El hotel Alton vale el doble de lo que me ofrece, pero es la mejor oferta que me han hecho.

La señora Henshaw frunció el ceño y echó otro vistazo a la propuesta.

–¿Está seguro de que no le puede sacar más?

–Lo intenté, pero se mantuvo firme y no tuve más remedio que aceptar. Si no vendemos esas propiedades pronto, nos hundiremos.

–¿Esa es su forma de decirme que me busque otro trabajo?

–Me temo que sí, señora Henshaw, pero es posible que le pueda echar una mano –respondió–. Le dije que usted se reuniría con él para estudiar los detalles del acuerdo.

–¿Y qué?

–Que Marcel necesitará una persona que lo ayude con sus negocios en Inglaterra. Una persona que conozca el país.

–¿Marcel? –preguntó, sorprendida.

–Sí… Marcel Falcon, uno de los hijos de Amos Falcon.

Ella se relajó. El Marcel de su pasado no se apellidaba Falcon, sino Degrande.

–Estoy seguro de que se quedará impresionado con usted –continuó Smith–. Si juega bien sus cartas, le ofrecerá un empleo.

–Comprendo –dijo–. ¿Cuándo quiere que me reúna con el señor Falcon?

–Ahora mismo. Se aloja en el hotel Gloriana. La espera dentro de media hora.

–¿De media hora? Es muy poco tiempo –protesto–. No tendré ocasión de investigarlo…

–Sé que no es nuestra forma habitual de actuar, pero las cosas van muy deprisa y tenemos que cerrar ese acuerdo cuanto antes.

Tras despedirse de su jefe, salió del edificio, subió a un taxi y se dedicó a estudiar la propuesta durante el trayecto. En otras circunstancias, no habría acudido a una reunión tan importante sin

investigar al comprador. Había oído hablar de Amos Falcon, un empresario famoso en todo el mundo, pero no sabía nada de su hijo.

Sin embargo, no le preocupaba demasiado. Afrontaría la reunión con la misma meticulosidad y eficacia que gobernaba toda su vida.

Al entrar en el Gloriana, se acercó a recepción y dijo:

–Por favor, avise al señor Falcon e infórmele de que la señora Jane Henshaw ha llegado.

–El señor Falcon está aquí mismo, en el bar.

Ella se volvió hacia la entrada del bar y vio a un hombre sentado a una mesa. Como estaba de lado, no lo reconoció; pero un momento después, giró la cabeza.

–No –dijo, atónita–. No…

Era Marcel, su Marcel. Tenía más años y un cuerpo más maduro, pero seguía siendo el mismo hombre que le había dado los momentos más felices de su existencia y que, al final, había estado a punto de destruirla.

¿Cómo era posible que sus caminos se volvieran a cruzar?

Dio un paso atrás y, luego, otro, moviéndose hacia la salida con la esperanza de huir antes de que la viera.

De algún modo, consiguió llegar al jardín del establecimiento. Pero temblaba tanto que se sentó en la terraza del hotel porque no tenía fuerzas para seguir andando.

Como en tantas ocasiones, lamentó haberlo conocido; haber sido tan joven, inocente, ignorante y quizás estúpida como él; haber creído que podía conquistar el mundo con su talento, su belleza y su entusiasmo.

Jane Agnes Cassandra Baines, Cassie, estaba destinada a ser modelo.

–Eres demasiado bella para desaprovecharlo –le había dicho Rebecca, su hermana, en cierta ocasión–. Lucha por tus sueños… y hazme el favor de cambiar de nombre. Jane es demasiado normal y corriente.

Rebeca tenía ocho años más que ella y era madre desde poco antes de que fallecieran sus padres. Por entonces, andaba tan mal de dinero que Jane le daba todo lo que ganaba.

–Cassandra es mejor –continuó su hermana–. A mamá le gustaba mucho… Decía que, en griego clásico, significa «la que seduce a los hombres». Papá no quiso que te llamara así, pero mamá insistió y te

lo puso de tercero.

–La que seduce a los hombres… –repitió Jane–. Sí, me gusta. Seré Cassandra.

Y Jane se transformó en Cassandra.

Su éxito fue tan rápido que su imagen estaba en todas partes, como sus admiradores. Los hombres ricos hacían cola para ponerle el mundo a sus pies, pero ella solo tenía ojos para Marcel Degrande, un chico pobre que vivía en un apartamento de una sola habitación.

En aquella época, Marcel trabajaba como repartidor en una tienda de ultramarinos. De hecho, se habían conocido cuando le fue a llevar un pedido de fruta. En cuanto vio su sonrisa y su mirada de picardía, Cassie olvidó a todos los multimillonarios que la cortejaban y se quedó prendada de él.

Como él de ella. Porque Marcel era tan generoso y apasionado como ella.

–No puedo creer que sigas conmigo –le dijo un día, cuando estaban en la cama–. Podrías estar con quien quisieras y, sin embargo, te quedas con un hombre que no te puede invitar a restaurantes ni hacerte regalos caros.

–Pero tú me das algo que los demás no me pueden dar. Además, ¿a quién le importa el dinero? El dinero es aburrido.

–Sí, es mortalmente aburrido. ¿Quién lo necesita?

–Nadie. Pero yo necesito otra cosa –declaró, moviéndose con sensualidad–, y me estoy cansando de esperar.

–Tus deseos son órdenes para mí.

Amar a Marcel había sido lo mejor y más bello de su vida; una experiencia única que terminó al cabo de unos meses, de forma cruel.

Jake, un hombre rico, poderoso y con contactos en el mundo del crimen, se había encaprichado de ella y estaba decidido a hacerla suya. Cassie le dijo que no tenía ninguna oportunidad y él se marchó de su casa sin decir palabra, de modo que se quedó convencida de que había resuelto el problema.

En ese momento, Marcel estaba trabajando. Y cuando la llamó más tarde por teléfono, Cassie decidió no mencionar que había estado con Jake. Ya tendría ocasión de decírselo en persona cuando volviera. Pero Marcel no volvió.

Aquella misma noche, llamaron a su puerta. Era Jake.

–Marcel ha tenido un accidente –dijo–. Lo han atropellado.

–Oh, Dios mío… ¿En qué hospital está?

–No necesitas saberlo. No lo volverás a ver.

–¿Cómo?

Jake sacó una fotografía y se la enseñó. Era de Marcel. Estaba en una cama de hospital, vendado y cubierto de sangre.

–¿No lo has entendido todavía? Si yo hubiera querido, ahora estaría muerto… y lo estará si no entras en razón. Te aconsejo que no intentes encontrar el hospital porque, si lo haces, tu amigo pagará un precio muy caro.

Jake señaló la foto y añadió:

–Una doctora del hospital me debe un favor. Ella me ha enviado la fotografía. No querrás que Marcel empeore, ¿verdad?

Cassie se quedó con la angustia de saber no solo que Marcel había sufrido un accidente grave y que ella no podía volver a verlo, sino de que pensaría que lo había abandonado.

En su desesperación, le escribió una carta y la metió por debajo de la puerta de su apartamento, esperando que la encontrara cuando le dieran el alta en el hospital. Y luego, esperó. Esperó durante días. Creía que se pondría en contacto con ella, pero ni la llamó por teléfono ni contestó a sus llamadas.

Al final, decidió hablar con su casera, quien le confirmó que había salido del hospital y que le había visto recoger el correo.

–Dígale que me llame, por favor –le rogó.

–No puedo. Se ha marchado; hizo las maletas y se fue. Supongo que se habrá ido a Francia, donde tiene familia. He intentado hablar con él, pero su móvil no funciona.

Desde entonces, habían pasado diez años.

Cassie suponía que había leído su carta y que no había creído sus explicaciones. O que la odiaba tanto que no la podía perdonar.

Y ahora estaba allí, sentada en la terraza del hotel, preguntándose cómo era posible que aquel joven pobre, que no tenía un penique, hubiera resultado ser el hijo de uno de los hombres más poderosos del planeta.

Fuera como fuera, no se podía quedar para descubrirlo. No soportaba la idea de mirarlo a los ojos cuando la viera tan cambiada, sin la belleza de Cassie, convertida en la señora Henshaw, en una Jane normal y corriente.

Pero ya era demasiado tarde. Un segundo después, el recepcionista apareció junto a la mesa en compañía de Marcel.

–Ah, estaba aquí… Señora Henshaw, le presento al señor Falcon.

–Siento haberla hecho esperar –se disculpó Marcel.

–No, ha sido culpa mía –acertó a decir–. No debería haber salido.

–¿Le importa que me siente con usted?

–En absoluto.

Ella estaba tan perpleja que casi no podía hablar. Al parecer, no la había reconocido.

–¿Qué le apetece beber? ¿Champán?

–Prefiero un agua con gas, gracias. Quiero tener la cabeza despejada.

–En ese caso, yo tomaré lo mismo –Marcel se giró hacia el recepcionista–. ¿Podría avisar al camarero?

–Por supuesto, señor.

Cuando se quedaron a solas, Marcel sonrió y dijo:

–Veo que es de las personas que anteponen los negocios al placer.

Jane pensó que su voz no había cambiado nada. Hablaba muy bien su idioma, pero con el mismo acento francés que siempre le había gustado.

–Smith la ha cubierto de elogios –continuó–. Afirma que nadie sabe tanto de mi nueva adquisición como usted.

–Espero estar a la altura de sus halagos.

–No lo dudo.

–¿Quiere hacer un hotel parecido a La Couronne?

–¿Conoce La Couronne? Excelente… Sí, pretendo que sea parecido. Aunque me gustaría que ofreciera otros servicios, como un centro para conferencias.

–El edificio no es lo suficientemente grande.

–Lo sé, pero lo voy a ampliar –la informó–. Quiero a los mejores constructores de Londres. Si me puede recomendar alguno…

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a hablar de negocios. Jane tomó notas y ni siquiera levantó la cabeza cuando el camarero apareció con las dos botellitas de agua con gas que habían pedido.

Marcel seguía sin darse cuenta de que estaba con su antigua

amante, y ella consideró la posibilidad de que se hubiera equivocado, de que no fuera realmente él. Pero habría reconocido su cara y sus ojos oscuros en cualquier parte.

Era Marcel.

Pero un Marcel muy distinto.

Casi tan distinto como ella, que ya ni siquiera era Cassie.

–Tengo entendido que el dueño del edificio contiguo lo quiere vender –declaró ella al cabo de un rato.

–Sería perfecto para la ampliación. Si me da los detalles, hablaré con él.

Jane le dio su dirección y su número de teléfono.

–Magnífico. Imagino que Smith ya le ha comentado que necesito un ayudante. ¿Le gustaría trabajar conmigo? No se me ocurre nadie mejor.

–Es un poco impulsivo, ¿no le parece?

–En absoluto. Las decisiones correctas se toman enseguida.

Jane estuvo a punto de aceptar el ofrecimiento. La tentaba la idea de trabajar con él, día tras días, sin que él la reconociera.

Pero la rechazó.

–Me temo que no puedo.

–¿Por qué? ¿Tiene miedo de que su marido se oponga?

–Estoy divorciada.

–Entonces, es absolutamente libre. Es dueña de su propio destino.

–Nadie es dueño de su destino, señor Falcon. La gente cree que lo es, pero las personas inteligentes no se engañan con eso.

Marcel la miró con curiosidad.

–Y usted es una persona inteligente, claro.

–Al final, todos aprendemos.

–Todos, no; solo algunos.

Marcel la miró a los ojos con intensidad.

–Las cosas se están moviendo muy deprisa en el mercado inmobiliario –siguió diciendo–. Cuando le diga al señor Smith que he decidido contratarla, estoy seguro de que la liberará de sus responsabilidades inmediatamente.

–Ya le he dicho que…

–Sí, sé lo que me ha dicho, pero insisto.

Jane suspiró.

–Tendré que pensarlo.
–Le pagaré el doble de lo que Smith le paga.
–¿Y cómo sabe lo que me paga? Podría mentir.
–Y yo se lo podría preguntar a Smith –replicó con rapidez–. Pero no lo haré. Confío en usted. Y no se preocupe por mi generosidad… soy un jefe duro. Puede estar segura de que se ganará su sueldo.
–Mire…
–No aceptaré una negativa por respuesta. Trabajará para mí.
–¿Cómo se atreve a decirme lo que tengo que hacer?
–Me atrevo porque voy a ser su jefe.
–Pero yo no he dicho que quiera ser su empleada.
–Lo será.
–Señor Falcon, creo que es hora de que entienda que…
–¡Vaya, vaya! ¿Quién lo iba a decir?
Marcel y Jane se giraron hacia el hombre que acababa de hablar, un hombre alto que se acercaba a ellos con aire de satisfacción.
–Oh, no… –dijo ella en voz baja.
–¿Lo conoce?
–Es Keith Lanley, un periodista de economía que adora el sensacionalismo. Siempre está a la caza de una exclusiva.
–Así que los rumores eran ciertos, Jane… –dijo Keith cuando llegó –. Dejas Daneworth antes de que se hunda. ¿No me vas a presentar a tu amigo? Aunque no es necesario, por supuesto. Todo el mundo sabe que los Falcon están en Londres.
–No estamos aquí por negocios, sino para asistir a una boda –declaró Marcel con frialdad.
–Por supuesto, por supuesto. Pero ningún Falcon desaprovecharía la oportunidad de hacer dinero, ¿verdad?
Jane se levantó de la mesa. No estaba dispuesta a tolerar la presencia de Lanley.
–Me voy.
–Espera… –dijo el periodista.
Lanley intentó alcanzarla, pero se apartó y se alejó por el jardín del hotel.
–Déjela en paz –bramó Marcel.
–No se enfade conmigo. Podría hacerle un favor.
–El único favor que puede hacerme es desaparecer de la faz de la

Tierra. Márchese de aquí o llamaré a la policía.

–Está bien, como quiera –dijo Lanley, aparentemente resignado–. Pero ¿no podría hacer alguna declaración sobre su padre?

–¡Largo!

El periodista se fue de inmediato. Marcel respiró hondo y salió corriendo en la dirección por donde ella había desaparecido. No podía creer que tuviera tan mala suerte, que la hubiera perdido una vez más.

Pero la encontró apoyada en un árbol, de espaldas a él. Y cuando le puso una mano en el brazo, su reacción fue violenta.

–¡Déjame! ¡No voy a hablar contigo!

–No soy Lanley. Se ha marchado.

Jane no dijo nada. Simplemente, cerró los ojos y se desmayó.

–¡Cassie! –gritó Marcel–. ¡Que alguien llame a un médico!

Rápidamente, la tomó en brazos y la llevó a la entrada del hotel. Alguien debía de haber oído sus gritos, porque el médico del establecimiento los estaba esperando.

Jane tenía los ojos cerrados, pero no estaba completamente inconsciente. Notaba el contacto de los firmes brazos de Marcel y su propia confusión ante el hecho de que la hubiera llamado Cassie. ¿Se lo habría imaginado? ¿Lo habría dicho de verdad? Y en tal caso, ¿desde cuándo lo sabía?

Soltó un gemido ahogado y abrió los ojos.

–Ya vuelve en sí –dijo el médico.

Marcel se inclinó sobre ella.

–Estoy bien…

–Déjeme ver.

Mientras el médico la examinaba, Jane se dijo que no era posible que Marcel la hubiera llamado por su antiguo nombre. No era posible que la hubiera reconocido. De hecho, no quería que la reconociera.

–Parece que se encuentra bien, pero le recomiendo que se acueste pronto y descanse –dijo el médico–. ¿Se aloja en el hotel?

–No.

–¿Vive con alguien que pueda cuidar de usted?

–Tampoco.

–Es una pena… no conviene que esté sola esta noche.

–Y no lo estará –intervino Marcel–. Se quedará en mi suite, con

una mujer que la cuide.

–¿Ah, sí? –bramó ella, indignada.

–Sí, señora Henshaw. Y no se moleste en protestar.

–¿Cómo se atreve a…?

–Acéptelo, señora –la interrumpió el doctor–. Es evidente que el caballero la aprecia mucho.

–El caballero no me aprecia nada. Nos acabamos de conocer.

El médico se quedó hablando con ella y Marcel aprovechó la oportunidad para ir a buscar una silla de ruedas.

–No necesito eso –dijo Jane.

–Claro que lo necesita. Venga, deme la mano.

Jane pensó que había llegado el momento de poner tierra de por medio, pero no pudo librarse de él y, al cabo de unos minutos, se encontró en su suite, donde los recibió una joven de aspecto agradable.

–Le presento a mi hermana Freya –dijo Marcel–. Freya, esta es la señora Henshaw…

Marcel explicó a su hermana lo sucedido y se marchó. Freya la llevó a una de las habitaciones, que tenía cuarto de baño, y la ayudó a quitarse la ropa.

–¿Qué te ha hecho mi hermano?

–Nada, lo que ha dicho es cierto. Me he desmayado.

–Pues es evidente que se siente responsable de ti…

–No sé por qué.

–Quizás, porque es un hombre responsable y generoso. Lo estoy empezando a descubrir –afirmó.

–¿Cómo es posible? Si es tu hermano, deberías conocerlo bien.

Freya rio.

–En realidad no es mi hermano, sino mi hermanastro. Insiste en subrayar lo de hermana porque no se quiere casar conmigo.

–¿Cómo?

–Amos desea que me case con alguno de sus hijos. Su primera elección fue Darius, pero no está más dispuesto que yo. Y ahora, naturalmente, le toca a Marcel.

–¿Y tú qué opinas?

Freya volvió a reír.

–Marcel no es mi tipo. Se parece demasiado a su padre –contestó–. Y, francamente, la idea de casarme con un hombre así

me produce escalofríos.

–¿Por qué?

–Porque solo piensan en el dinero. Bueno, en el dinero y en adelantarse siempre a sus enemigos.

–¿Marcel tiene muchos enemigos?

–No tengo ni idea, pero dudo que tenga muchos amigos. Hay algo en él tan frío que helaría el corazón de cualquiera. Bueno, ya estás preparada para acostarte. ¿Quieres que me quede contigo?

–No, gracias.

Jane estaba loca por quedarse a solas. Y cuando la puerta se cerró, se tapó la cabeza con el edredón e intentó poner en orden sus pensamientos.

Freya había dicho que Marcel era un hombre frío; pero el hombre del que Jane se había enamorado era incapaz de ser frío con nadie. Al parecer, los años lo habían cambiado tanto como a ella.

Sacudió la cabeza e intentó convencerse de que lo había soñado todo y de que, al día siguiente, cuando despertara, su vida seguiría como siempre. Sin embargo, no estaba segura de que lo deseara. En ese momento, no sabía nada de nada.

¿La habría reconocido de verdad? ¿Quería que la reconociera?

Cansada, renunció a seguir pensando y se quedó dormida.

Capítulo 3

Despertó en mitad de la noche, al oír pasos en el corredor. Pero no abrió los ojos, porque estaba segura de que sería Marcel.

Segundos después, la puerta se abrió. Alguien se acercó a la cama y la tocó.

–Soy yo, Freya. ¿Te he despertado?

–No, no, ya estaba despierta.

Freya encendió la luz y se sentó en el borde de la cama.

–Me tengo que ir, pero te he traído una taza de té.

–Gracias.

–De nada. Y ahora que lo pienso, ¿cómo te llamas? Mi hermano no me ha dicho tu nombre. Te ha presentado como señora Henshaw –le recordó.

–Me llamo Jane.

–Bonito nombre.

–No sé qué decir. Ahora mismo, ni siquiera sé si Jane soy yo. Te parecerá una locura, pero me siento como si fuera varias personas distintas –ironizó.

–Descuida… en mi familia estamos acostumbrados a las locuras. Hay que estar un poco loca para sobrevivir a los Falcon. A veces, temo por mi madre. Es la tercera esposa de Amos, y me consta que él no le fue precisamente fiel a las anteriores.

Jane tomó un poco de té y preguntó:

–¿De quién es hijo Marcel?

–De Laura, que fue la segunda esposa de Amos. La conoció en Francia, cuando aún estaba casado con Elaine, la madre de Darius y de Jackson –explicó–. Dos años más tarde, cuando Elaine descubrió su infidelidad, le pidió el divorcio. Amos llevó a Marcel y a su madre a Inglaterra y se volvió a casar.

–Entonces, Marcel se crió en Gran Bretaña…

–Hasta cierto punto. Cuando él tenía quince años, Laura descubrió que Amos la estaba engañando con otra y se lo llevó a París. Marcel volvió siete años después, pero no precisamente

porque extrañara a Amos. De hecho, lo odiaba por la forma en que había tratado a Laura. Incluso dejó de usar el apellido Falcon. Por entonces, usaba el de su madre, Degrande.

–¿Y se quedó en Londres?

Freya sacudió la cabeza.

–No, solo estuvo unos años, malviviendo por ahí. Era un chico muy rebelde.

Jane asintió, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que Marcel había estado en Londres. Lo sabía porque había estado con ella.

–Luego, regresó a Francia y no volvió hasta mucho después, cuando se reconcilió con Amos –continuó Freya–. Por lo visto, la rebeldía le duró poco.

–Puede que le pasara algo. Que cambiara por algún motivo de peso.

–Lo dudo. Marcel es digno hijo de su padre; solo le importa el dinero.

–Parece que no te cae muy bien –observó.

–Al contrario. Es agradable y siempre ha sido encantador conmigo –afirmó–. Pero Amos está loco si cree que me voy a casar con él.

–Me extraña que siga soltero. Los hombres ricos suelen tener muchas candidatas entre las que elegir.

–Y las tiene, pero Marcel no es de los que se casan. De hecho, ni siquiera es de los que se enamoran –comentó con humor–. En fin, no me tomes muy en serio, solo te lo digo como advertencia, por si se te había ocurrido la idea de echarle el lazo.

–Ni loca –replicó.

–Bueno, me tengo que ir. Pero antes, necesito abrir el armario para sacar unas cuantas cosas de Marcel. Se va a quedar a dormir en el sofá y no te quiere molestar cuando se despierte –explicó.

–Es muy amable.

–Sí, cuando quiere.

Freya sacó las cosas del armario y se despidió.

–Adiós, Jane.

–Adiós. Y muchas gracias de nuevo.

Cuando Freya salió de la habitación, Jane se quedó a solas con sus tormentosos pensamientos. Por lo que Freya había dicho, Marcel siempre había sabido que era hijo de Amos Falcon; pero la había

engañado y había fingido que era pobre. Quizás, porque no quería saber nada de su padre. O quizás, porque quería estar seguro de que lo amaba por lo que era y no por el dinero de su familia.

En cualquier caso, su decisión había sido catastrófica. Si ella hubiera sabido que era hijo de Amos Falcon, habría buscado su protección y no se habría asustado cuando Jake amenazó con terminar el trabajo y matar a Marcel.

Amos era un hombre demasiado poderoso. Se lo habría quitado de encima y lo habría castigado debidamente.

Furiosa, pegó un puñetazo a la almohada en un intento por desahogarse. Pero no sirvió de nada. Y poco después, entre lágrimas, se quedó dormida.

Marcel apareció justo entonces. Se acercó silenciosamente a la cama y acarició el cabello rubio de la mujer que lo había significado todo para él. Al principio, cuando la vio en la terraza del hotel Gloriana, su mente se había negado a aceptar que fuera Cassie, que el destino se la hubiera devuelto después de tantos años. Pero luego, mientras hablaban, no tuvo más remedio que reconocerla.

Mientras admiraba su rostro dormido, tuvo la impresión de que Cassie cambiaba y se transformaba en él mismo, muchos años atrás, destrozado por el dolor de las costillas rotas, cegado por su propia sangre y, sobre todo, por las lágrimas de desesperación que vertió cuando se dio cuenta de que Cassie no iría a verlo.

Su corazón murió en ese momento. Y más tarde, se alegró de que hubiera muerto; a fin de cuentas, la vida era más fácil de ese modo, sin sentir.

Tras unos minutos, salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Se despertó con la seguridad de que todo había cambiado. El día anterior, le había dicho a Freya que se sentía como si fuera varias personas a la vez, pero esa sensación había desaparecido. Ahora sabía quién era.

Cassie.

En algún momento de la noche, su inconsciente había tomado la decisión de dejar de ser la señora Jane Henshaw y volver a ser Cassie; pero una Cassie diferente, enfadada, desafiante, dominada

por un único pensamiento.

Vengarse de Marcel.

Se había burlado de ella. Se había hecho pasar por un chico pobre cuando, en realidad, era el hijo de un multimillonario. Y eso no se lo iba a perdonar.

Freya llamó a la puerta unos segundos después.

–Solo he venido a despedirme. Marcel te está esperando para desayunar.

Se vistió rápidamente, se recogió el pelo y siguió a Freya hasta el comedor. Marcel estaba junto a la ventana, acompañado de un hombre de alrededor de setenta años que la miró con curiosidad.

–Buenos días, señora Henshaw –dijo Marcel–. Me alegro de ver que ha dormido bien. Le presento a mi padre, Amos Falcon.

El otro hombre se acercó y le estrechó la mano.

–Encantado de conocerla. Marcel siempre elige a los mejores, así que espero grandes cosas de usted.

–Papá… –empezó a decir su hijo.

–Me ha dicho que es una gran profesional –lo interrumpió Amos–. Y con un conocimiento profundo del mercado inglés.

–Bueno, espero estar a la altura de sus expectativas.

Marcel desapareció un momento para acompañar a su padre y a Freya a la puerta y despedirse de ellos. Cuando volvió, su invitada se había sentado a la mesa y se estaba tomando el café que una de las criadas le había servido.

–Le estoy muy agradecido, señora Henshaw.

–¿Por qué?

–Por no haberme dejado en ridículo delante de mi padre. Si hubiera sabido que tiene intención de rechazar mi oferta, me habría dejado en mal lugar.

–Dudo que nadie lo pueda dejar en ridículo. Seguro que lleva una armadura capaz de soportar cualquier golpe.

–¿Me toma el pelo? Bueno, supongo que me lo merezco.

–Desde luego, debe reconocer que se ha arriesgado mucho al permitir que su padre pensara que ya me ha contratado. Aunque admito que puede ser una forma bastante útil de eliminar obstáculos –observó.

–Sí, es un truco que me ha funcionado muchas veces en el pasado. Pero tiene razón: si alguien se pone difícil, el tiro te puede

salir por la culata.

Ella sonrió.

–¿He dicho algo divertido? –continuó él.

–Solo me estaba preguntando qué entiende usted por ponerse difícil –replicó–. Deje que lo adivine… Ser una persona con opiniones propias que se niega a obedecerlo. ¿Me equivoco?

–No. Pero tengo la sensación de que usted es igual.

–En absoluto. Yo soy mucho más sutil. Pero supongo que usted no está obligado a andarse con sutilezas.

–Supone bien, aunque a veces me gusta pensar que puedo ser extraordinariamente sutil cuando la ocasión lo merece.

–Bueno, ahora no será necesario. Es mejor que hablemos con claridad –dijo–. He decidido aceptar su oferta, pero con ciertas condiciones.

–La escucho.

–En primer lugar, que me doble el sueldo que cobro ahora, como me había prometido.

–¿Y cuánto cobra ahora?

Ella le dio una cantidad; era muy elevada, pero Marcel no se inmutó.

–Trato hecho. ¿Nos damos la mano?

–¿Por qué no?

El contacto de la piel de Marcel le gustó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para refrenarse. Habían cambiado muchas cosas durante los diez años anteriores, pero su deseo seguía tan vivo como siempre.

–Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo –declaró él con tranquilidad–. Imagino que tendrá que volver a su empresa actual para anunciarles que se marcha, pero le ruego que vuelva tan pronto como sea posible.

–Muy bien.

–Antes de que se vaya, sería conveniente que intercambiemos nuestros números de teléfono y nuestras direcciones de correo electrónico.

Ella le dio el número de su móvil, pero él dijo:

–¿Y el otro?

–¿Qué otro?

–Me ha dado el número que le da a todo el mundo. Quiero que

me dé el que reserva para los privilegiados, por así decirlo.

–¿Y qué pasa con su número para privilegiados? –ironizó.

Marcel lo apuntó y se lo dio.

–Ahí lo tiene. ¿Y el suyo?

Ella sacudió la cabeza.

–No tengo.

–Señora Henshaw…

–Es la verdad. Solo tengo ese.

Él arqueó una ceja.

–¿Por qué no me lo ha dicho antes?

–Porque si se lo hubiera dicho, no me habría dado su número personal. Pero si quiere, se lo devuelvo.

–No tendría sentido. Seguro que ya lo ha memorizado. Es muy astuta, señora Henshaw. Tendré cuidado con usted.

Marcel la miró a los ojos y ella respiró hondo.

En el fondo de su mirada había un destello que no había visto en muchos años; una suave caricia que la seducía, la desafiaba y la invitaba al peligro.

–Si tiene dudas sobre mí, aún está a tiempo de no contratarme.

–Sabe perfectamente que no renunciaría a sus servicios.

–¿Cómo lo voy a saber? Apenas nos conocemos.

–Bueno, yo diría que los dos conocemos… todo lo que hay que conocer –dijo, de forma críptica–. Además, ya hemos cerrado el trato.

Ella deseó gritar. Marcel parecía estar admitiendo que la había reconocido y que los dos seguían viviendo en un mundo propio, con un lenguaje que solo ellos entendían.

–Y ahora, dígame como llegó al hotel.

Ella lo miró con desconcierto.

–¿A que se refiere?

–¿Llegó en taxi? ¿Andando? ¿En autobús?

–En taxi.

–Excelente. Si hubiera venido en coche, le pediría que lo dejara aquí. Ayer sufrió un desvanecimiento y no creo que esté en condiciones de ponerse al volante.

–Me encuentro perfectamente bien, pero no se preocupe. Tomaré un taxi.

–En ese caso, la llamaré más tarde. Ahora tengo que irme; me

están esperando en el banco. Hasta mañana, señora Henshaw.

El señor Smith recibió la noticia con alegría; y cuando ella terminó de recoger sus cosas, la invitó a comer. Fue un encuentro agradable, que él terminó con un consejo.

–Creo que ha tomado la decisión correcta, pero tenga cuidado. Los hombres como Marcel Falcon son leones en busca de presas. Recuerde que, por muy bien que la trate, su trabajo es lo único que le importa. Cuando le deje de ser útil, le dejará de interesar. Saque lo que pueda antes de que la despida.

–No creo que me despida.

–Siempre lo hace. Usa a la gente y se los quita de encima después. Es famoso por eso.

–Quizás tenga un motivo para comportarse de ese modo. Puede que alguien lo abandonara y que…

–¿Abandonar a Marcel Falcon? No me haga reír, señora Henshaw. Nadie se atrevería a abandonar a ese hombre.

–Ahora, no; pero en el pasado, cuando era más vulnerable…

–Dudo que haya sido vulnerable en algún momento. Es como su padre, Amos; duro, insensible e implacable –afirmó–. Sé que no lo parece a primera vista; tiene ese encanto francés que tanto gusta a algunas mujeres… Pero usted hágame caso, por favor. Debajo de esa fachada no hay nada. Nada en absoluto.

–Gracias por la comida, señor Smith –dijo a toda prisa–. Ahora, me tengo que ir.

–Ah, veo que ya le pertenece.

–Mi tiempo es lo que le pertenece –puntualizo–. Solo mi tiempo.

Al salir del restaurante, se fue a casa. Comprobó el móvil para ver si Marcel la había llamado, pero no encontró ninguna llamada suya y, durante las horas siguientes, se dedicó a investigar a los Falcon por Internet.

Empezó con Amos, el más fácil; era tan famoso que la Red estaba llena de información sobre su vida y andanzas. Luego, pasó a Jackson, un naturalista que había rodado varios documentales. A continuación, le tocó el turno a Travis, un actor de series de televisión y, por último, a Leonid, que al parecer había nacido en Rusia y seguía viviendo allí.

Pero, a diferencia de los demás, Leonid era un misterio. No encontró ni una fotografía suya.

En cuanto a su antiguo novio, la búsqueda por Internet no añadió nada a sus conocimientos que no supiera ya por Freya. Investigó la historia del hotel La Couronne y, más tarde, se puso a ver fotografías de Marcel en distintas épocas. Había pocos primeros planos. Casi todas se las habían sacado a distancia, lo cual parecía indicar que no le gustaba posar para la prensa.

Entonces, descubrió una que le habían sacado solo un año después de que se separaran. Y se quedó atónita.

A pesar del poco tiempo transcurrido, su expresión y su pose ya decían que había cambiado, que había dejado de ser el chico vibrante y encantador que se había enamorado de ella.

Tocó la pantalla, como si así pudiera devolver la vida a aquel chico. Pero, evidentemente, no pasó nada. Y se sintió culpable al pensar que parte de la transformación de Marcel era culpa suya.

Cerró el navegador y abrió la carpeta donde guardaba las fotos de su antigua relación. Le había hecho montones de fotografías, tomadas con la cámara de un amigo.

–Quiero tener muchas fotos nuestras –le había dicho en cierta ocasión–. Así, siempre podremos recordar lo felices que éramos.

–No necesitarás recordarlo, porque te amaré siempre como te amo ahora, mi preciosa Cassie. Y cuando seamos viejos y tengamos el pelo cubierto de canas, seguiremos juntos.

Ella no había olvidado aquella conversación. La recordaba palabra por palabra; especialmente, porque Marcel la empezó a desnudar entonces y añadió:

–Te voy a fotografiar desnuda. Tengo que hacerlo yo, porque no soportaría que lo hiciera otro. Pero prométeme que esa foto no la verá nadie más, que será solo nuestra.

–Te lo prometo.

–Júralo. Por Cupido y su arco.

–Lo juro por Cupido, por su arco y por sus flechas.

Mientras ella hablaba, él le quitó el resto de la ropa y la giró hacia la cámara, para inmortalizarla en todo su esplendor.

–Te veré siempre así, como te veo ahora. Y en nuestra vejez, te enseñaré esta foto para que recuerdes cómo te ve mi corazón.

–Para entonces, me habrás olvidado –bromeó ella.

Para su sorpresa, Marcel se enfadó.

–¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no sabes que estaremos siempre juntos? No permitiré que te alejes de mí.

–Ni yo me quiero alejar de ti…

–Para mí, no hay nada más importante que tú, Cassie. Estaré contigo todo el tiempo. Aunque nos separen miles de kilómetros, estaré en tu corazón, aferrándome a ti –dijo–. No intentes escapar, porque no lo conseguirías.

Al recordar la conversación, pensó que las palabras de Marcel parecían extrañamente proféticas. Y se preguntó si su comentario sobre los miles de kilómetros de distancia no habría sido una advertencia de lo que estaba pasando en ese momento.

¿La habría reconocido de verdad? ¿Estaría allí para reclamar lo que era suyo, para reclamarla a ella?

Las dudas se acumularon en su mente y se mezclaron con una sensación inquietante.

Aquella mañana, justo antes de que Marcel se marchara a su reunión en el banco, había dicho algo relacionado con los números de teléfono; algo que, de repente, parecía tener una importancia fundamental.

–¿Qué era? –se dijo en voz alta–. ¿Qué era?

Pero por mucho que lo intentó, no pudo recordarlo.

Marcel también estaba mirando fotografías por Internet. Buscaba información sobre Cassie, y su búsqueda lo llevó hasta una página web dedicada a modelos que ya no estaban en el mundo de la moda.

En una de las secciones, descubrió una breve descripción de su carrera, que decía así:

Estuvo en lo más alto durante dos años y podría haber llegado muy lejos. Pero, súbitamente, dejó su trabajo y desapareció. Con posterioridad, la vieron de vez en cuando en establecimientos lujosos, los típicos lugares llenos de hombres ricos. Y siempre aparecía cargada de diamantes.

Marcel se preguntó cómo era posible que no hubiera adivinado

lo que iba a pasar. Le alegraba enormemente que Cassie lo hubiera elegido a él en lugar de dedicar su afecto a cualquier multimillonario. Pero, al final, la mujer de su vida había sucumbido a un amor más poderoso, el amor por el dinero.

Pensó en sus días de angustia en el hospital, esperando a que apareciera. Una y otra vez, se repetía que no había ido a visitarlo porque no sabía que hubiera sufrido un accidente. Pero su teléfono móvil estaba desconectado. Y cuando la llamó a su piso, no la encontró.

Al final, estaba tan enfadado con ella que rompió la carta que le había metido bajo la puerta, sin leerla. No necesitaba sus excusas.

Entonces, justo el día antes de que se marchara a París, la vio en el aeropuerto en compañía de uno de sus novios.

–¡Tú! –le gritó–. La última persona a la que querría ver.

–Marcel…

–Yo te amaba, Cassie, confiaba en ti.

–No, no, tú no lo entiendes. Escúchame, por favor…

–¡Quítate de mi vista!

Marcel dio media vuelta y salió corriendo.

Cada vez que lo recordaba, se maldecía por haberse marchado de ese modo, como si fuera él y no ella quien tuviera motivos para correr.

Pero ahora no iba a correr.

Porque había llegado el momento.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, cuando despertó, tomó una decisión. Aprovecharía la oportunidad de trabajar con Marcel para acercarse al hombre que era ahora y ver adónde la llevaba el camino. Pero, la llevara donde la llevara, estaba dispuesta a explorarlo.

Se preparó un café y una tostada y se sentó junto a la ventana, donde se dedicó a mirar la calle y a pensar en otro tiempo y en otra ventana, desde la que veía una tienda de ultramarinos. En aquella época, había conseguido sus dos primeros contratos como modelo y tenía un futuro prometedor.

Y entonces, pasó algo maravilloso.

Conoció a Marcel.

Una semana más tarde, mientras descansaban juntos en la cama, él dijo:

–Cuando nos vimos por primera vez, supe que me enamoraría de ti.

–A mí me pasó lo mismo –replicó ella.

–¿Creíste que te enamorarías del chico de los recados? –preguntó Marcel con asombro–. ¿Con todos los hombres que podrías tener?

–Si los puedo tener, también los puedo rechazar –alegó–. Y te he elegido a ti. No lo olvides nunca.

–No lo olvidaré.

Aún estaba pensando en aquel momento de diez años atrás cuando oyó una voz procedente de la calle.

–Buenos días.

Sorprendida, miró hacia abajo.

–Marcel… Ah, es usted.

–¿Quién iba a ser? ¿Es que esperaba a alguien?

–No, a nadie.

–¿Puedo subir?

–Por supuesto.

Rápidamente, se puso una bata por encima del camisón que

llevaba. No tenía tiempo para vestirse, pero se tranquilizó al pensar que la bata era bastante vieja y que Marcel no pensaría que se la había puesto para seducirlo.

–Siento llegar tan pronto –se disculpó él cuando entró–. Es que ardía en deseos de ver mi nueva propiedad.

–¿Se refiere a mí?

Él sonrió.

–Me refiero al hotel Alton, pero ya veo que he llegado en mal momento. Termine de desayunar, por favor.

Ella le sirvió un taza de café y lo invitó a sentarse.

–Si quiere, podemos hablar mientras desayunamos. Puedo desayunar y trabajar al mismo tiempo –aseguró.

–Me alegra saber que he contratado a la persona correcta. El hotel Alton necesita unos cuantos cambios.

–Quiere que se parezca a La Couronne, ¿verdad? En tal caso, se me ocurren varias ideas que quizás le interesen.

Tras contarle sus ideas, que Marcel escuchó en silencio y claramente impresionado, añadió:

–Los clientes que se alojen en el hotel Alton deberían sentir que tiene una conexión con La Couronne y, a través de esa conexión, con París. Creo que le será útil cuando abra hoteles en otros países.

–Si los abro.

–Seguro que los abre. Dentro de poco tendrá hoteles por toda Europa. De hecho, se me ocurre que deberían llevar el mismo nombre. La Couronne en París; The Crown en Inglaterra; La Corona en España y en Italia; Die Krone en Alemania; De Kroon en los Países Bajos, etcétera, etcétera.

Él la miró con humor.

–Lo ha pensado mucho, ¿eh? Y yo que pensaba que soy organizado…

–Hay que estar preparados, ¿no cree?

–Sí, desde luego –declaró con ironía–. Aunque, por muy preparado que se esté, siempre surgen imprevistos.

–Con la gente, tal vez. Pero estamos hablando de edificios, que son más fiables.

–Muy cierto –dijo, alzando su taza a modo de brindis–. Y con su ayuda, todo saldrá bien.

–Bueno, será mejor que me duche y me vista.

Mientras ella se duchaba, Marcel se dedicó a investigar su piso. Era pequeño y estaba algo destartalado. Los muebles parecían de segunda mano y las paredes necesitaban una buena mano de pintura.

Al cabo de unos minutos, llamaron por teléfono. Ella seguía en la ducha, así que Marcel decidió contestar.

–¿Dígame?

–¿Podría hablar con Jane? –dijo un hombre.

–Está ocupada. ¿Quién la llama?

–Dave. Dígale que necesito hablar con ella cuanto antes.

–Se lo diré.

Marcel cumplió su promesa y se lo dijo en cuanto salió de la ducha. A ella no pareció importarle que hubiera contestado la llamada. Le dio las gracias y marcó el número de Dave, con quien mantuvo una conversación corta.

Obviamente, Marcel sentía curiosidad. Habría dado cualquier cosa por saber quién era ese hombre, así que intentó oír lo que decían. Pero solo oyó unas frases sueltas que no lo sacaron de dudas.

Cuando terminó de hablar, él dijo:

–Será mejor que nos vayamos.

–Dígame una cosa… ¿nos están esperando en el Alton?

Él sacudió la cabeza.

–No. Prefiero darles una sorpresa.

–Su sorpresa sería mayor si se alojara de incógnito e investigara en el hotel. Aunque supongo que lo reconocerían.

–Lo dudo. En Londres no me conoce nadie.

–Entonces, insisto en que se aloje de incógnito.

–¿Lo dice en serio?

–Por supuesto. Déjemelo a mí.

Ella marcó el número de teléfono del hotel y pidió información sobre las habitaciones y sus precios.

–Reserve una suite –dijo Marcel–. La mejor que tengan.

–¿A nombre de quién?

–Del señor Falcon.

–Pero reconocerán su apellido…

–No, es un apellido bastante corriente. Además, no quiero que mis empleados se quejen después de que los he engañado.

–Como quiera.

Ella hizo la reserva y colgó.

–Es usted una mujer muy astuta, señora Henshaw.

–Gracias.

–Acompáñeme al Gloriana, por favor. Recogeré mis cosas y saldremos inmediatamente hacia el Alton.

–¿Puede esperar un momento? No he terminado de arreglarme.

–Por supuesto. La esperaré abajo.

Cuando llegó a la calle, Marcel miró la ventana del piso y sonrió. Tenía el convencimiento de que Cassie estaría hablando otra vez con el tal Dave, fuera quien fuera. Pero se equivocaba. En lugar de llamarlo por teléfono, ella le envió un mensaje de correo electrónico.

Luego, entró en el cuarto de baño para maquillarse un poco y se miró al espejo.

–Bueno, vamos a demostrarle a Marcel que ha hecho bien al contratarme –se dijo–. Esto empieza a ser interesante.

El hotel Alton tenía un aire más bien triste.

–Originalmente, fue la residencia de un duque –comentó ella cuando llegaron al aparcamiento–. Pero lo tuvo que vender, y sus nuevos propietarios no supieron sacarle provecho.

Tras pasar por recepción, donde nadie reconoció a Marcel, subieron a la suite que habían reservado. Era muy elegante y tenía cuatro habitaciones, en una de las cuales había una cama de matrimonio.

Ella se acercó a la ventana y contempló el paisaje.

–Las vistas son magníficas. Fíjese en el edificio contiguo. Creo que es un candidato perfecto para la ampliación.

–Sí, yo también lo creo. Podríamos conectar los dos edificios y…

Estuvieron hablando durante algunos minutos. Ella estaba casi hechizada por la cercanía de Marcel, cuyo cuerpo la estaba volviendo loca. De hecho, estaba tan tensa que, cuando él le puso una mano en el hombro, le faltó poco para pegar un salto.

–¿Por qué no vamos a verlo?

–¿Para qué? Ya lo veo desde aquí. Pero habrá que reformarlo a fondo.

–Si quiere, lo puedo poner en contacto con tres contratistas verdaderamente excepcionales –se ofreció ella.

–No quiero perder el tiempo. Contrate al mejor y ya está.

–Pero si contrata a los tres, competirán entre ellos y harán un trabajo mucho mejor –observó.

–Bien pensado. Creo que nos vamos a entender.

–Estoy segura.

–Ah, antes de que lo olvide…

–¿Sí?

–No tengo nada en contra de trabajar con mujeres.

Ella arqueó una ceja.

–¿A qué viene eso? ¿Es que me va a despedir?

–No. Solo quiero que se vista de un modo menos… sobrio.

–¿Cómo ha dicho? –replicó, fingiéndose ofendida.

Marcel carraspeó.

–Mire, va a estar conmigo mucho tiempo, y me gustaría que…

–¿Insinúa que me visto mal? ¿O acaso me está llamando fea?

–Usted no es fea; pero, por algún motivo, se empeña en parecerlo. Y es bastante desconcertante, la verdad.

–¿Por qué querría parecer fea?

–Buena pregunta. Pero ya hablaremos de eso más tarde.

Estuvieron paseando por el hotel y tomando notas durante las dos horas siguientes. Cuando terminaron, volvieron a la suite y llamaron al servicio de habitaciones para que les subieran dos cafés.

–Si no le importa, tengo que recoger mi correo electrónico –dijo Marcel–. Solo tardaré un momento.

Marcel se conectó, recogió el correo y apagó el ordenador.

–Bueno, ¿qué le parece si vamos a cenar? En la última planta hay un restaurante que…

No tuvo ocasión de terminar la frase. Justo entonces, ella recibió una llamada telefónica y no tuvo más remedio que contestar.

–Ah, Dave, eres tú… Sí, ya lo sé, pero he hecho todo lo que he podido…

Marcel frunció el ceño y, una vez más, se preguntó quién sería ese hombre. Al principio, había pensado que sería un amigo o un amante; pero por su tono de urgencia, se le ocurrió que quizás la estaban extorsionando.

–Está bien, está bien, te lo enviaré enseguida.

Ella cortó la comunicación y dijo:

–¿Puedo usar su ordenador?

–Por supuesto.

Ella accedió a su cuenta bancaria e intentó hacer una transferencia por una suma bastante elevada, pero el sistema no se lo permitió. Aparentemente, no tenía fondos suficientes.

–Oh, no…

–Sé que no es asunto mío, señora Henshaw, pero si ese hombre la está extorsionando…

–¿Extorsionando?

–¿Por qué le envía dinero? Sobre todo, un dinero que, al parecer, no tiene.

Ella suspiró.

–Dave es el marido de mi hermana, Laura. Tienen problemas económicos y me gustaría echarles una mano.

–¿Dave es su cuñado? –preguntó, sorprendido.

–Sí. ¿Por qué le extraña?

–Porque no me pareció un cuñado cuando llamó antes.

–Lo sé. Suena como un niño necesitado, ¿verdad? Y ahora, si me permite un momento…

–No. Déjeme a mí.

Marcel se sentó al ordenador, le transfirió una importante cantidad de dinero y, a continuación, dijo:

–Asunto arreglado. Envíeselo a su cuñado y podremos seguir con lo nuestro.

–En realidad, lo transferiré a la cuenta de Laura. Así me aseguro de que pague sus facturas. Si se lo diera a él, se lo gastaría en bares –declaró con tristeza–. Gracias por su ayuda, señor Falcon. No sé qué habría hecho si usted.

–Aclaremos una cosa –la interrumpió–. La he contratado por motivos absolutamente egoístas. Necesito que se centre en el trabajo; no puedo permitir que esté preocupada por cosas como el dinero.

–Pero ha sido muy generoso…

–Solo son tres meses de su sueldo por adelantado. Y ahora, ¿está dispuesta a trabajar para mí? ¿O no?

–¿Por qué lo pregunta? Le recuerdo que acepté su oferta.

–Pero podría haber cambiado de opinión. Por lo que la conozco,

tengo la impresión de que sería perfectamente capaz. Así que voy a tomarla como rehén –dijo con humor.

–No me importa. Le estoy muy agradecida. Laura necesitaba ese dinero.

–¿Por eso vive en un piso tan destartalado? ¿Porque le da todo su dinero? –se interesó.

–¿Esperaba acaso que viviera entre lujos?

Él tardó un momento en contestar.

–No esperaba nada. No la conozco tan bien como para esperar nada.

–No… claro que no.

–Bueno, creo que los dos necesitamos comer un poco y tomarnos una copa. Según me han dicho, el mejor restaurante del hotel es el que está en la azotea.

El restaurante estaba dividido en dos mitades; una tenía un techo de cristal y la otra estaba al aire libre. Como hacía buen tiempo, se sentaron fuera para disfrutar de las vistas de Londres y de la puesta de sol, que teñía de rojo el cielo.

–Es como contemplar un incendio que no da miedo –dijo ella, maravillada.

–¿Hay algún incendio que no dé miedo?

Marcel lo dijo con humor, pero ella creyó notar cierta tensión en sus palabras y pensó que se estaba poniendo paranoica.

–¿Qué ha dicho? –preguntó él.

–¿Quién? ¿Yo? No he abierto la boca.

–Era algo sobre ponerse paranoico…

Ella soltó una risita. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

–Tonterías. No he dicho nada.

–Pues me lo ha parecido… Ah, ya llega el camarero.

Marcel pidió los mejores platos de la carta, además de una botella de champán y unos canapés de caviar. Ella pensó que la estaba tratando como si fuera una reina y sonrió. Sabía que ese tratamiento terminaría en cuanto dejara de serle útil.

–¿Qué le parece tan divertido, señora Henshaw? De repente, sonríe de una forma muy misteriosa. ¿Qué ha pensado?

–No se lo puedo decir.

–Ah, un chiste privado… Suelen ser los más interesantes.

–Solo cuando permanecen en secreto.

–Está bien, no insistiré. De momento.

Ella cruzó las manos por debajo de la mesa y respiró hondo. Había tomado una decisión.

–Quiero preguntarle una cosa.

–¿Cual?

–Cuando me desmayé, tuve la sensación de que me llamaba por otro nombre… Cassie. ¿De quién se trata?

Marcel guardó silencio durante unos segundos. La miraba de forma extraña, como si pudiera leer sus pensamientos.

–Una chica que conocí.

–¿Es que me parezco a ella?

–No, en absoluto. Ella tenía un aspecto muy diferente. Se vestía con atrevimiento, como ofreciéndose al mundo o…

–¿Sí?

–Nada.

–¿Insinúa que yo no me ofrezco al mundo?

–Usted prefiere ocultarse.

Ella volvió a reír.

–Supongo que es una forma de decirlo. Hace poco, alguien comentó que yo daba escalofríos y que parecía un robot.

–¿Se lo dijo a su cara?

–No, pero lo oí.

–Pues no parece que le importe demasiado. La mayoría de las mujeres se habría sentido ofendida.

–Pero yo no soy como la mayoría de las mujeres.

–Ya me he dado cuenta.

–La sobriedad es una ventaja en mi trabajo. La gente me deja en paz y se fija en otros. Se aprende mucho cuando los demás se comportan como si no estuvieras presente.

–Pero no trabaja todo el día. ¿Qué aspecto tiene el resto del tiempo?

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué resto del tiempo? La vida consiste en trabajar y ganar dinero.

–Me extraña que diga eso, porque es evidente que no se lo aplica. Si fuera verdad que solo le importa el dinero, no permitiría que su familia la explote.

–No es para tanto. Las necesidades de mi familia solo significan que tengo que trabajar el doble para salir adelante. Pero, con el tiempo, tendré suficiente para apoyarlos y para convertirme en un tirano de las finanzas.

–¿Un tirano?

–Son los que tienen más éxito –observó.

–Si usted lo dice… Pero hay personas que ven la vida de otra forma. Creen que el dinero no es lo más importante.

–Esas personas son perdedores.

–Sí, supongo que sí –dijo, lentamente–. Pero nosotros somos distintos, ¿verdad?

–Desde luego.

El camarero llegó con el champán. Marcel sacó la botella de la cubitera y llenó las dos copas.

–Creo que deberíamos brindar. Por nosotros y por lo que vamos a conseguir.

–Buena idea.

Tras el brindis, él dijo:

–Estoy deseando que vea La Couronne.

–¿Es que la voy a ver?

–Sí, tan pronto como sea posible. Mi abogado de Londres se encargará de los detalles de la compra del Alton. Estoy seguro de que, cuando vea mi establecimiento de París, se le ocurrirán muchas ideas que podremos aplicar en Londres.

–Le advierto que mi francés es muy malo…

–¿En serio? Me extraña que a una mujer tan eficaz se le den mal los idiomas.

–Solo conozco unas cuantas palabras.

–No se preocupe por eso, señora Henshaw. En Francia hay tantos turistas de su país que siempre me aseguro de que todos mis empleados hablen su idioma.

–¿Cuánto tiempo estaremos?

–Varias semanas.

Ella arqueó una ceja.

–¿Hay algún problema? –continuó Marcel.

–No, pero tendré que solucionar unos asuntos antes de marcharme. Si le parece bien, mañana me tomaré el día libre.

–Por supuesto… Pero dígame, ¿no tiene más familiares?

–¿Más familiares?

–Bueno, si es la señora Henshaw, supongo que habrá un señor Henshaw. ¿No le parecerá mal que se vaya conmigo a Francia?

–No, ni mucho menos. ¿Puedo tomar otra copa de champán?

–Cómo no.

Mientras él le servía la copa, ella se levantó, se apoyó en la barandilla de la terraza y admiró las luces de la ciudad.

No había ningún señor Henshaw. Aunque, desgraciadamente, había estado casada. Con un hombre que aún aparecía en sus pesadillas y que ella había expulsado de sus mente con su eficacia habitual.

Pero los acontecimientos recientes habían despertado su recuerdo de tal manera que parecía estar allí mismo, cargando el aire de terror.

Y no podía escapar de él.

Capítulo 5

La vida con Jake fue una pesadilla.

Se empeñó en casarse con ella y la persiguió día y noche. Cassie se resistió, aferrándose a la esperanza de que Marcel volviera, a pesar de que las palabras que le había dedicado en el aeropuerto indicaban todo lo contrario.

Estaba convencida de que al final, después de muchas noches sin dormir, reviviría los momentos más felices de su relación y se daría cuenta de que no podía vivir sin ella. Estaba convencida de que la iría a buscar y de que volverían a estar juntos.

Pero no fue así.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas, en meses. Hasta que no tuvo más remedio que asumir la realidad.

Marcel la odiaba. Para Marcel, ella había dejado de existir.

Su desesperación era tan profunda que perdió las fuerzas y dejó de luchar. Jake aprovechó la circunstancia para organizar la boda a toda prisa, sin que ella opusiera más resistencia que pedirle una ceremonia civil en lugar de religiosa, como pretendía. Pero a Jake no le importó. Solo quería que fuera suya. Incluso el anillo que le regaló más tarde, una joya espectacular de diamantes y zafiros, no era más que una prueba de que ella le pertenecía.

Sus tres años de matrimonio fueron difíciles y extraños. Él juraba y perjuraba que la amaba y ella sabía que, a su modo, decía la verdad. Jake era un hombre brutal y egoísta que la trataba como si fuera un objeto; pero, como tantos hombres brutales y egoístas, también tenía un fondo sentimental.

Cassie se aferró a aquel fondo porque no podía hacer otra cosa; y descubrió que lo podía utilizar en su beneficio, para tener poder sobre él.

Jake estaba tan ansioso por satisfacerla que hasta le daba dinero para obras benéficas. Pero siempre pedía una indemnización en forma de sexo. Y su forma de hacer el amor era tan espantosamente distinta a la de Marcel que se alegró cuando supo que se había

quedado embarazada. Al menos, podía usar el embarazo como excusa para alejarlo.

Cinco meses después, sufrió un aborto. Ningún médico le pudo decir por qué. No hubo ningún accidente, ningún trauma. Simplemente, pasó.

Poco después, se enteró de que Jake se había estado acostando con otras y tomó una decisión. Él se defendió con el argumento de que llevaban tantos meses sin acostarse que, al final, no había tenido más remedio que buscar satisfacción en otra cama. Pero ella se mostró implacable y le pidió el divorcio.

Jake se resistió al principio, aunque terminó por concedérselo y por ofrecerle un acuerdo económico verdaderamente generoso, que ella rechazó porque pensó que, si aceptaba su dinero, sería como si siguiera siendo suya.

Tras el divorcio, adoptó el apellido Henshaw, con el tratamiento de señora, porque así parecía mayor y más seria. Pero no era el apellido de Jake, del que no quería saber nada, sino el de su madre.

Los años posteriores fueron muy duros. No tenía dinero y no podía volver al mundo de la moda, porque su glamour parecía haberse desvanecido. Aceptó los trabajos que pudo encontrar y se dedicó a estudiar de noche, siempre al borde del agotamiento. Hasta que, al final, se convirtió en secretaria de dirección.

Y ahora, estaba en lo más alto. Con el hombre que le había partido el corazón.

–¿Se encuentra bien, señora Henshaw? –preguntó Marcel.

Marcel se había levantado y se había acercado a la barandilla.

–Sí, perfectamente. Estaba disfrutando de las vistas.

–Volvamos a la mesa.

Ella asintió y lo acompañó.

–Cuénteme algo de su vida. ¿Dónde está su marido? ¿Es que está divorciada?

–Sí. Me divorcié cuando supe que se estaba acostando con otra.

Marcel la miró con intensidad.

–Espero que le dejara dinero suficiente para sobrevivir.

–Me hizo una oferta generosa, pero la rechacé. Habría sido como si siguiera siendo de su propiedad, y yo no soy propiedad de nadie. No lo he sido nunca –afirmó.

–Entonces, cuando rompe una relación con un hombre, la rompe

definitivamente… –dijo Marcel en voz baja.

Ella soltó una risotada desafiante.

–Es la única forma. Cuando dejo de estar con él, deja de existir.

–¿Y nunca mira atrás?

–Mirar atrás es absurdo. Te llena de odio y te hace desear cosas que no puedes tener. Si lo haces, terminas por odiarte a ti mismo.

–Eso es verdad.

Marcel la miró a los ojos durante unos momentos y, a continuación, giró la cabeza. Ella contempló las luces de la terraza y pensó que, de noche, tenía un aspecto mucho más cálido y romántico. Era un lugar para enamorados; un lugar de palabras dulces, sonrisas, besos y promesas de felicidad. Un lugar al que ella no pertenecía.

Entonces, se fijó en una pareja que estaba a unas mesas de distancia. El hombre era de mediana edad; la mujer, una joven muy guapa, de alrededor de veinte años, que hacía ostentación de su belleza como lo había hecho ella misma diez años antes.

–Bueno, supongo que esta noche no podré hablar con él… –dijo el caballero de la mesa de al lado.

Como Marcel y ella se giraron para mirarlo, el hombre se sintió en la necesidad de explicarse.

–Me refería al tipo que está con esa joven. Es un empresario con el que tenía que hablar de negocios. Nos íbamos a ver más tarde.

–No parece que vaya a tener oportunidad de hacerlo.

–No deberíamos haber quedado aquí. Este local siempre está lleno de mujeres atractivas que intentan seducir a hombres con dinero.

–No lo dirá por mí, ¿verdad? –preguntó Jane.

–No, en absoluto. Usted parece una mujer sensata, una profesional –respondió el hombre–. Discúlpeme si la he ofendido.

Ella lo miró con humor.

–¿Está insinuando que yo no sería capaz de seducir a un hombre? Es un comentario bastante más ofensivo que el otro.

–Bueno, yo… parece que he metido la pata. Lo siento.

El hombre apartó la mirada, abochornado, y siguió a lo suyo.

–Le ha puesto en una situación de lo más embarazosa –dijo Marcel con una sonrisa.

–Sí, ¿verdad? Qué cara ha puesto. Creo que ahora le doy miedo.

–¿Y no le importa?

–¿Por qué me habría de importar? No tengo intenciones románticas con él…

Ella pensó que había ido demasiado lejos con la broma. Si Marcel la había reconocido, y estaba segura de que la había reconocido, recordaría todas las noches románticas que habían compartido durante su corta relación. Y de repente, empezó a dudar de que tuviera fuerzas para seguir jugando a ese juego con él.

Ya se disponía a levantarse cuando él lo notó y la tomó de la mano.

–¿Se encuentra bien?

Su voz había sonado suave, y sus ojos estaban llenos de preocupación.

–Tengo que irme. Es tarde y estoy cansada.

–Entonces, la llevaré a su casa.

–No, no es necesario –replicó con firmeza.

–Como quiera. Llamaré a recepción para que llamen a un taxi. No se preocupe; se librará de mí enseguida.

–Yo no pretendía…

–Por supuesto que lo pretendía –la interrumpió–. Pero lo comprendo. A mí me pasa lo mismo. También necesito tiempo para… acostumbrarme a usted.

–Claro.

Marcel la acompañó al vado del hotel y le abrió la portezuela del taxi, que ya había llegado.

–Vendrá a París conmigo, ¿verdad?

–Naturalmente.

–Me alegro. Saldremos mañana.

–¿Mañana? Pero si había dicho que me puedo tomar un día libre para…

–He cambiado de idea. No tenemos tiempo. Si tiene asuntos que arreglar, ponga una conferencia desde París. Pasaré a recogerla a las nueve de la mañana.

–Muy bien.

–No tendrá intención de huir…

–Ni mucho menos.

–Prométamelo –dijo con voz intensa.

–Se lo prometo.

Marcel la miró a los ojos, dio un paso atrás y cerró la portezuela cuando ella se sentó en el asiento trasero. Luego, esperó a que el vehículo desapareciera en la distancia y sacó el teléfono móvil para marcar un número que le había dado su padre. Era de una agencia de detectives.

Habló con uno de ellos, le explicó lo que quería y, tras proporcionarle la dirección de su nueva empleada, añadió:

–Aparque enfrente y vigile el edificio. Si sale con una maleta y se sube a un taxi, llámame y sígala después. No la pierda de vista en ningún momento.

Durante sus años con Jake, ella se había acostumbrado a su manía de llegar a los aeropuertos en el último momento y de viajar siempre en primera clase, para hacer ostentación de su dinero y su poder. Pero, con Marcel, llegaron con mucho tiempo por delante y no para viajar en un vuelo regular, sino en un avión privado.

–Es de mi padre –explicó él.

El avión era verdaderamente lujoso. Tenía unos asientos inmensos e incluso un servicio de camareros, que les sirvieron bebidas y algo de picar.

Segundos antes de que despegaran, él dijo:

–El tiempo es bueno y el viaje será tranquilo. No se preocupe.

Ella pensó que se había acordado de que le daban miedo los aviones. En cierta ocasión, tras volver de un viaje a otro país por asuntos de trabajo, llegó tan nerviosa que él se pasó toda la noche intentando tranquilizarla. No le hizo el amor; se limitó a acariciarla suavemente y a susurrar palabras de ánimo. Y a la mañana siguiente, cuando se despertó, lo quiso más que nunca.

–¿Ha estado alguna vez en París?

Ella sacudió la cabeza.

–No, pero tenía muchas ganas.

–Desgraciadamente, no tendremos tiempo para explorar la ciudad. Se alojará en mi hotel y le daré un despacho en mis oficinas, con todo lo que necesite para el trabajo. Pero no podrá salir. Será como si estuviera secuestrada –dijo con humor.

–No me diga…

–¿Es que no me cree? Hasta tenemos cerrojos en las puertas.

–Qué tontería.

–Debería hablar con más respeto. A fin de cuentas, soy su jefe.

–Lo sé. Y si fuera otro jefe, me lo tomaría en serio –replicó–. Pero usted quiere que estudie a fondo La Couronne, lo cual significa que debo absorber el ambiente del establecimiento y de la propia ciudad.

–Muy sutil… He hecho bien al contratarla.

–No lo dude.

Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Justo entonces, el avión empezó a temblar y la voz del piloto sonó en los altavoces del sistema de comunicación.

–Disculpen el sobresalto. Estamos pasando por una zona de turbulencias –les explicó.

Marcel la tomó de la mano.

–No se preocupe, señora Henshaw. Durará poco. No hay peligro.

–Lo sé. Es que…

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza. Se había puesto tan nerviosa que no pudo terminar la frase.

–Abra los ojos. Míreme –ordenó Marcel.

Ella los abrió y fue como si el mundo hubiera desaparecido y no existiera nada salvo la mirada de su antiguo amante.

–¿Lo ve? Ya no hay turbulencias.

Marcel estaba en lo cierto. El avión había dejado de temblar. Pero la sensación de paz que la dominó no se debía a eso, sino al momento mágico que acababa de vivir.

–Lo siento –dijo con voz temblorosa–. Sé que no tendría que asustarme.

–Todos tenemos nuestros temores. Y la mayor parte de las veces, son absurdos.

Ella rio.

–Y yo que me tenía por una profesional que se sabe controlar en cualquier situación…

–En eso, tampoco es distinta de los demás. Todos creemos que controlamos las cosas. Y con el tiempo, nos damos cuenta de que no controlamos nada.

–No –dijo ella, a la defensiva–. No siempre es así.

–Me encantaría que tuviera razón.

Al llegar al aeropuerto de París, subieron a la limusina que los

estaba esperando. Ella se dedicó a admirar el paisaje por la ventanilla, hasta que se detuvieron en los Campos Elíseos, en el corazón de la capital francesa.

La Couronne se alzaba ante ellos, precioso y magnífico. Los botones del establecimiento salieron a recoger su equipaje y los acompañaron al interior.

–Suba usted –dijo Marcel–. Nos veremos más tarde.

En la suite, tan lujosa como el resto del hotel, la estaba esperando una doncella, que la saludó y se presentó.

–Me llamo Tina. Estoy aquí para ayudarla en todo lo que necesite. Empezaré a deshacer su equipaje.

–Muchas gracias –dijo, sorprendida–. En ese caso, iré a refrescarme un poco.

Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo. Marcel le había pedido que suavizara su aspecto y se arreglara de un modo más femenino, así que decidió soltarse el pelo. Pero en lugar de caer como su antigua cascada de rizos, cayó liso y sin volumen.

Suspiró, frustrada, y salió del cuarto de baño. Marcel la estaba esperando en el salón.

–Tina me ha abierto la puerta. He venido a ver si ya estaba preparada. Me gustaría enseñarle el lugar.

–De acuerdo –dijo ella, llevándose las manos al pelo–. Solo tengo que…

–Déjeselo así.

–No puedo dejármelo así. Está espantoso.

–Eso se puede arreglar.

Marcel le empezó a pasar los dedos por su rubia cabellera, como si fueran un cepillo. Ella se estremeció e intentó no prestar atención a su contacto, pero no lo consiguió. El recuerdo de sus caricias durante sus noches largas de amor estaba demasiado presente.

Al fin, logró sacar fuerzas de flaqueza y dijo:

–Bueno, vámonos. Quiero ver el hotel.

–De acuerdo.

Marcel la acompañó al exterior.

–Supongo que habrá investigado la historia de La Couronne –siguió él.

–Sé que fue el palacio del marqués de Montpelier, un hombre que tuvo tres esposas, cinco amantes y más hijos de los que podía

contar.

–Es cierto. Fallecieron durante la Revolución francesa. Si se asoma por esa ventana, verá el lugar donde murieron.

En la distancia, se veía la Place de la Concorde, donde había estado la guillotina.

–Seguro que se asomaron muchas veces a esta ventana, sin imaginar que lo que les pasaría –observó ella.

–El edificio del hotel sigue más o menos como entonces –explicó Marcel–. Un amigo mío, que afirma ser perceptivo con estas cosas, afirma haber visto a los fantasmas de la familia Montpelier con la cabeza bajo el brazo.

–Y supongo que usted saca provecho de esa historia…

Marcel sonrió.

–Por supuesto. Las habitaciones de aquel pasillo, el que se encuentra al fondo, siempre están reservadas. A la gente le encantan las historias de fantasmas.

–¿Los Montpellier vivían en ese pasillo?

–Eso parece.

–¿Y su habitación? ¿También está allí?

–Por supuesto que no. Me desagrada que los espectros me molesten en mitad de la noche –respondió, sonriendo.

Mientras paseaban por el edificio, ella se dedicó a grabar sus impresiones con una grabadora pequeña. Marcel la escuchó en silencio, hasta que dijo:

–Vayamos a mi apartamento. A menos que esté cansada…

–No, puedo seguir trabajando.

Ella ardía en deseos de ver el lugar donde Marcel Falcon vivía y trabajaba, pero se llevó una decepción cuando llegaron. El despacho era la única habitación que estaba abierta. Todas las demás estaban cerradas.

–Vuelvo enseguida –dijo él–. Puede usar el ordenador.

Marcel se alejó por un pasillo. Ella encendió el ordenador y abrió el procesador de textos. Alguien que no la conociera habría pensado que no tenía mucho que apuntar, pero habría cometido un error. Por si lo que había grabado no fuera suficiente, gozaba de una memoria tan fotográfica que no se le escapaba ningún detalle. Marcel era una de las pocas personas que se había dado cuenta.

Y entonces, lo supo.

Recordó lo que había estado intentando recordar, sin éxito. Lo que Marcel había dicho cuando intercambiaron sus números de teléfono y ella se ofreció a devolverle el papel donde había apuntado su número personal.

–«Seguro que ya lo ha memorizado».

Ella solo había echado un vistazo al papel; un vistazo tan rápido que la mayoría de las personas no habría tenido ocasión de memorizarlo. Pero Marcel sabía que Cassie tenía memoria fotográfica.

Ya no tenía ninguna duda. La había reconocido.

Sus manos temblaron por la emoción; en parte, por su deseo de vengarse de él y, en parte, por su deseo de él, sin más.

La había reconocido y, a pesar de ello, la había llevado al corazón de su mundo, al hotel La Couronne. ¿Significaba eso que pretendía darle una segunda oportunidad? ¿Significaba que podrían superar el pasado y volver a ser lo que habían sido?

Ya empezaba a sentirse la antigua Cassie cuando oyó pasos en el pasillo exterior. Y un momento después, sus esperanzas saltaron por los aires por culpa de algo que debía haber previsto y que, sin embargo, había pasado por alto.

Capítulo 6

–Marcel, *mon chéri*… –dijo alguien tras llamar a la puerta–. *Ouvre le porte et me prendre dans tes bras. Oh, combien je suis heureux que mon veritable amour est de retour…*

Aunque su francés estaba muy lejos de ser perfecto, sabía lo suficiente como para traducir las palabras de la desconocida.

«Marcel, cariño mío –había dicho–, abre la puerta y abrázame. Cuánto me alegro de que mi amor verdadero haya regresado.»

Ella se maldijo para sus adentros, derrotada.

Se había dejado llevar por una esperanza absurda.

Pero respiró hondo y abrió la puerta a la mujer, que resultó ser una joven muy bella, vibrante y llena de vida.

–Oh, lo siento…

–No se preocupe.

–Supongo que estoy ante la señora Henshaw, ¿verdad?

–Sí, así es.

–Marcel nos ha hablado mucho de usted.

–¿Nos? –preguntó, extrañada.

–Mi padre es Raul Lenoir, su abogado. Marcel le ha contado muchas cosas sobre su nueva ayudante londinense… Encantada de conocerla.

Cassie le estrechó la mano.

–Lo mismo digo.

–Me llamo Brigitte Lenoir. Pero, ¿dónde está Marcel?

–Volverá enseguida.

–Oh, lo he extrañado tanto y tengo tantas cosas que contarle…

–Creo que ya viene.

Marcel apareció un momento después. Al ver a Brigitte, sonrió de oreja a oreja, la tomó entre sus brazos y la cubrió de besos.

–Brigitte, *ma chérie, mon amante*…

Cassie se volvió a sentar junto al ordenador, haciendo esfuerzos para no oír lo que se decían el uno al otro.

–¿Ya has conocido a la señora Henshaw? –preguntó Marcel poco

después.

–Sí, ya nos hemos presentado.

–Es una gran mujer. Tan inteligente, que todos tienen miedo de ella.

–Papá tiene muchas ganas de que se la presentes. ¿Por qué no cenáis con nosotros, esta noche? –dijo Brigitte.

–No sé si podré… –dijo Cassie.

–Por favor –insistió la joven.

–Es que tengo mucho trabajo.

Brigitte miró a Marcel y le dijo algo en francés. Esa vez, Cassie casi no entendió gran cosa. Solo supo que Brigitte lo estaba presionando para que la llevara a la cena y que asistiría otra persona, un hombre llamado Henri.

–Su compromiso con el trabajo es encomiable, señora Henshaw –declaró Marcel–, pero no se preocupe por eso… Aprovecharemos la cena para avanzar con nuestros proyectos. Iremos a un restaurante magnífico, del que espero que más tarde me dé su opinión. Y ahora, le sugiero que vuelva a la suite y se arregle para la velada.

Al salir del apartamento de Marcel, oyó las risas de la pareja y apretó el paso, terriblemente frustrada. Tina seguía en la suite y ya había sacado y guardado todas sus cosas.

–Muchas gracias, Tina.

–De nada, *madame*.

–Este lugar es tan bonito… Si tuviera tiempo, me echaría a descansar un rato; pero tengo que ir a una cena formal con el abogado del señor Falcon y con un hombre que se llama Henri. Me pregunto quién será.

Tina soltó una carcajada.

–Discúlpeme, *madame*, pero si el señor Henri Lenoir está presente, será cualquier cosa menos una cena formal.

–¿Es que lo conoce?

–El hermano de *mademoiselle* Brigitte. Pero además de ser su hermano, también es famoso por su éxito con las mujeres –dijo con una sonrisa–. Cuentan que su esposa ya lo ha echado tres veces de la casa.

–¿Por qué?

–Por sus infidelidades, claro. Según parece, ahora está en casa

de su padre y la familia intenta que…

–Que no recaiga en sus vicios –declaró.

–En efecto. Creen que, si se porta bien, su esposa lo perdonará.

Cuando Tina se fue, Cassie se sentó en la cama y respiró hondo. Si Henri Lenoir era el mujeriego que decían, solo se le ocurría un motivo para que Brigitte la hubiera invitado a la cena. Obviamente, la consideraba poco atractiva y pensaba que su hermano no le dedicaría su atención.

Mientras se tragaba el orgullo herido, cayó en la cuenta de que Marcel no le había dado instrucciones sobre la velada. No sabía adónde ir ni qué ponerse, así que alcanzó el móvil y lo llamó por teléfono, pero no respondió.

Desesperada, se quedó mirando el techo. Estaba en una encrucijada. Desde la aparición de Marcel, había sido más cauta que en toda su vida.

Pero eso estaba a punto de cambiar.

–Es hora de tomar una decisión –se dijo–. Una decisión drástica.

Cuando Brigitte salió del apartamento, Marcel empezó a caminar de un lado a otro.

Aquel día, se había sorprendido a sí mismo haciendo cosas que no tenía intención de hacer y suspendiendo otras que le parecían esenciales.

Había llevado a Cassie a París para corregir el pasado, aunque ni él mismo estaba seguro de lo que pretendía. Ciertamente, quería que viera su hotel y que se diera cuenta de todo lo que había perdido por traicionarlo. Quería vengarse. Pero, durante el vuelo a París, se había producido un hecho imprevisto. Las turbulencias del avión la habían puesto nerviosa y habían sacado a la luz la parte más vulnerable de Cassie y su propia necesidad de protegerla.

Sin embargo, no iba a cometer el mismo error de diez años atrás. Ya no confiaba en ella.

Además, se estaba acercando el momento de obligarla a enfrentarse con los recuerdos que parecía decidida a olvidar. Y entonces, solo entonces, cuando estuviera preparado, respondería por su traición.

Cassie y la señora Henshaw solo se parecían en una cosa: cuando tomaban una decisión, seguían adelante en cualquier circunstancia.

Y la decisión que había tomado la llevó a la boutique del vestíbulo del hotel, donde después de probarse varios vestidos que no le agradaron, se decantó por un top sin mangas y muy escotado, de color negro, y unos pantalones del mismo color que se ajustaban como un guante a su perfecta figura.

De hecho, tenía un aspecto tan atrevido que dudó. Pero entonces se acordó del asunto de Henri y tomó otra decisión: la de darle una lección a Brigitte.

–Es obvio que la señora Henshaw no te asusta –se dijo en voz alta–, pero veremos si puedes decir lo mismo de Cassie. Hasta yo me empiezo a asustar.

Al salir de la boutique, se dirigió al salón de belleza. Las peluqueras se quedaron muy sorprendidas cuando una mujer de aspecto tan sobrio les pidió que le hicieran un peinado que era cualquier cosa menos sobrio, pero obedecieron sin rechistar.

Cuando terminaron con ella, su pelo volvía a estar rizado y le caía por los hombros, ocultando un poco, solo un poco, su escote.

Subió a la suite, se desnudó y se puso su ropa nueva. No estaba convencida de haber tomado una decisión sensata, y lo estuvo aún menos cuando alguien llamó a la puerta y oyó la voz de Marcel.

–Soy yo, señora Henshaw.

–Ya voy. Espere un momento.

–No, no… Abra, por favor. Necesito hablar con usted.

Ella se limitó a entreabrir la puerta, para que no la viera. Pero no pudo hacer nada para impedir que Marcel viera su nuevo peinado.

–Oh, vaya… –dijo, sorprendido.

–¿No quería que tuviera un aspecto menos sobrio?

–Sí, claro, pero…

–Me alegra que le guste –lo interrumpió, todavía escondida tras la puerta–. ¿Ya han llegado los Lenoir?

Marcel se disponía a responder cuando oyeron la voz de Brigitte.

–¿Dónde estás, Marcel?

–Aquí, *chérie*…

Brigitte llegó en compañía de su hermano y de su padre, quien

saludó a Marcel y, a continuación, dijo:

–Estoy desando ver a tu nueva ayudante.

–Yo también –intervino Henri–. ¿Dónde la has escondido?

Cassie abrió la puerta de la suite de par en par.

–Estoy aquí.

El hermano de Brigitte la miró con intensidad. Era un hombre alto, de cabello oscuro y extraordinariamente guapo en un sentido clásico del término. Debía de tener alrededor de cuarenta años.

–*Madame*… estoy más que encantado de conocerla –dijo con una sonrisa–. Sospecho que esta noche nos vamos a divertir.

Cassie se giró hacia Marcel, que se había quedado sin habla. Obviamente, esperaba encontrarse con la sobria y fría señora Henshaw. No podía imaginar que el fantasma de Cassie se presentaría delante de sus narices.

Entonces, alguien carraspeó. Era el señor Lenoir, el padre de Brigitte.

–Es un placer, señora Henshaw –dijo.

–La señora Henshaw está ayudando a Marcel con el hotel de Londres que acaba de comprar –intervino Brigitte–. Tengo entendido que es el cerebro de la operación.

–Bueno, eso es un poco exagerado –dijo Cassie.

–Pero Marcel afirma que es una mujer extraordinariamente inteligente –insistió la joven, con segundas.

–No es para tanto… –se defendió.

Henri suspiró.

–Menos mal. Las mujeres inteligentes me aterran.

–Entonces, no tiene nada que temer –dijo Cassie con la mejor de sus sonrisas.

–Bueno, se está haciendo tarde –declaró el señor Lenoir–. ¿Me permite que la lleve al restaurante, señora Henshaw?

El señor Lenoir le ofreció el brazo, que ella aceptó.

–Por supuesto.

Marcel se mantuvo en silencio hasta que llegaron al restaurante. En ese momento, se dirigió a ella y dijo:

–Señora Henshaw, necesito hablar con usted antes de que cenemos. Es un asunto de negocios. Volveremos enseguida.

Marcel le puso una mano en la espalda y la llevó a una esquina desde donde nadie los podía ver ni oír.

–¿Qué diablos cree que está haciendo? –preguntó, furioso.
–Ser educada con personas que son importantes para usted.
–Sabe que no me refiero a eso. Su forma de vestir es…
–¿No quería que cambiara de imagen?
–Yo…
–Dijo que era demasiado sobria –le recordó–. Y hoy mismo, me ha cepillado el pelo con sus propias manos para darle un poco de volumen.
–Sí, es cierto, pero…
–Me he limitado a hacer lo que me ha pedido –afirmó–. Aunque ahora que lo pienso… ¿Está enfadado porque me he quedado corta? ¿Habría preferido que me pusiera algo con más escote, quizás?
Mientras hablaba, se agarró el top a la altura del estómago, para tirar hacia abajo y aumentar el escote; pero Marcel puso sus manos sobre las de ella y se lo impidió. No podía imaginar lo que pasaría después. Instintivamente, sin ser consciente de lo que hacía, Cassie cerró los dedos sobre sus manos y las apretó contra sus pechos.
Él se quedó helado. Quería romper el contacto, pero no encontraba las fuerzas necesarias.
–Maldita sea, Cassie… –susurró–. Maldita sea.
Por fin, apartó las manos y se alejó.
Ella se apoyó en la pared, casi sin aire, asombrada por lo ocurrido y dominada por una intensa sensación de triunfo.
La había reconocido. Había admitido que la había reconocido.
Cuando logró reaccionar, descubrió que Marcel la estaba esperando a pocos metros, para acompañarla a la mesa. Pero no dijo nada; ni siquiera la miró a los ojos. Se limitó a ofrecerle un brazo, que ella aceptó.
Los demás estaban esperando en el interior del local. Tras llegar a la mesa que habían reservado, el señor Lenoir le ofreció una silla a Cassie y se sentó a su izquierda. Henri se acomodó rápidamente a su derecha y, justo cuando parecía que Marcel iba a protestar, Brigitte le acarició la mejilla, le dijo algo en francés y lo tranquilizó.
Cassie miró a su alrededor, fascinada. Había visto muchos sitios lujosos, pero la elegancia de aquel lugar los superaba. Todo, desde las lámparas de araña hasta la cristalería, pasando por el champán que les sirvieron, era exquisito.
Sacó su libreta y empezó a escribir.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Henri a su lado.

–Observar. Estoy aquí por eso.

–No, no está aquí por eso. Está aquí para pasar una velada maravillosa con un hombre que la admira.

–No, estoy trabajando –afirmó–. El señor Falcon me ha contratado por mi eficacia.

–¿Su eficacia? ¿En qué campo? –preguntó con malicia.

–En el de los negocios.

–Pero hay negocios y negocios –puntualizó–. Marcel no la quiere solo por su habilidad con los números.

–Señor Lenoir… –protestó.

–Llámeme Henri. Tengo la sensación de que nos conocemos desde siempre.

–Me abruma, Henri.

–Lo dudo mucho. Usted no es de las que se asustan con facilidad.

–Si piensa eso de mí, es que me conoce menos de lo que cree.

–Si usted lo dice…

–Lo digo.

–Bueno, puede que sea verdad. Pero me extraña que Marcel solo busque su eficacia en los negocios cuando es evidente que tiene más habilidades. A fin de cuentas, es un hombre con buen gusto en materia de mujeres.

Henri señaló a Marcel con la cabeza y Cassie se giró hacia su antiguo amante. Esperaba que le lanzara una mirada, aunque solo fuera para desaprobar la atención que dedicaba a Henri, pero no la miró. Estaba completamente centrado en Brigitte, a quien sonreía como si fuera la mujer más preciosa del mundo.

Por suerte, los camareros llegaron en ese momento con la comida y le ofrecieron la distracción que necesitaba para dejar de preocuparse por Marcel. De hecho, fue una distracción tan perfecta que no le oyó cuando, minutos más tarde, le dedicó unas palabras.

–Lo siento… ¿qué ha dicho?

–Solo le estaba recomendando el vino. Es de una cosecha poco conocida. Una especialidad de mi hotel.

–Ah… Gracias.

–Olvídese de Marcel –intervino Henri–. Precisamente, me disponía a contarle una historia que…

–Tu turno ya ha terminado –lo interrumpió el señor Lenoir–.

Puede que sea un viejo, pero no soy tan viejo como para no apreciar la compañía de una mujer tan bella.

El señor Lenoir soltó una carcajada encantadora. A Cassie le había caído bien, de modo que le dedicó una sonrisa y se puso a hablar con él. A simple vista, parecía más educado y comedido que su hijo, pero sus comentarios sobre París tendieron a centrarse en los lugares más cálidos y románticos. Al parecer, Henri no era su único admirador.

Después de comer, la orquesta de La Couronne empezó a tocar y la gente salió a la pista de baile. El señor Lenoir la tomó de la mano y Cassie lo siguió con alegría. Bailaron durante unos minutos, lo suficiente para descubrir que era un buen bailarín y que le encantaba coquetear.

Cuando volvieron a la mesa, Henri protestó.

–Me ha dejado solo… Usted tiene a mi padre y Marcel, a Brigitte.

–Sí, ya me he dado cuenta… –Cassie miró a la pareja que bailaba a cierta distancia.

–¿Cuándo será mi turno?

–Ahora mismo, si quiere –respondió–. ¿Le importa que baile con su hijo, señor Lenoir?

–En absoluto.

Henri la sacó a bailar y le demostró que superaba a su padre como bailarín. Cassie se dejó llevar, encantada; pero cada vez que daban una vuelta, Marcel aparecía en su campo de visión. Si cerraba los ojos y los volvía a abrir, estaba allí. Hiciera lo que hiciera, estaba allí, mirándola con furia.

Cuando la música dejó de sonar, Henri tuvo una pequeña discusión con tres hombres que querían bailar con ella. Pero la discusión se detuvo con la aparición de Marcel, que los puso en su sitio de inmediato.

–Ahora me toca a mí –bramó.

–Tendrá que hacer cola, señor Falcon –dijo ella–. Estos caballeros estaban antes.

–Yo no espero por culpa de ningún hombre. Ni de ninguna mujer.

–Está bien, como quiera… Bailemos.

Marcel la tomó entre sus brazos y llevó el ritmo del vals que

había empezado a sonar unos segundos antes. Cassie intentó refrenar su deseo, pero sus defensas se estaban derrumbando y la situación se volvió peligrosa para ella.

–No se debería pegar tanto a mí. Estamos en público.

–Tonterías. Y deja ya de hablarme de usted –declaró en voz baja–. Me pego a ti porque sé que es lo que deseas. Te has vestido así para provocarme.

–¿Cómo puedes decir eso? Fuiste tú quien se empeñó en que me vistiera de forma menos sobria –le recordó.

–Oh, vamos. Esa excusa es lamentable.

–¿Siempre tienes que ser tan grosero?

–Estás disfrutando de la situación, ¿verdad?

–Eso no es justo.

–Puede que no, pero tú no eres la persona más apropiada para hablar de justicia. Sé cómo funciona tu cabecita.

–¿Cómo es posible que lo sepas? Me conociste hace unos días.

El suspiró y sacudió la cabeza.

–No me atormentes más. Si sigues por ese camino…

–¿Qué pasará? –lo desafió–. ¿Qué vas a hacer?

–Ya lo verás.

–Venga, dímelo –insistió ella–. ¿Qué vas a hacer?

–Ya lo verás –repitió él, lentamente.

Cassie sonrió.

–Lo estoy deseando.

Marcel bajó la mano hasta la parte más baja de su espalda.

–Bruja… –susurró.

Cassie soltó una carcajada.

–Di lo que quieras de mí. Al fin y al cabo, eres mi jefe y tu palabra es la ley. Yo estoy para obedecer.

Él arqueó una ceja.

–Me alegro de que lo entiendas, porque hay cosas que no voy a tolerar.

–¿Cosas? ¿Qué cosas?

Justo entonces, la orquesta dejó de tocar y Cassie se quedó sin la explicación que estaba esperando.

–Te lo diré más tarde.

–Más tarde…

–Pero pronto, en cualquier caso.

–Sí, que sea pronto –dijo Cassie, mirándolo con intensidad–. Porque ya hemos esperado demasiado.

Capítulo 7

Ya volvían a la mesa cuando Marcel empezó a andar más despacio, como si hubiera visto algo que no le gustaba.

–Oh, no…

Entonces Cassie se dio cuenta de que Henri estaba en compañía de una mujer de treinta y tantos años, que parecía muy enfadada y que se dirigía a él con una brusquedad que solo era posible en una esposa.

–Te has dado mucha prisa en buscarte otra, ¿verdad? Y no lo niegues, porque te he visto hace un rato, cuando bailabas con ella.

La mujer miró entonces a Cassie y se levantó.

–Ah, aquí estás… ¿Qué pasa? ¿Ya no te interesa mi esposo? ¿Has descubierto que Marcel tiene más dinero y has cambiado de objetivo? Todas las de tu clase sois iguales. Pero me extraña que tú te dejes engañar, Marcel. Cuando encuentre a un hombre con más dinero, te abandonará y te dejará en la estacada.

Cassie se preguntó cómo reaccionaría Marcel al oír esas palabras. La esposa de Henri no podía imaginar que él ya había pasado por eso; o por lo menos, que creía haber pasado por eso. Y su réplica le sorprendió.

–Buenas noches. Me alegra que hayas podido venir… Tu marido te echaba de menos.

–¿Que me echaba de menos? –dijo con ironía–. Pues me va a echar mucho más de menos, porque esta es la última vez que me engaña. Le he visto bailando con esa pelandusca y dando un espectáculo ante todo el mundo. Pero está bien, que se quede con ella.

–Te estás equivocando –dijo Marcel–. Ha bailado con él solo por cortesía. Es mi acompañante, y te agradecería que no la insultaras.

–¿Tu acompañante…?

La mujer no dijo nada más. Henri se disculpó y se la llevó rápidamente de la mesa, donde el señor Lenoir suspiró e invitó a Cassie a sentarse a su lado.

–No, gracias, estoy un poco cansada –respondió–. Además, mañana tengo que levantarme muy pronto. Buenas noches.

Al llegar a la suite, se desnudó, se duchó y se puso un pijama; uno de los típicos pijamas de la señora Henshaw, con pantalones y chaquetilla, tan sencillos como poco seductores.

Tenía intención de acostarse, pero no tenía sueño y empezó a caminar de un lado a otro, pensando en los sucesos de la noche. Estaba verdaderamente sorprendida con Marcel. Jamás habría imaginado que la defendería ante las acusaciones de la esposa de Henri.

Momentos después, llamaron a la puerta.

–¿Quién es?

–Soy yo, Marcel. Abre, por favor.

Cassie abrió y él entró tan rápido que ella se tuvo que apartar para que no la arrollara.

–¿A qué viene tanta prisa? ¿Creías que estaba con Henri? –dijo con humor–. Disculpa, pero no ha venido a buscarme. Estoy sola.

–¿Y esperas que crea en tu palabra?

–No soy una mentirosa. Aquí solo estamos tú y yo.

Marcel recorrió la suite y miró dentro de cada habitación, armarios incluidos.

–¿Es que te has vuelto loco? ¿Crees que, si estuviera con alguien, llevaría un pijama tan poco atractivo como este?

–Depende de cuánto tiempo lo quieras llevar. Si solo te lo has puesto para que te lo arranquen… –respondió.

–¿Eso es lo que Henri pretendía? ¿Arrancarme el pijama? Pues es extraño, porque no ha dicho nada.

–Es exactamente lo que pretendía Henri y todos los hombres que estaban en el restaurante. Lo sabes de sobra.

–Mira…

–No me tomes por idiota.

–¿Por qué no? Eres un idiota.

Marcel se acercó a la puerta de la suite y echó el cerrojo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Cerrar para que nadie nos moleste. Tengo que hablar contigo.

–Yo también.

Marcel asintió.

–Como dijiste hace unos minutos, hemos esperado demasiado

tiempo… señora Henshaw.

–¿Seguro que me quieres llamar así?

–No quiero llamarte nada. Preferiría no haberte conocido. Pensaba que habías salido de mi vida para siempre, pero ahora…

Ella guardó silencio.

–Eres tú, ¿verdad? –continuó él.

–¿Por qué lo preguntas? Lo has sabido desde el principio.

–Sí, supongo que lo sabía, pero a veces me negaba a creerlo… –le confesó–. Me parecía imposible, irreal.

–Porque no querías que fuera real.

–Por supuesto que no –dijo con brusquedad–. Yo no quería volver a verte. Ni siquiera sé por qué me has buscado.

–No te hagas ilusiones. Yo no te busqué. Fui a ver al señor Marcel Falcon, sin saber que era Marcel Degrande. De haberlo sabido, jamás habría ido a esa reunión. Cuando te reconocí en la distancia, salí corriendo.

–Pero volviste.

–No exactamente. Estaba tan alterada que me tuve que sentar en la terraza del hotel. Y entonces, apareciste… Yo tampoco ardía en deseos de verte, Marcel. Lo que pasó entre nosotros fue demasiado…

–Sí, demasiado –la interrumpió–. Pero lo de esta noche ha sido un poco excesivo. Te has vestido así para provocarme.

–No, yo no…

Marcel se acercó a ella y la agarró por los brazos.

–No mientas, Cassie. Es terriblemente obvio. Pero no entiendo qué placer sacas de ello. Hay que ser muy retorcida para hacer una cosa así. Aunque, pensándolo bien, no me debería extrañar. Siempre te gustó jugar conmigo.

–Yo no jugaba contigo.

–Claro que sí, desde el principio. La dulce y adorable Cassie, la rubita de ojos enormes y expresión inocente. Me hiciste creer que estabas enamorada de mí y yo te creí como un idiota. Hasta que descubrí que eras incapaz de amar. Y fue una lección muy útil, que no olvidé. Pero eso es agua pasada; la historia de la Cassie que me engañó, una historia que ya conozco. Ahora me interesa más la señora Henshaw. ¿Quién es esa mujer?

–La persona que soy ahora o, por lo menos, la que creía ser.

Estaba convencida de que Cassie había muerto tiempo atrás.

–Pero ha vuelto a la vida, ¿no? Hay cosas que nunca mueren. Y cosas que nunca cambian –afirmó.

–En eso te equivocas. Puede que Cassie siga viva, pero ya no es la misma. Ha visto cosas que nunca soñó ver, cosas que nunca quiso ver y que no puede olvidar. Está atrapada en sus propios recuerdos. ¿Y tú?

–Los recuerdos no me preocupan, Cassie. Me preocupan las cosas de las que no se puede escapar.

–¿Qué significa eso? ¿Me estás acusando otra vez de haberte buscado a propósito? –preguntó–. Porque ya te he dicho que…

–No, no te estoy acusando de eso. Lo decía porque has estado en mí todo el tiempo, a pesar de mis esfuerzos por olvidarte, por sacarte de mi vida. Pero ya no soy el jovencito ingenuo que se dejó engañar primero y abandonar después.

–Tienes muy mala opinión de mí.

–¿Y te extraña acaso? ¿No me abandonaste cuando más te necesitaba, cuando estaba al borde de la muerte?

–Yo no te abandone. Lo hice por ti.

–Busca una excusa mejor.

–Es verdad. No tuve elección.

–Me estás mintiendo.

–No, escucha…

–No, escúchame tú a mí. Te odio, Cassie; te odio a ti y a la señora Henshaw, a quien quiera que se oculte tras esa fachada. Y te odiaré toda mi vida, hasta el fin de mis días. Solo hay una cosa que no odie de ti. Esto.

Marcel le puso las manos en la cara. Cassie sabía lo que estaba a punto de hacer, pero no se resistió cuando la besó.

–Oh, Marcel…

–Me has estado volviendo loco durante toda la noche. Pues bien, ya tienes lo que querías. ¿Estás satisfecha?

Cassie no se molestó en negar sus acusaciones. Marcel tenía razón. Era lo que quería. Toda su ira y sus gestos de desafío estaban pensados para llegar a ese momento, para tenerlo otra vez entre sus brazos, para volver a probar su boca.

Y si él se hubiera resistido a sus encantos, se habría sentido tan insultada que jamás se lo habría perdonado.

Marcel la besó apasionadamente hasta que, al cabo de unos minutos, se apartó despacio, como si le costara.

–Pídeme que no siga –dijo–. Pídemelo.

–¿Cómo podría? Nunca he permitido que me des órdenes.

–Ni tú tenías que darme órdenes a mí. Me limitaba a hacer lo que querías, sin esperar a que lo pidieras.

–Siempre estuviste tan seguro de saber lo que yo quería… –protestó.

–Pues nunca te quejaste.

–Quizás, porque me dabas miedo.

Él sonrió.

–¿Tú? ¿Tenías miedo de mí?

–Bueno, puede que no lo tuviera entonces y que te lo tenga ahora. A fin de cuentas, estoy en tus manos.

–Pues pídeme que no siga.

Esta vez fue ella quien sonrió.

–¿Por qué? ¿Es que crees que deberíamos parar?

–Maldita seas, Cassie…

Marcel le desabrochó los botones de la chaqueta a toda prisa y la tiró al suelo. Luego, le acarició los senos con suavidad, bajó la cabeza y le succionó los pezones lentamente, arrancándole gemidos de placer.

Ella casi no fue consciente del momento en que la llevó a la cama y la tumbó. Solo supo que le desabrochó los botones de la camisa con tanta rapidez como él había hecho con los de la chaqueta.

Y allí, en la oscuridad, tras despojarse de la ropa que los separaba, volvieron a ser uno solo; a moverse con la perfección de la armonía física que desafiaba su antagonismo.

Cuando terminaron de hacer el amor, se quedaron en silencio, abrazados. Cassie no veía bien su cara; no había luz. Pero notó su confusión.

Por primera vez en su vida, Marcel se había quedado sin palabras.

–¿Te habrías detenido si te lo hubiera pedido? –preguntó en voz baja.

Él tardó en responder.

–Bueno… me alegra que no me lo pidieras.

Ella sonrió y le acarició la cara. Pero su cara debió de despertar algo en Marcel, porque se levantó de repente y gritó:

–¡No!

–¿Qué ocurre?.

–¡No! ¿Qué he hecho?

Marcel la miró a los ojos y soltó una carcajada amarga.

–Magnífico, Cassie. Te felicito. Has ganado la primera batalla. Y aunque yo gane las siguientes, la primera es la que cuenta, ¿verdad?

–Marcel…

–Te he estado esperando tanto tiempo… pensando que volverías porque, en el fondo, seguías enamorada de mí. Qué estúpido he sido. Qué estúpido.

–Marcel, escúchame un momento, por favor. Tengo que decirte una cosa.

Marcel no le hizo caso. Empezó a caminar de un lado a otro como un tigre enjaulado, encerrado en su propio mundo.

–Cuando era joven, no habría creído que pudiera odiar a nadie como llegué a odiarte a ti. Por entonces, te quería más que a mi vida; te quería de un modo… –Marcel dejó la frase sin terminar–. Bueno, no importa.

–Por si no lo recuerdas, yo también te amaba.

–He dicho que no importa –rugió–. Y no me digas que me amabas. Si me hubieras amado, no habrías hecho eso.

–Tú no sabes lo que hice.

–¿Que no lo sé? Estuve muchos días en el hospital, esperando que aparecieras… Deliraba, soñaba contigo y me repetía que, la próxima vez que abriera los ojos, tú estarías allí. Pero nunca estabas.

Cassie se mantuvo en silencio.

–Te llamé una y otra vez por teléfono, pero tu móvil parecía desconectado y, en cuanto al teléfono de tu casa, no respondías. ¿No te preguntaste por qué había desaparecido de repente? ¿No sentiste la menor curiosidad?

Cassie lo miró con dureza.

–Sabía lo que te había pasado. Sabía que habías sufrido un accidente y que estabas en el hospital. Por eso te escribí la carta.

–¿Qué carta?

–Una carta en la que te explicaba lo sucedido y te rogaba que

me perdonaras. Te la metí por debajo de la puerta, segura de que la encontrarías cuando volvieras. Pero espera un momento… ¿Insinúas que…?

Marcel no quiso admitir que había roto la carta, así que dijo:

–No llegué a leerla.

–En tal caso, tampoco llegaste a saber que me vi forzada a alejarme de ti, que no tuve más remedio.

–Oh, vamos… ¿Me has tomado por un niño? Siempre se tiene elección.

Ella sacudió la cabeza.

–Yo no la tuve. No podía hacer nada. Me dijo que te mataría.

Marcel se quedó desconcertado.

–¿De quién estás hablando?

–De Jake Simpson.

–¿Jake Simpson?

–Era un canalla con dinero y contactos en el mundo del hampa. Todos le tenían miedo; pero yo no se lo tenía… al menos, al principio. Un día, me dijo que me deseaba y lo rechacé. Te lo habría contado en su momento, pero estabas fuera y decidí esperar a que volvieras a casa. Y entonces, sufriste el accidente –dijo–. Salvo que no fue un accidente.

–¿Cómo?

–Jake lo organizó para asustarme. Me enseñó una fotografía tuya, ¿sabes? Estabas en el hospital, tendido en una cama… Y dijo que, si no te abandonaba y me marchaba con él, te mataría. Ni siquiera permitió que me pusiera en contacto contigo.

Marcel no supo qué decir.

–Al final, estaba tan desesperada que te escribí para explicártelo todo y te metí la carta por debajo de la puerta. Pero es evidente que no la recibiste. Supongo que ya te habías ido para entonces… Ah, si la hubieras leído… Al menos, habrías sabido que yo no te había traicionado, que me vi obligada a hacer lo que hice.

–¡Basta! No sigas –le rogó.

–De todas formas, no hay mucho más que decir. Si pudiera volver atrás, te obligaría a leer esa carta y a…

–¡Basta! –repitió.

Cassie lo tomó de la mano y lo sentó en la cama, con ella.

–Aún no sabes si creerme, ¿verdad? Todo ha cambiado tanto…

Pero está bien. Si solo hay una forma de conseguir que me creas, la usaré.

–¿Qué significa eso?

–Has dicho que soy una bruja que utilizó sus encantos para conquistarte. Y es posible que tengas razón.

–¿Qué estás diciendo, Cassie?

–Que voy a hacer lo que tenga que hacer. Puede que me conozcas mejor que yo misma. Puede que tengas razón al insinuar que no tengo escrúpulos. Puede que disfrute con ello. Puede que los dos disfrutemos.

Mientras hablaba, Cassie le acariciaba la cara. Sabía que se estaba arriesgando mucho, pero no tenía otra opción. Debía encontrar la forma de borrar la hostilidad que brillaba en sus ojos. Y poco a poco, lo consiguió.

–Abrázame –dijo en voz baja.

Marcel la abrazó y la tumbó en la cama.

Su primer encuentro amoroso, después de diez años de separación, había sido enteramente sexual; pero este fue muy distinto. No pronunciaron ni una sola palabra; no era necesario. Se limitaron a reencontrarse con todas las cosas que habían obviado la vez anterior: la ternura, la calidez, el entusiasmo, la alegría.

Luego, ella se apretó contra él y dijo:

–Todo se arreglará, cariño mío. Encontraremos la forma. Te lo prometo.

Justo entonces, Cassie notó que su respiración era más lenta y profunda, y cayó en la cuenta de que se había dormido.

–Duerme bien –continuó–. Yo me encargaré de todo.

Lentamente, la sonrisa de Cassie cambió.

Ahora era distinta. Era una sonrisa de triunfo.

Cassie se despertó varias veces durante la noche. Y, en todas las ocasiones, Marcel continuaba allí.

Lo miraba como si le pareciera el ser más bello del mundo. O dormía tranquilamente, pero pegado a su cuerpo, como si no pudiera soportar la vida sin su contacto, como si no pudiera vivir sin él.

Estaba absolutamente segura de que, cuando por fin amaneciera,

Marcel seguiría a su lado. Pero se equivocó.

Cuando abrió los ojos, estaba sola.

Marcel se había ido.

Se sentó en la cama y miró a su alrededor con asombro, incapaz de creerlo. Después, se levantó y buscó en todas las habitaciones, sin éxito.

Marcel se había ido.

Entonces, recordó que en cierta ocasión la había amenazado con raptarla y pensó que la había encerrado en la suite. Pero la puerta no estaba cerrada.

Desesperada, entró en el cuarto de baño y se duchó a toda prisa. Le parecía terrible que se hubiera marchado sin decir nada, después de lo sucedido la noche anterior. Sin embargo, hizo un esfuerzo para no juzgarlo. A fin de cuentas, podía tener sus motivos.

Cuando llegó el momento de vestirse, dudó.

¿De quién se iba a disfrazar? ¿De Cassie? ¿De la señora Henshaw?

Al final, optó por una mezcla de las dos, con la ropa de la sobria profesional y el cabello suelto de la antigua modelo.

Tras tomarse un café, salió de la suite y se dirigió al apartamento de Marcel, donde una mujer de mediana edad le abrió la puerta.

–*Bonjour*…

–Hola –dijo Cassie, desconcertada.

–Soy Vera, la secretaria de Marcel. Antes de irse, me ha dado instrucciones para que me ponga a su disposición.

–¿Se ha ido? ¿No está aquí?

–Se ha tenido que ir a toda prisa, aunque no me ha dicho por qué. A decir verdad, me sorprende un poco… nunca se va sin dar explicaciones. Sobre todo, cuando tenemos tanto trabajo como ahora.

Cassie pensó que se había ido por ella, que había huido. E incluso consideró la posibilidad de facilitarle las cosas y marcharse de inmediato.

Pero esa vez se lo iba a poner difícil. Así que se tragó su orgullo y se puso a trabajar.

Capítulo 8

Laura Degrande, la madre de Marcel, vivía en una pequeña casa de las afueras de París. No era precisamente un barrio de ricos, pero Laura estaba contenta con lo que tenía.

Cuando se divorció de Amos Falcon, su hijo le ofreció una asignación más que suficiente para vivir entre lujos, pero ella la rechazó a pesar de sus protestas y se limitó a pedirle una suma pequeña, lo justo para sobrevivir.

Aquella negativa había sido la única mancha en la estrecha relación que mantenían. Y, naturalmente, su cara se iluminó cuando Marcel llamó a la puerta.

–Hola, cariño… me alegro mucho de verte. Me has dado una sorpresa cuando me has llamado por teléfono. ¿Qué ocurre?

Marcel le dio un abrazo y contestó:

–Tengo que echar un vistazo a las cosas viejas que me guardas.

–¿Has perdido algo?

–Se podría decir que si. ¿Dónde están mis bolsas?

–Donde las dejaste, en el desván.

–Excelente.

Marcel subió al desván, cerró la puerta y sacó el contenido de las bolsas y de las cajas, pero no encontró lo que buscaba.

Minutos después, Laura entró en la habitación.

–¿Has tenido suerte?

–No. Estoy buscando un sobre gris, bastante grande. Pero ha desaparecido.

–Ah, el sobre… Lo encontré hace tiempo y lo abrí. Solo tenía trozos de una carta que habías roto. Pensé que sería para tirar.

Él la miró con horror.

–No me digas que lo has tirado.

Ella sacudió la cabeza.

–No, en absoluto. Siempre te enfadas cuando te tiro algo sin preguntarte antes, de modo que lo dejé en ese estante.

Laura se lo señaló y Marcel alcanzó el sobre como si la vida le

fuera en ello.

–Gracias, mamá. Muchísimas gracias.

Laura se fue rápidamente. Sabía que era algo importante para su hijo y que necesitaba estar so-lo.

Marcel abrió el sobre con tanta ansiedad que los viejos y pequeños fragmentos de la carta cayeron al suelo. Cuando los recogió, se sentó a la mesa y los empezó a juntar con manos temblorosas, recordando el día en que salió del hospital y encontró el sobre debajo de la puerta.

Acababa de ir al piso de Cassie. Las luces estaban apagadas, pero llamó con todas sus fuerzas hasta que un vecino, un hombre de mediana edad que le sonaba vagamente, apareció en el pasillo y le dijo que se había ido unos días antes, con un hombre que la había pasado a recoger en un coche muy caro.

Al volver a su apartamento, estaba tan enfadado con Cassie que rompió la carta en mil trocitos, sin leerla siquiera. Pero en lugar de tirarlos a la basura, los guardó en un sobre. Lo hizo por despecho; porque pensó que cuando pasaran los años y fuera un hombre rico y poderoso, juntaría los pedazos, leería la carta de aquella miserable que lo habría traicionado en su juventud y se reiría.

Se reiría con todas sus fuerzas. Tan violentamente como lloraba ahora.

Y dos días después, tras su breve y conflictivo encuentro en el aeropuerto, se fue.

–Dios mío, Cassie…

Marcel miró el rompecabezas que tenía sobre la mesa y empezó a leer. Pero faltaban algunos pedazos; los suficientes como para que muchas frases quedaran incompletas. Y se sintió tan frustrado que empezó a pegar puñetazos a la pared.

Cassie lo llamó varias veces por teléfono; pero Marcel no respondía, así que terminó por rendirse y empezó a hacer las maletas. Estaba convencida de que la había abandonado en venganza por lo sucedido diez años antes; de que la había seducido sin más intención que la de hacerle probar su propia medicina.

Cuando terminó con el equipaje, llamó al aeropuerto y reservó un vuelo para esa misma noche. Pero Vera, que acababa de llegar,

la oyó.

–¿Es que se va?

–Sí, tengo que irme. ¿Podría darle esto a Marcel?

Cassie le dio un sobre. En su interior había una nota breve, donde se limitaba a decirle que se había ido porque era lo mejor para los dos.

–¿No puede esperar un poco? –preguntó la secretaria.

–Ya he esperado demasiado.

Aún faltaban tres horas para la hora de embarque, pero Cassie sintió la necesidad de alejarse de allí y tomó un taxi al aeropuerto, donde se sentó y se dedicó a pensar.

No podía creer que hubiera sido tan ingenua. Se había dejado llevar por la esperanza vana de volver con Marcel y, sin embargo, Marcel se había vengado.

Por fin, llegó el momento de embarcar. Cassie se levantó, localizó la entrada correspondiente y se puso a la cola. Casi había llegado al mostrador cuando gritaron su nombre.

–¡Cassie!

Todo el mundo se giró hacia el hombre que apareció en ese momento por una escalera mecánica y corrió hacia ella.

–¿Adónde crees que vas?

–A casa.

–Te quedarás aquí.

Marcel la agarró de la muñeca.

–Suéltame…

–¡No! –exclamó–. Puedes volver conmigo por las buenas o puedes volver conmigo por las malas. Tú eliges.

–¿Sabes que eres insufrible?

–No me digas que has tardado diez años en descubrirlo. Pensaba que eras más lista.

–Marcel…

–Elige –insistió.

–Está bien. Iré contigo.

Marcel alcanzó la maleta con la mano que tenía libre y la llevó al exterior del aeropuerto, donde los estaba esperando un vehículo de La Couronne.

Mientras el conductor guardaba el equipaje en el maletero, Marcel la llevó al asiento de atrás y cerró la mampara de cristal que

separaba las dos partes del coche, aislándolos.

No le soltó la mano en ningún momento. Seguía aferrado a ella cuando por fin llegaron a las calles de París.

–No hace falta que me agarres tan fuerte –dijo Cassie–. No me voy a escapar.

–Prefiero no arriesgarme. Eres capaz de desvanecerte en cualquier momento. Ya lo has hecho dos veces, y no habrá una tercera.

–Me he ido porque es obvio que no quieres saber nada de mí –se defendió.

–¿Que no quiero saber nada de ti? ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Es que te has vuelto loca? –preguntó.

–Estoy diciendo la verdad. ¿Qué querías que pensara cuando me desperté esta mañana y vi que te habías ido? Al menos, me he tomado la molestia de dejarte una nota.

Él suspiró.

–Me fui porque me tenía que ir… No quería tardar tanto, pero las cosas se han complicado un poco. Y cuando he vuelto al hotel y Vera me ha dicho que te habías ido al aeropuerto… bueno, no me lo podía creer.

Cassie respiró hondo. Marcel hablaba con una vehemencia que no dejaba lugar a dudas. Estaba diciendo la verdad.

–Pero, ¿por qué te fuiste?

–Por la carta.

–¿La carta? ¿Qué carta?

–La que me escribiste hace diez años.

–Pero si dijiste que no la habías recibido…

Marcel sacudió la cabeza.

–Yo no dije eso. Dije que no la había leído, que es distinto. Estaba tan enfadado que la rompí en mil pedazos.

–Entonces, ¿cómo la has podido leer?

Él se encogió de hombros.

–Porque guardé los pedazos.

Ella se quedó asombrada.

–¿Y no la habías leído hasta hoy?

–No –respondió–. Esta mañana, me he levantado e ido a casa de mi madre. Sabía que había dejado la carta en un sobre, así que lo abrí y empecé a juntar los pedazos. Pero se habían perdido

algunos… En cuanto a lo que ha pasado después, ya lo sabes. Vera me ha dicho que te ibas a Londres y he venido a buscarte.

–Pues has llegado justo a tiempo –susurró.

–Habría llegado a tiempo de todas formas.

–¿Qué quieres decir?

–Tengo un amigo en el servicio de seguridad del aeropuerto de París. Aunque hubieras pasado el control de pasaportes, no habrían permitido que subieras al avión.

–¿Cómo te has atrevido a…? –empezó a decir, indignada.

–No podía arriesgarme a que te fueras. Era demasiado importante.

–¿Y si me quisiera ir? ¿Qué pasaría?

Él la miró en silencio, con intensidad. Si le hubiera dicho con palabras que ya no era dueña de su destino, no habría sido más claro.

Estaba poseído por unos demonios que eran demasiado fuertes para él y, quizás, también para ella.

–¿Y qué quieres, Marcel? ¿Que te cuente lo que escribí en los fragmentos que faltan? –siguió hablando.

–Si te acuerdas, sí.

–Claro que me acuerdo.

Al llegar a La Couronne, Marcel la sacó del coche y la llevó al vestíbulo, donde tomaron un ascensor. Un par de personas se intentaron acercar a él para decirle algo, pero no les hizo el menor caso.

En cuanto estuvieron en su apartamento, Marcel echó el pestillo de la puerta. Cassie estuvo a punto de decir que no era necesario, pero se lo calló. Luego, él alcanzó el sobre y sacó los fragmentos de la carta, que había pegado sobre un papel.

–¿Reconoces la letra?

–Por supuesto. Es mía.

–Entonces, léela. En voz alta.

Cassie empezó a leer.

–«Mi querido Marcel. Te preguntarás por qué no fui a verte cuando era obvio que me necesitabas, pero no pude. Lo que pasó no fue un accidente. Te lo hizo un hombre que me quería para él. Yo me negué y… » –Cassie dejó de leer–. Esta parte de la carta se ha perdido. Faltan varios pedazos.

–¿No recuerdas lo que decía?

Ella cerró los ojos un momento.

–Decía que ese hombre te hizo daño para demostrarme lo que podía pasar si no te abandonaba y me marchaba con él.

Él asintió.

–Está bien. Sigue leyendo.

–«No me podía arriesgar a ir al hospital, porque él lo habría sabido y te habría matado. Te he escrito esta carta y la he pasado por debajo de tu puerta para que no se entere. No soporto la idea de que pienses que te he abandonado, de que creas que te he dejado de amar…»

Cassie apartó la mirada del papel y añadió:

–Falta lo siguiente.

–Pero lo recuerdas, ¿no?

–¿Cómo lo iba a olvidar? Te decía que te amaría siempre, hasta el fin de mis días. Y después, me despedía.

–¿Estás segura de que escribiste eso? –preguntó él–. ¿Seguro que dijiste que me amarías para siempre?

–Por supuesto que sí. Pero si todavía no me crees, piensa en el resto de la carta. Te escribí para que supieras lo que había pasado. Y si la hubieras leído entonces, no habríamos perdido diez años de nuestras vidas –añadió con tristeza.

–No sigas, por favor. No digas eso, o me volveré loco.

–Me sorprende que no nos hayamos vuelto locos los dos. Todo ha sido tan absurdo, tan innecesario…

–Sí, es cierto. Si la hubiera leído…

–Si la hubieras leído y hubieras sido sincero conmigo.

Él la miró con extrañeza.

–¿Sincero? ¿A qué te refieres?

–¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no me dijiste que eras hijo de Amos Falcon? Si lo hubiera sabido, nada nos habría separado.

–No te entiendo. Habría pasado lo mismo…

Cassie se empezó enfadar.

–No, Marcel. Si lo hubiera sabido, habría acudido a tu padre en busca de ayuda. Es un hombre muy poderoso. Se habría encargado de que la policía detuviera a ese mafioso y de que terminara en la cárcel por lo que había hecho.

–Oh, Cassie…

–Todo habría sido distinto. Tú te habrías ahorrado la mayor decepción de tu vida y yo, el horror de mi matrimonio con Jake. Pero no, claro. Por culpa de tu jueguecito, hemos tenido diez años de sufrimiento.

Él se pasó una mano por el pelo.

–Yo… No lo hice con mala intención. No pretendía jugar contigo –acertó a decir–. Simplemente, no quería que supieras que procedía de una familia adinerada.

–¿Por qué? ¿Porque pensabas que tu dinero me interesaría demasiado?

Marcel sacudió la cabeza.

–No, no… Lo hice porque estabas conmigo a pesar de mi pobreza y de que estabas rodeada de hombres ricos. Y eso significaba tanto para mí…

–No lo dudo, Marcel. Pero el precio fue demasiado alto para los dos –afirmó con dureza–. Te debería odiar, ¿sabes? Viví un infierno por culpa de tus juegos juveniles. Hace poco, cuando descubrí la verdad…

Cassie soltó un grito de frustración.

–Cassie, yo…

–Déjame en paz.

Marcel se acercó y la abrazó con cariño.

–Te odio, Marcel…

–Lo sé, cariño. Y me lo merezco. Ódiame si quieres.

Cassie rompió a llorar.

–Sí…

–Ódiame, llámame lo que quieras, pégame si lo necesitas –dijo él, mirándola a los ojos–. No te detendré.

Ella no pudo hablar. Las lágrimas caían por sus mejillas cuando Marcel la llevó al dormitorio y la tumbó en la cama. Pero no la llevó allí para hacerle el amor. Simplemente, se tumbó a su lado y le acarició el cabello.

–Llora, mi vida. Saca todo lo que llevas dentro.

–Tantos años perdidos…

–Sí, tantos años –dijo él–. Podríamos haber sido felices, estar juntos, tener hijos. Y lo perdimos todo por mi culpa.

–No, no solo por tu culpa. También fue por la mía –le confesó–.

Supongo que éramos demasiado jóvenes, demasiado inocentes…

–Y demasiado estúpidos –sentenció él–. Jamás pensé que esa tontería de no decirte que era rico pudiera tener consecuencias tan nefastas. No sé si me lo podré perdonar.

–No seas tan duro contigo, Marcel.

–¿Por qué no? Es la verdad. Como tú misma has dicho, habrías llamado a mi padre y le habrías pedido que te ayudara. ¡Qué estúpido fui!

Marcel empezó a llorar.

–No, Marcel, no te hagas esto…

Cassie lo abrazó con fuerza y le acarició la cabeza como lo habría hecho con un niño.

–¡Diez años! ¡Diez años de nuestras vidas, perdidos para siempre! –exclamó él–. Y ni siquiera sabemos si los podremos recuperar…

–No podemos, Marcel. El pasado está muerto.

–Pero…

–No se puede cambiar lo que se ha hecho –insistió ella–. Solo podemos seguir adelante.

Marcel no dijo nada. Se quedó entre sus brazos y, poco a poco, se empezó a relajar. Cassie se preguntó si podrían revivir su antiguo amor y lo siguió acariciando hasta que, al cabo de un rato, descubrió que se había quedado dormido.

–Duerme, cariño mío –le susurró entonces–. Encontraremos la forma de arreglar las cosas. No sé cómo, pero sé que…

Las palabras de Cassie se apagaron cuando el sueño que dominaba a Marcel acudió también en su rescate.

Ya había anochecido cuando despertó y se giró hacia el reloj de la mesita de noche. Solo había pasado una hora. Se incorporó con cuidado, para no despertar a Marcel, y se sentó en el borde de la cama.

Sus preocupaciones anteriores eran más fuertes que nunca. Cassie sabía que las revelaciones de aquella tarde les podían dar la felicidad, pero también una desesperación más profunda y terrible. Aunque habían aclarado las cosas, eso no significaba que pudieran volver a estar juntos. Era demasiado pronto para saberlo.

Se levantó, caminó hasta la ventana y contempló las vistas de la ciudad.

–¿Estás bien, Cassie?

–Sí.

Segundos después, Marcel se detuvo tras ella y le puso las manos en los hombros.

–¿Estás segura? Pareces preocupada…

Cassie se preguntó cómo lo habría notado. A fin de cuentas, le estaba dando la espalda y no le podía ver la cara.

–¿Qué me ocultas, cariño? –continuó.

–No lo sé. Estoy tan confundida que ya no sé nada.

–Ni yo. Sospecho que nos esperan muchas conversaciones largas…

–Pero ahora no es momento de conversaciones. Me siento como si me faltara el aire. Necesito salir.

Él asintió.

–En ese caso, demos un paseo.

–No. Necesito estar sola.

–Cassie…

–Descuida, no me voy a ir. Volveré. Te lo prometo.

–¿Sabes la hora que es? Es muy tarde.

–Necesito estar sola –repitió–. No intentes detenerme, Marcel. Te lo ruego.

Marcel suspiró y se apartó.

Momentos después, ella salió del apartamento; pero, en lugar de dirigirse a la suite, tomó el ascensor y salió del hotel.

Entonces, se acordó de que La Couronne estaba cerca del Sena y bajó hacia río, siguiendo las señales callejeras. Cuando llegó, se dedicó a mirar las ondas del agua y a escuchar los sonidos de la ciudad. Era muy tarde, pero París seguía viva, despierta. Y, al fondo, se veía la alta silueta de la Torre Eiffel.

Al girar la cabeza, vio que un hombre se había detenido a cierta distancia y la estaba observando. Cassie se asustó al principio, pero lo reconoció enseguida.

Era Marcel.

Irritada, caminó hacia él y preguntó:

–¿Qué haces aquí?

–Estaba preocupado por tu seguridad –respondió–. Te he seguido y me he mantenido a distancia para no molestarte. Pero siempre estaré cerca, por si me necesitas.

Ella lo miró y soltó una carcajada.

–¿Vas a ser mi ángel de la guarda?

–No lo sé… es la primera vez que me describen como un ángel –comentó con ironía.

–Está bien. Te puedes quedar.

Marcel se llevó las manos a los bolsillos de la chaqueta y sacó dos botellas de vino pequeñas. Luego, le dio una y dijo:

–Sentémonos.

Cassie se sentó con él y abrió su botella, de la que echó un trago.

–Nos han pasado muchas cosas últimamente, ¿verdad? –dijo Marcel.

–Sí, desde luego.

–Estos años han debido de ser terribles para ti. ¿Quién era el hombre que atentó contra mi vida? ¿El que te acompañaba aquel día en el aeropuerto?

Ella asintió.

–Sí, Jake. Pasé los días anteriores en su casa… entreteniéndolo, como solía decir.

–No es necesario que entres en detalles –dijo con tensión.

–No, supongo que no.

–Aquel día, volamos a Estados Unidos. Desconfiaba de mí porque te habías presentado en el aeropuerto, y quiso saber si te había contado la verdad. Le juré que no y, al final, terminó por creerme. Dijo que, si te hubiera contado lo que pasó, no habrías estado tan enfadado conmigo.

–Lo siento, Cassie.

Ella se encogió de hombros.

–Ya no importa. Aunque tu aparición me dejó desconcertada… no supe si habías leído mi carta y estabas fingiendo o si no la habías leído todavía. Pero le dije a Jake que tenía razón; que si lo hubieras sabido, no habrías estado tan grosero. –Cassie sonrió con tristeza–. Jake era un hombre al que convenía dar la razón, ¿sabes? Rompió mi teléfono móvil para que nadie me pudiera encontrar.

–¿Eras su rehén? –preguntó, atónito.

–Algo parecido.

–Y yo no hice nada por ayudarte…

–No podías, Marcel; no sabías lo que había pasado. Al principio, albergué la esperanza de que lo descubrieras y volvieras a mí.

Luego, me di cuenta de que lo nuestro había terminado y me casé con él.

–¿Te casaste con él?

–¿Por qué no? Creía que mi vida había terminado, así que me dejé llevar por la corriente –le explicó–. Cuando descubrí que se acostaba con otras, lo utilicé como excusa para pedirle el divorcio. Ya no le tenía miedo. Jake me ofreció un acuerdo bastante generoso, pero lo rechacé porque no quería nada de él… ni siquiera su apellido. De hecho, decidí usar el de mi madre, Henshaw.

–¿Y dónde está ahora? ¿Te ha vuelto a dar problemas?

–No, ningún problema. Está en la cárcel, donde espero que se quede unos cuantos años.

–Comprendo…

–Después del divorcio, me puse a estudiar y empecé la vida que llevo ahora.

Cassie alzó la botella de vino y dijo:

–Por la independencia.

–¿Por la independencia? ¿O por el aislamiento?

–¿Es que importa? Sea como sea, es mejor estar sola que mal acompañada.

Marcel suspiró.

–Y es mejor ser uno mismo que aparentar ser otro.

–¿A qué te refieres?

–Al error que cometí contigo. Si te hubiera confesado que era hijo de Amos Falcon en lugar de hacerme pasar por un pobretón, nos habríamos ahorrado muchos disgustos.

–No sabías lo que iba a pasar, Marcel. No lo vimos venir –alegó.

–Eso es verdad. Además, estoy seguro de que habrías salido corriendo si lo hubieras sabido. En cierta ocasión me dijiste que no querías saber nada de los hombres poderosos.

Cassie no lo negó; se limitó a guardar silencio.

–¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu divorcio?

–Unos cinco años. Desde que soy la señora Henshaw, he estado trabajando en el mundo de las finanzas. Es adecuado para mi forma de ser. Te burlabas de mí porque decías que tengo un cerebro prodigioso…

–No era exactamente una broma. Tenía celos de ti porque te acordabas de todo; cuando leías algo, se te quedaba en la cabeza

como si lo hubieras grabado en piedra.

–¿Lo ves? Estaba destinada a ser una mujer de negocios.

–Pero tienes otras habilidades –le recordó–. ¿Por qué no vuelves a la pasarela? Sigues siendo preciosa.

–No tanto.

–Por supuesto que sí –insistió.

–Bueno, no voy a negar que estoy bien, pero se necesita algo más que belleza. He perdido algo especial, algo que tenía y ya no tengo. Cuando me miro al espejo, sé que me falta aquel destello de glamour… Pero, de todas formas, quería intentar algo nuevo. La vida sigue adelante. Todo cambia, Marcel.

Él no dijo nada.

–La señora Henshaw me gusta –continuó–. Tiene la habilidad de sorprender a la gente. Y a veces, los asusta.

–¿Te gusta que la gente tenga miedo de ti?

–No siempre, pero tiene sus ventajas –respondió–. La señora Henshaw es una mujer interesante, con mucho sentido común.

–Me estás empezando a dar miedo.

–Excelente.

–Entonces, ¿tengo que acostumbrarme a tu nuevo personaje? Lo pregunto porque yo preferiría a Cassie.

–¿Estás seguro de que Cassie es lo mejor para ti? Necesitas el cerebro prodigioso de la señora Henshaw para abrir el hotel de Londres. Nuestra querida modelo no estaría a la altura de ese desafío.

Cassie lo dijo con una sonrisa, que Marcel le devolvió. Pero los dos sabían que, bajo el tono aparentemente relajado de sus palabras, se escondía una advertencia. Le estaba recomendando que se lo tomara con calma, que no tuviera prisa. Estaba diciendo que, si daban un paso en falso, sería un desastre.

–¿Volvemos al hotel?

Cassie se levantó y le ofreció la mano.

Él dudó un momento, pero asintió después y la llevó de vuelta a La Couronne.

Capítulo 9

Aquella noche, durmió sola. Marcel le dio un beso en la puerta de la suite, le acarició la mejilla y se marchó. Cassie se alegró de que tuviera la sensibilidad necesaria como para darse cuenta de que necesitaba un poco de espacio.

A la mañana siguiente, descubrió que elegir indumentaria se había convertido en un problema. ¿Cómo debía vestirse? Al final, tomó una decisión parecida a la de la noche anterior; se vistió como una ejecutiva y se recogió el pelo, pero dejándose unos mechones sueltos.

Cuando entró en el apartamento de Marcel, él estaba hablando por teléfono. Aunque hablaba en francés, Cassie entendió algunas palabras sueltas; lo suficiente como para saber que estaba muy enfadado con alguien.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó después.

–Que uno de mis empleados ha tomado una decisión incorrecta y ha estropeado un acuerdo que estábamos a punto de firmar. Tendré que solucionarlo personalmente. Pero solo estaré fuera unos días… ¿Quieres venir conmigo?

Ella sacudió la cabeza.

–No, solo sería una distracción. Tienes que concentrarte en tu negocio.

–Lo siento mucho. Quería enseñarte París, pero ahora…

–Bueno, París seguirá aquí cuando vuelvas. Y yo también.

Él entrecerró los ojos.

–¿Me das tu palabra de honor?

–Ya te he dicho que no tengo motivos para escaparme.

Marcel se fue a regañadientes, tras dedicarle una mirada de ansiedad desde la puerta. Cassie lamentó su marcha, pero también se sintió aliviada. Se estaba comportando de un modo demasiado posesivo, como si no confiara en ella. Y aunque lo podía entender, temía que se convirtiera en un problema importante.

Además, ya no sabía quién era. De momento, Cassie y la señora

Henshaw convivían en su interior y turnaban en función de las circunstancias; pero, tarde o temprano, tendría que decidir quién quería ser.

Durante los días siguientes, fue la señora Henshaw y se dedicó en cuerpo y alma al trabajo. Vera le presentó a los directivos de La Couronne, a los que Marcel había dado instrucciones para que se pusieran a su disposición. Y se quedaron muy impresionados con sus conocimientos de contabilidad.

Luego, tuvo que hablar con los contratistas que se habían encargado de la renovación de La Couronne. Fue un encuentro muy satisfactorio, porque le ayudó a comprender lo que Marcel había hecho en el hotel y lo que quería que se hiciera en Londres. Además, le dio unas cuantas ideas que tenía intención de comentarle cuando volviera a París.

Marcel la llamó varias veces a la oficina, en horario de trabajo. Ella se dio cuenta de que, en parte, lo hacía para asegurarse de que seguía allí. Solo la llamó una vez al móvil, justo cuando había salido a hacer unas compras; y, a pesar de que se mostró encantador, Cassie notó que estaba tenso.

–Vuelve pronto al hotel –le dijo–. Tienes mucho trabajo.

Aquel día, al volver al hotel, Vera la estaba esperando en el despacho.

–El señor Falcon ha llamado. Se ha puesto muy nervioso al saber que no estaba aquí.

–No se preocupe; ya he hablado con él. La próxima vez que llame, dígale que no estoy siendo negligente en el trabajo –ironizó.

Como no quería incomodar a la secretaria, que le caía bien, se puso a trabajar inmediatamente. Minutos más tarde, Vera recibió una llamada telefónica y cerró la puerta para que no la oyera. Cassie supo que era Marcel. Se sentía tan inseguro que la había llamado para confirmar que estaba de vuelta en La Couronne.

Para entonces, todos los empleados del hotel la conocían y la respetaban. El miércoles por la noche, el cocinero y el camarero jefe se acercaron a su mesa para hablar con ella sobre los nuevos platos.

Eran dos hombres atractivos, de mediana edad, que le hablaron de las muchas y muy románticas maravillas de París.

–Trabaja demasiado, *madame* –le dijo el cocinero–. Debería salir y explorar la ciudad… empaparse de su espíritu. Así sabrá lo que

debe hacer en Londres.

Cassie se acordó de una conversación que había mantenido con Marcel cuando estaban juntos en la capital inglesa. Él le prometió que algún día la llevaría a París y le enseñaría la ciudad, pero no la llevó.

Aún lo estaba pensando cuando el camarero jefe dijo:

–Ah, señor Falcon… Me alegra que haya vuelto.

Cassie parpadeó, sorprendida. Marcel le había dicho que llegaría el jueves; pero evidentemente, había decidido volver antes.

–Buenas noches. No necesito preguntar si me han echado de menos… Es evidente que no –dijo con humor.

Sus empleados lo saludaron con cortesía y se fueron.

–Acompáñame, Cassie.

–No puedo. El chef ha preparado unos platos para que los pruebe y le diga si…

–Ven conmigo –ordenó.

–Está bien.

Marcel la sacó del restaurante y del edificio.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo verás… ¡Taxi!

Cuando subieron al vehículo, ella preguntó:

–¿Cómo has vuelto tan pronto? Dijiste que llegarías mañana.

–¿Quieres que me vuelva a ir?

–No, ni mucho menos.

–Entonces, deja de hablar.

De repente, Marcel la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente, como si volviera a ser el joven del que se había enamorado diez años antes. Fue un momento mágico, pero Cassie seguía sintiendo curiosidad; y cuando recuperó el aliento, preguntó otra vez:

–¿Adónde vamos?

–A ver la ciudad.

–¿A ver la ciudad?

–Exactamente.

El taxi se detuvo delante de la torre Eiffel. Marcel pagó al conductor y la llevó al ascensor, que empezó a subir hasta llegar al restaurante que estaba en lo alto. Una vez allí, se sentaron junto a una de las ventanas.

Cassie suspiró al ver el paisaje.

–Es precioso…

–Sí, lo sé. Hace años, te prometí que te enseñaría París. ¿Te acuerdas?

–Por supuesto –dijo, encantada–. Siempre quise conocer esta ciudad Cuando era modelo, esperaba que alguno de mis trabajos me llevara a ella, pero no tuve tanta suerte.

–Afortunadamente, me tienes a mí.

–Y todas las parisinas me envidiarán por estar con Marcel Falcon, el mujeriego más famoso de Francia.

–Qué tontería…

Ella rio.

–No lo niegues, Marcel. Cuando nos volvimos a encontrar, busqué información sobre ti en Internet. Y descubrí cosas muy interesantes.

–No creas todo lo que se publica. La prensa miente y exagera con demasiada frecuencia –observó.

–Aun así, lo encontré fascinante. Había todo tipo de datos sobre tu vida personal y las mujeres con las que habías salido. Josie, Leyla, Myria, Ginette… ¿Quién era la otra? Refréscame la memoria, por favor.

–Basta –gruñó–. Ya te has divertido lo suficiente.

–Vamos, dímelo… ¿Cómo se llamaba?

–Déjalo de una vez.

–¿Por qué? Acabo de empezar.

–Maldita sea, Cassie –protestó–. ¿Qué pensarías de mí si no hubiera tenido vida social durante diez años?

–Que eres un hombre honrado, virtuoso y… el tipo más aburrido del mundo –le confesó–. No me malinterpretes. Me parece perfectamente bien que hayas estado con otras mujeres. Es lo normal.

–Ahora empiezas a hablar como mi padre.

–Supongo que eso no es un cumplido… Solo lo he visto una vez, pero tengo la impresión de que te encuentras incómodo en su presencia. ¿Te disgusta?

Marcel se encogió de hombros.

–A veces me disgusta y a veces, lo admiro.

–¿No lo quieres?

–No creo que a Amos le importe que lo quieran. Si le importara, no sería tan duro con los demás –respondió Marcel–. Las personas solo tienen valor para él cuando las puede utilizar en su beneficio.

Cassie soltó una carcajada.

–¿De qué te ríes?

–De nada… Es que tu descripción de Amos se parece bastante a tu forma de ser.

–¿Me estás llamando dictador?

–No, no pretendía insultarte. Aunque, ahora que lo pienso, puede que te parezca un halago –dijo con sorna.

–A él se lo parecería, pero a mí, no. Tuvimos nuestras diferencias hace años.

–Ah, es cierto… Tengo entendido que te llevabas mal con él cuando estabas en Londres, conmigo.

–Lo odiaba por lo que era, por su forma de vivir y por su forma de tratar a la gente. Tenía el convencimiento de que podía hacer lo que quisiera y manipular a quien quisiera. Cuando yo era un niño, pensaba que estaba casado con mi madre y que eran una pareja bastante tradicional… pero luego, supimos que tenía esposa en Inglaterra. Cuando ella se enteró, se divorció de él y se llevó a Darius y a Jackson, sus hijos.

Cassie ya conocía la historia. Se la había contado Freya. Pero era más interesante y más explicativa en boca de Marcel.

–Mi madre se casó con él y nos fuimos a vivir a Londres. Luego, su primera esposa murió y Darius y Jackson se vinieron a vivir con nosotros.

–Debió de ser difícil para ti…

–Podría haberlo sido, pero Darius y yo nos llevamos bien desde el principio. Los dos éramos muy rebeldes. Nos aliábamos, conspirábamos juntos y nos cubríamos las espaldas el uno al otro. Lo eché mucho de menos cuando todo se estropeó otra vez… Amos había vuelto a las andadas y se había liado con otra.

–Oh, no…

–Mi madre se divorció de él e intentó mantener las distancias, pero no se lo permitía. Cuando algo es de su propiedad, es de su propiedad. Especialmente, yo. Era hijo suyo y quería tenerme a su lado. Pero le di la espalda, renuncié a su apellido y a su dinero y me marché a vivir mi vida por las calles de Londres.

–Y me conociste a mí.

Marcel asintió.

–Luego, cuando tú y yo nos separamos, volví a Francia. Al principio, pensé que podía seguir mi propio camino, sin Amos Falcon. Pero la realidad se impuso al cabo de un tiempo y comprendí que, fuera como fuera, seguía siendo mi padre… Lo llamé a Montecarlo, adonde se había mudado para pagar menos impuestos, y me enseñó a ser un hombre de negocios tan implacable como él.

–O eso dices.

Marcel la miró con extrañeza.

–¿Cómo?

–Sabes perfectamente que no eres como él.

–No estoy tan seguro de eso. De joven, odiaba a mi padre porque solo le importaba el dinero. Pero yo he hecho lo mismo. Me he dedicado en cuerpo y alma a acumular dinero porque creí que podía llenar el vacío de mi interior.

–¿Y lo llenó?

Él sacudió la cabeza.

–No, no podía. Pero, en lugar de asumir que había cometido un error, te eché la culpa a ti. Cada vez que me sentía mal, te hacía responsable. Era la única forma de…

Marcel apretó su copa de vino con tanta fuerza que Cassie comentó:

–Si sigues apretando tanto, la vas a romper.

–Si tú supieras…

–Yo también lo pasé mal, aunque creo que no como tú. Te echaba mucho de menos, pero nunca creí que me hubieras traicionado.

–¿Ni siquiera después del encontronazo en el aeropuerto? –preguntó con sorpresa–. ¿Ni siquiera después de saber que había roto tu carta?

Cassie lo tomó de la mano.

–Olvídalo. No te obsesiones con eso.

–¿Cómo no me voy a obsesionar? Me equivoqué terriblemente contigo. Si hubiera hecho lo correcto, nos habría ahorrado diez años de sufrimiento. ¿Cómo es posible que no me odies?

–¿Te sentirías mejor si te odiara? ¿Quieres que te pegue una

paliza y que luego diga que estamos en paz?

–Si es lo que te apetece…

–Me apetecía, pero no te he odiado nunca, Marcel. Y me alegra saber que ya no me odias… Me alegra que haya salido algo bueno de todo esto.

–¿Algo bueno? ¿Crees que es lo único bueno?

–No. Tengo muchas esperanzas. Pero, de momento, solo son eso, esperanzas.

–Cassie…

–Tenemos que ser pacientes. Ahora somos dos extraños.

–Tú nunca has sido una extraña para mí.

–Eso es muy caballeroso, pero también es falso. Ya no somos los que fuimos. Tenemos que redescubrirnos antes de…

–¿Antes de enamorarnos otra vez? –la interrumpió.

–Bueno…

–¿Quieres que nos enamoremos?

Ella apartó la mirada.

–No lo sé, la verdad. Me asusta. Últimamente, me he vuelto muy asustadiza… Supongo que necesito un amigo.

–¿Un amigo?

Cassie asintió.

–Sí, alguien que entienda lo que el resto del mundo no puede entender. Necesito que seas mi amigo, Marcel. Empieza por eso y después, si hay suerte, si todo va bien…

–Sabes lo que me estás diciendo, ¿verdad? Me estás diciendo que no me puedes amar y que no quieres que te ame.

Cassie sacudió la cabeza.

–No. Pero estoy asustada. ¿Tú no?

–No lo estaba, pero ahora lo estoy. Pensé que, después de lo de la otra noche…

–La otra noche fue un reencuentro, pero solo en un sentido. Aunque admito que me pareció maravillosa.

–Maravillosa e insuficiente.

–¿Es suficiente para ti, Marcel? Si no avanzamos en nuestra relación, llegará el día en que te encuentres entre mis brazos y te preguntes si puedes confiar en mí.

Marcel no dijo nada. Cassie supo que su comentario le había hecho daño y decidió cambiar de conversación.

–Son unas vistas preciosas. Lo más bello que he visto nunca.

–Sí. Sin duda.

Durante el resto de la velada, hablaron de cosas intranscendentes, como si no tuvieran ningún problema. En algún momento, Cassie se dio cuenta de que las cosas habían cambiado tanto que ahora era ella quien mantenía las distancias y se negaba a abrir su corazón. Y no le gustó. Pero la experiencia de los diez años anteriores le había dejado huella. Tenía miedo de que Marcel le hiciera daño y, sobre todo, de hacérselo a él.

Cuando volvieron al hotel, Marcel la acompañó a la suite. Pero, por suerte, no hizo ademán de querer entrar.

–Nos veremos mañana. Buenas noches.

–Buenas noches.

Marcel le dio un beso y se fue.

Durante las dos semanas siguientes, Marcel tuvo que salir del país varias veces. Cada vez que volvía, la llevaba a cenar y hablaban como buenos amigos, pero él le había empezado a marcar las distancias y ella se preguntó si lo hacía por respetar sus deseos o porque había renunciado a la posibilidad de conquistarla.

Una tarde, cuando estaban trabajando juntos en su apartamento, tuvieron una discusión. Luego, Cassie no podía recordar el motivo que la había provocado. Pero pensó que había llegado el momento de alejarse de Marcel.

–No debí aceptar el empleo. Será mejor que vuelva a Inglaterra.

–¿Crees que lo voy a permitir?

–Olvídame, Marcel. Esto no tiene sentido.

–No me vas a abandonar, Cassie. No vas a ir a ninguna parte.

–Empiezas a hablar como Jake, ¿sabes?

–¿Como Jake?

–Bueno, solo a veces. Para él, yo era un objeto que había comprado y que podía usar cuando quisiera.

–¿Y crees que tú me pareces un objeto?

Ella sacudió la cabeza.

–No, yo…

–¿Es que no entiendes que me aterroriza la idea de perderte? –dijo con vehemencia–. Cada vez que sales de la habitación, pienso

que no te volveré a ver. Estás permanentemente en mis sueños, pero también en mis pesadillas.

–Entonces, deberías dejar que me marche. Y no volver a pensar en mí.

–¿Y que tú tampoco pienses en mí? Esa es la peor de mis pesadillas –replicó–. En ocasiones, desearía tener la fuerza necesaria para dejarte ir, porque así encontraría la paz. La paz, no la felicidad. Pero no puedo.

Ella asintió.

–Lo comprendo. A mí me pasa lo mismo.

Cassie pensó que había conseguido romper su distanciamiento. Marcel se volvió a encerrar en sí mismo cuando terminaron de hablar, pero no le dio importancia. Habían dado un paso adelante. Solo tenían que seguir por ese camino.

A la mañana siguiente, Marcel le anunció que se iban a Londres y que estarían allí unos días.

–Aún no he cerrado el acuerdo por la compra del Alton. Me estoy empezando a poner nervioso, así que intentaré acelerar las cosas. Vera, necesito que reserves los billetes de tren.

–¿De tren? ¿No de avión?

–Sí, eso he dicho. De tren.

Marcel salió del despacho y Vera se dijo, en voz alta:

–Qué extraño. Es la primera vez que va a Londres en tren.

A Cassie no le extrañó. Sabía que lo había hecho por ella, por su miedo a los aviones. Pero más tarde, cuando quiso darle las gracias, él lo negó y dijo que lo había hecho por pura conveniencia.

–Sí, claro –dijo ella.

Y después, le dio un beso.

Aquella era la faceta de Marcel que más le gustaba, y la que empezaba a avivar los rescoldos de su antiguo amor. Seguía sin estar segura de que ese amor fuera posible, pero se iba a arriesgar de todas formas.

En lugar de permitir que Vera reservara las habitaciones de hotel, se prestó voluntaria y lo hizo ella misma.

–Nos alojaremos en The Crown –anunció.

–No, todavía no se llama así –le recordó Marcel–. Hasta que

firme esos documentos, sigue siendo el hotel Alton.

–Para ellos es el hotel Alton; para nosotros, The Crown –dijo, triunfante–. No te preocupes tanto. Todo va a salir bien.

Marcel sonrió.

–Sí, es verdad. No permitiremos que se estropee.

Entonces, él se dio cuenta de que había reservado habitaciones separadas y frunció el ceño.

–¿No vamos a estar juntos?

–Sigues siendo mi jefe. Tenemos que cuidar tu imagen.

–Si eso significa que vas a volver a ser la señora Henshaw, olvídalo. Esa mujer no me gusta nada –sentenció.

–En tal caso, ¿por qué la contrataste?

–Porque no me engañó ni por un momento. Yo conocía a la mujer de verdad, a la que se ocultaba en su interior.

–Pero Cassie no sabe nada de números. Eso es cosa de la señora Henshaw.

Marcel se fingió aterrorizado.

–¡Oh, Dios mío! ¡Tienes razón! ¿Qué va a ser de mí?

Cuando llegaron a Londres, Cassie interpretó a la perfección su papel de señora Henshaw y solventó todos los problemas de última hora. Marcel llevaba el peso de las reuniones; pero cada vez que ella hablaba, la escuchaba con atención y admiración.

Tras una de esas reuniones, él dijo:

–Estoy deseando que esto se acabe. Los dueños del Alton se han puesto muy pesados con ese asunto de los avales bancarios.

–¿Es que no los puedes conseguir?

–No estoy seguro. Podría pedir ayuda a mi padre, pero no quiero; ya está metido en demasiados asuntos –respondió–. Venga, vamos a cenar.

–Buena idea. Puede que consiga animarte un poco.

–Si sigues disfrazada de señora Henshaw, lo dudo. Pero si vuelves a ser Cassie…

Ella sonrió.

–Veré si está libre esta noche.

–Es mejor que lo esté.

Cassie se cambió de ropa y se soltó el pelo. Cuando se encontraron en el restaurante, él le dedicó un gesto de aprobación.

–¿Qué tal estoy?

–Muy bien. Pero no puedes seguir con esta farsa. Es como vivir con el doctor Jekyll y el señor Hyde.

–¿En serio? ¿Y quién soy yo? ¿El científico amable e inteligente? ¿O el monstruo cruel y despiadado?

Marcel probó el vino.

–Es algo más sutil que eso, bromas aparte. Si fueras Jekyll y Hyde, distinguiría tu personaje por tu aspecto; pero así, es casi imposible… Te vistas como te vistas, siempre estás a punto de ser la otra.

–Sí, supongo que puede confundir.

–¿Que puede? –ironizó.

–Tampoco es para tanto. ¿Por qué te preocupa que Cassie se muestre inteligente de vez en cuando? Siempre dijiste que lo era.

–Lo sé, lo sé… Pero en los viejos tiempos, tu cerebro privilegiado solo era una parte de ti. Nunca imaginé que conquistaría toda tu personalidad y que adoptaría la forma de la señora Henshaw –dijo, estremecido.

–Pero la señora Henshaw estuvo siempre en mi interior, esperando.

–Y ahora, ha salido a la luz. Es muy alarmante.

–No te lo parecería si la conocieras mejor.

El resto de la velada siguió por cauces parecidos, entre bromas y comentarios alegres. Ella estaba contenta, pero sin abandonar su cautela por completo. Por un lado, Marcel le había demostrado que le importaba al reservar billetes de tren en lugar de optar por el avión; por otro, seguía sin aceptar que la señora Henshaw era una parte fundamental de su ser.

Pero sabía que, al final, lo asumiría.

Entre tanto, empezaba a estar agotada. Trabajaba de día y de noche, a destajo. Y como había empezado a dormir mal, tomó más vino de la cuenta porque pensó que la ayudaría a conciliar el sueño.

Al final, estaba tan mareada que dijo:

–Será mejor que me acueste pronto.

–Como quieras.

Marcel la acompañó a la puerta de la suite, donde la miró con preocupación.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, solo estoy cansada.

–Entonces, buenas noches.

Él inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso dulce y sutil, que le recordó los mejores días de su relación pasada y al que se entregó con placer.

–Cassie…

–¿Sí?

–No quiero que me expulses de tu vida.

–Oh, Marcel…

–Bésame. He esperado tanto tiempo… Bésame, por favor.

Cassie le concedió su deseo y, tras unos momentos de caricias, Marcel abrió la puerta y la llevó a la cama, donde cerró los ojos y se dejó hacer.

–¿Cassie?

Cassie volvió a abrir los ojos. Marcel la estaba mirando con el ceño fruncido.

–¿Estás completamente sobria?

–Yo… Bueno… es posible que haya bebido demasiado.

–Oh, vaya.

El vino se le había subido tanto a la cabeza que se llevó una sorpresa cuando miró hacia abajo y vio que Marcel le había quitado la ropa. Ni siquiera se había dado cuenta. Y justo cuando esperaba que se inclinara sobre ella y le acariciara los pechos, se apartó y se levantó de la cama.

–Marcel…

–Buenas noches, Cassie.

Alcanzó el edredón y se lo puso encima.

–¿Te vas?

–Por supuesto que me voy. No puedo quedarme contigo en estas circunstancias. Pensarías que me he aprovechado de ti –dijo–. Buenas noches.

–Pero Marcel…

Marcel salió, cerró la puerta y se alejó por el pasillo.

Cassie ni siquiera oyó los pasos. Se quedó dormida inmediatamente.

Capítulo 10

–Un día más y podremos volver a París. Aunque aún tenemos trabajo que hacer… –dijo Marcel al día siguiente.

Cassie se dio cuenta de que no la había mirado a los ojos, y le pareció divertido. Horas antes, se había portado como un caballero y la había dejado en la cama porque no quería aprovecharse de ella en su estado de ebriedad. Pero curiosamente, se avergonzaba de haberse comportado así. Y a Cassie le pareció encantador.

Por la tarde, Marcel le comentó que tenían que asistir a una cena de negocios.

–Bueno, no te preocupes por mí –dijo ella–. Solo tomaré zumo de naranja.

–¿Y luego?

–Luego estaré perfectamente despierta y sabré lo que hago.

La cena fue todo un éxito. Cassie se puso un vestido a mitad de camino entre la sobriedad y la tentación y se volvió a recoger el pelo, pero de forma elegante. Marcel no le quitó la vista de encima en toda la noche.

Cuando volvieron a su suite, ella se soltó el pelo y sacudió al cabeza para que la melena le cayera bien sobre los hombros.

–Deberías tener cuidado. Un hombre más desconfiado que yo pensaría que intentas seducirlo –dijo él.

Cassie le pasó los brazos alrededor del cuello.

–Pues sería muy astuto, porque es verdad.

–¿En serio? ¿Intentas seducirme?

–Por supuesto que sí.

Hicieron el amor despacio, prolongando cada momento para sentir más placer. No se pareció a la pasión descontrolada de su primer encuentro después de diez años, ni a la sutileza del segundo. Fue más intenso y más dulce a la vez. Como si surgiera de un sentimiento más profundo que el simple deseo.

Tras dejarla completamente satisfecha, Marcel llegó al orgasmo y la abrazó.

–¿Estás bien, Cassie?
–Oh, sí, mucho más que bien.
Aquella noche hicieron el amor varias veces. Se dormían, despertaban y repetían. Cassie sabía que habían avanzado mucho y que les faltaba poco para llegar a un punto sin retorno. Se estaba enamorando de él. Pero, de momento, no se quería preocupar por esas cosas. Solo quería disfrutar del presente.
A la mañana siguiente, volvieron a París. Y se volvieron a acostar.
Estaban en la cama, abrazados, cuando Cassie tomó la decisión de decirle lo que sentía.
–Marcel…
–¿Sí?
Ella respiró hondo. Había llegado el momento.
Y justo entonces, sonó el teléfono.
–¿Dígame? Ah, Freya… –dijo Marcel–. ¿Te pasa algo? Suenas extraña… Tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado. ¿Qué ha hecho esta vez mi padre…? Oh, no. No me lo puedo creer.
Al cabo de unos segundos, Marcel colgó el teléfono y la miró con desesperación.
–Mi padre ha vuelto a las andadas. Viene hacia aquí. Ha comprendido que Darius no se va a casar con Freya y quiere probar suerte conmigo.
Cassie soltó un gemido y cerró los ojos, frustrada. Amos Falcon no podía haber elegido peor momento para sus juegos. Justo cuando ella se disponía a confesarle a su hijo que se había enamorado de él.
–Necesito que me ayudes –siguió hablando–. Y que ayudes a Freya, claro… no tiene más deseos de casarse conmigo que yo de casarme con ella.
–Está bien. Haré lo que pueda para salvar a tu hermanastra de tan terrible destino –ironizó–. ¿Qué quieres que haga?
–Que te comportes como si fueras mi novia cuando nos lleve a cenar. Se trata de que entienda el mensaje.
–¿Cuándo llegará?
–Pronto. Hay que darse prisa.
Los dos se levantaron de la cama y se vistieron. Cassie seguía frustrada por lo sucedido, pero decidió ser paciente. Ya tendría su

oportunidad.

Amos y Freya llegaron dos horas después. Cuando Marcel los acompañó a sus habitaciones, Amos dijo:

–Pensaba que estarías en Londres, trabajando en tu hotel nuevo. Pero supongo que la admirable señora Henshaw se ha encargado de todo.

–Admirable en muchos sentidos. La he traído a París para que estudie Le Couronne y tenga una idea más exacta de lo que pretendo. Cuando le dije que íbamos a cenar contigo, se alegró mucho.

Amos lo miró con desagrado.

–No es necesario que venga. No estoy de humor para hablar de negocios.

–Pero yo ardo en deseos de volver a verla –intervino Freya–. Me cayó muy bien cuando nos conocimos.

–Tú también le caes bien –dijo Marcel–. ¿Por qué no vas al despacho y hablas con ella?

La reunión de las dos mujeres fue bastante agradable. Freya ya había causado una buena impresión a Cassie en Inglaterra, pero entonces estaba más nerviosa y no le había prestado demasiada atención. Ahora, en cambio, vio a una joven esbelta y energética, de ojos verdes, cabello casi dorado y una sonrisa encantadoramente pícara.

Tras pedir un té, se sentaron en el sofá.

–Me alegra que aceptaras el trabajo que te ofreció Marcel. Me consta que tenía miedo de que lo rechazaras.

–¿En serio?

–Sí, no sé por qué, pero le preocupaba mucho. Supongo que le hablarían bien de tu trabajo –contestó Freya.

–Supongo.

–Me ha dicho que vas a cenar con nosotros…

Cassie asintió.

–Y a mí, me ha dicho que su padre os quiere casar.

Freya rio.

–Eso me temo. Como Darius le ha fallado, ha cambiado de víctima.

–Es un hombre flexible. Si falla un plan, traza otro.

–Sí, pero no está aquí solo por eso. Quiere ayudar a Marcel con

el hotel de Londres, así que se va a reunir con uno de sus acreedores y va a apelar a un defecto del contrato que firmaron para que le pague lo que le debe antes de tiempo.

–Es implacable.

–Y tanto… Amos siempre pensó que Darius había salido a él, pero se equivocaba. Marcel se le parece más. También está obsesionado con el dinero –afirmó–. ¿Y quién querría casarse con un hombre así?

–Buena pregunta.

El teléfono sonó en ese momento. Era Marcel, que quería hablar con su secretaria. Pero Vera había salido.

–Necesito unos documentos. ¿Me los puedes traer? Están en…

Marcel le explicó dónde estaban y Cassie dijo:

–Te los llevo enseguida.

–Perfecto. Estaré en la suite de Amos.

Cuando estaba a punto de llegar a la suite, oyó voces. Una era del propio Amos; la otra, de un joven que estaba al borde de la histeria.

–Esto no es justo, Amos.

–Puede que no lo sea, pero está en el contrato.

–Dijiste que solo era un formulismo, que no apelarías a esa cláusula para…

–No te hice ninguna promesa.

–No, pero lo diste a entender. Me aseguraste que, si me mantenía al día con los pagos…

–Te recuerdo que te has retrasado en alguno.

–Pero ahora estoy al día. Eso es lo que cuenta.

–No, yo te diré qué es lo que cuenta.

Cassie se apartó de la puerta, asqueada con Amos. Segundos más tarde, el joven salió de la habitación y se alejó entre gritos.

–¡Vete al infierno, Amos!

Cassie se quedó un momento en el pasillo, intentando tranquilizarse. Y antes de entrar, oyó la voz de Marcel.

–Has ido demasiado lejos, papá.

–No digas tonterías. No habría llegado tan alto si me hubiera dejado dominar por sentimentalismos.

–Lo comprendo, pero hay otras formas de hacer las cosas.

–No hay más forma que una. Me debe dinero y quiero que me

pague.

–Pero le diste a entender que no apelarías a esa cláusula –dijo, intentando razonar con él–. Lo estás presionando demasiado.

–Eso es asunto mío.

De haber podido, Cassie habría salido corriendo. La actitud de Amos le disgustaba profundamente. Pero la de Marcel no le agradaba mucho más; aunque había intentado defender al joven, lo había hecho con demasiado tacto, como si su diferencia de criterio con Amos no fuera de fondo, sino solo de forma.

Y de repente, se alegró de no haberle dicho que se había enamorado de él.

Amos Falcon era exactamente el hombre que recordaba. Alto, de setenta y tantos años, mirada penetrante y expresión dura. Sonreía mucho y sus palabras eran casi siempre cordiales, pero sus ojos eran fríos como el hielo.

La saludó educadamente y la invitó a sentarse a su lado. Marcel y Freya se acomodaron enfrente.

–No te preocupes por mí, Marcel; dedica tu encanto a Freya, que yo dedicaré el mío a la señora Henshaw… Es una mujer muy interesante. Me gustaría conocerla mejor.

Amos centró su atención en Cassie y le preguntó por su carrera, sus habilidades y su reciente viaje a Londres. Por supuesto, intentó sonsacarle sobre los asuntos de su hijo, pero Cassie no le dio ninguna información relevante.

Las cosas cambiaron cuando les sirvieron el café. Marcel dejó de hablar con Freya y se puso a hablar de negocios con su padre. Amos mencionó al joven que había pasado por la suite antes de la cena.

–Entrará en razón. Me aseguraré de ello. Si cree que me puede desafiar, se va a llevar una buena sorpresa.

Las dos mujeres se miraron.

–¿Nos disculpáis? –preguntó Freya–. Creo que es mejor que os dejemos solos.

–Por supuesto.

Cassie también se levantó.

–Buenas noches, caballeros.

Cassie llevó a Freya a su suite, donde la hermanastra de Marcel

se sentó en el sofá y suspiró, aliviada.

–Menos mal que nos hemos ido… Empezaba a estar harta de su conversación. Aunque, ahora que lo pienso, no debería haberte arrastrado conmigo. A ti te gustan esas cosas, ¿verdad?

–No, ya también estaba cansada. El mundo de los negocios me interesa mucho, pero no me agrada cuando es tan brutal.

–A mí tampoco. Prefiero estar con un hombre atractivo o ver una buena película –declaró Freya–. Y hablando de películas, ¿qué te parece si vemos la televisión?

Freya encendió el televisor y soltó un silbido de admiración cuando un hombre extraordinariamente atractivo apareció en la pantalla. Era Travis, uno de los hermanastros de Marcel. Cassie lo sabía porque había estado viendo su serie de televisión durante las semanas anteriores.

–¿Quién es su madre? –le preguntó a Freya–. ¿Otra de las esposas de Amos?

Freya sacudió la cabeza.

–No, una mujer a quien conoció en uno de sus viajes por Estados Unidos.

–Pues si Amos no consigue casarte con Darius ni Marcel, Travis será el siguiente de su lista –observó.

–Travis, Leonid o Jackson –puntualizó–. Pero si tuviera que elegir entre ellos, Travis sería el último. Es tan guapo que ser su esposa sería un problema… las mujeres lo persiguen todo el tiempo.

–Marcel también es muy guapo.

–Sí, eso es verdad. Supongo que sería parecido.

Cassie decidió cambiar de conversación.

–¿Te apetece un té?

–Por supuesto que sí. Amos se empeña en tomar champán constantemente; creo que lo hace para enfatizar su status social, para mostrarle al mundo lo lejos que ha llegado. Pero la mayoría de las veces, yo prefiero un simple té.

Cassie llamó al servicio de habitaciones para que les subieran una tetera.

–¿Por qué sigues con Amos? –le preguntó más tarde–. ¿No te puedes escapar?

–Me escaparé pronto. Quiero volver a mi trabajo de enfermera. Esa vida de lujos no va conmigo… Pero supongo que no me puedo

quejar. Amos es encantador con mi madre y me trata muy bien. Quiere que sea de su familia.

–Todo un detalle…

–Sí –dijo Freya, sin demasiado convencimiento–. Lo hace porque no tuvo una hija y quiere tenerlo todo.

–Típico de él.

–Hace unos meses, sufrió un infarto. No quería que mi madre contratara a una enfermera, de modo que Janine me llamó para que me quedara con ellos una temporada. Así, él tiene la enfermera que necesita y yo… bueno, finjo que estoy de visita.

Cassie guardó silencio.

–Todos sus hijos fueron a verlo, pensando que estaba en las últimas. Creo que Amos los convocó para estudiarlos detenidamente y saber quién merece ser el principal heredero de su fortuna. Además, el que se case conmigo recibirá una suma extraordinaria. Solo por obedecer a su papá –ironizó.

–Qué horror. ¿Y cómo lo llevas tú?

–Lo soporto porque soy libre. Me puedo ir cuando quiera –explicó–. Lo he acompañado a París porque mi madre se empeñó, pero ya me he cansado.

Cassie arqueó una ceja.

–Recuerda que Amos es un hombre muy insistente. Puede que se salga con la suya y termines convertida en su nuera.

–Sí, todo es posible, pero no lo creo. Y en todo caso, no me casaré con Darius ni con Marcel. Darius ya ha encontrado la horma de su zapato y, en cuanto a tu jefe, no es mi tipo.

–¿Por qué no?

–Porque cree que las cosas son blancas o negras, sin matices. Es un hombre muy inteligente, pero su vida emocional deja bastante que desear.

–¿En serio? –dijo Cassie, disimulando su interés–. ¿Te sirvo un poco más de té?

–Sí, gracias. Marcel no está buscando el amor. Mantiene relaciones superficiales. Y aunque sospecho que sería capaz de casarse por dinero, no lo necesita –respondió–. A veces pienso que se parece demasiado a Amos. Es tan directo como él.

–Puede que crea que las cosas salen mejor cuando se afrontan directamente –observó.

–Quizás, pero la vida es más complicada.

–Eso es cierto.

–Bueno, basta ya de Marcel. Prefiero que veamos la serie de Travis. ¡Ese hombre es guapísimo! Pero no le digas a Amos que he dicho eso, por favor. Si se entera, no me dejará en paz.

Cassie soltó una carcajada y se dedicó a ver la televisión con Freya. Empezaba a creer que había encontrado a la amiga que necesitaba.

Dos semanas después, Cassie entró en el apartamento de Marcel pensando que estaría solo, pero se encontraba en compañía de otro hombre.

–Oh, lo siento… volveré más tarde.

–No, por favor, pasa. Te presento a mi hermano, Darius.

Cassie lo reconoció porque había visto su fotografía en Internet, cuando estaba investigando a los Falcon. Darius era el hijo mayor de Amos. Un empresario con éxito que acababa de adquirir la isla de Herringdean.

–Darius me acaba de invitar a su boda –siguió Marcel–. No sé cómo lo ha hecho, pero ha convencido a Harriet para que se case con él.

Darius sonrió.

–No ha sido fácil, la verdad. Harriet forma parte de la tripulación que me salvó de morir ahogado. Ahora no me siento seguro si no está cerca de mí. Pero espero que vengas a mi boda, Marcel. Van a estar todos.

–Ah, sí, Freya me ha dicho que tenéis hermanos por todo el mundo –intervino Cassie.

–Es verdad. Jackson está rodando un documental y tuve que retorcerle el brazo para convencerlo. Leonid me ha prometido que saldrá de su querida Rusia y, en cuanto a Travis, se va a tomar un descanso de su serie de televisión. Solo falta Marcel.

–No estoy seguro de que sea una buena idea, Darius. Como Amos no pudo emparejarte con Freya, ha puesto sus ojos en mí.

–No te preocupes por eso. Dudo que nuestro padre asista a la boda. Se enfadó conmigo cuando supo que me voy a casar con Harriet.

–Pero conociéndolo, seguro que se pasa por allí.

–No seas cobarde…

–Está bien, iré; pero con una condición.

–¿Cual?

–Que la señora Henshaw me acompañe. Así, se encargará de papá si se pone pesado.

–Buena idea –dijo Darius–. ¿Y bien, señora Hen-shaw? ¿Acompañará a mi hermano a la boda?

–Qué remedio –respondió con humor–. Si Amos se intenta acercar al señor Falcon, le diré que está muy ocupado y que pida cita.

–Vaya, tienes una ayudante muy inteligente, Marcel. Me alegra saber que estás en buenas manos –dijo Darius–. La boda es la semana que viene. Sé que es muy pronto, pero no me quiero arriesgar a que Harriet cambie de idea. Además, Phantom es tan viejo que tiene miedo de que se muera uno de estos días y no llegue a la ceremonia.

–¿Phantom?

–Sí, su perro. Un chucho encantador.

–No sabía que tuvieras una veta sentimental –se burló Marcel.

–Ni yo, pero esa mujer me ha cambiado. Harriet es tan… Bueno, no sé cómo expresarlo. Es tan maravillosa, tan…

–Cuidado, hermanito, estás empezando a tartamudear.

Darius rio.

–Sí, es verdad, Harriet siempre provoca ese efecto en mí.

–Y encima, te has ruborizado. Dios mío, Darius. Y yo que admiraba tu fortaleza de espíritu… Esa mujer te ha sorbido el seso.

Darius lo miró con cara de pocos amigos.

–Me da igual lo que pienses, Marcel. Harriet es la mujer de mi vida –declaró–. Cuando encuentres a la tuya, te recomiendo que no te alejes nunca de ella, o te arrepentirás amargamente.

–Si es que la encuentra –declaró Cassie, sonriendo.

–Cierto. Dudo que Marcel la encuentre. Está demasiado ocupado con sus novias de una sola noche. Tiene alergia al compromiso –observó–. Pero en fin, será mejor que me vaya. Asegúrese de que mi hermano llegue a tiempo a la boda, señora Henshaw.

–Haré lo que pueda.

Cuando Darius se fue, Marcel dijo:

–Tenemos que volver a Londres para cerrar definitivamente el acuerdo. Pero estaremos en Herringdean a tiempo. ¿Y sabes una cosa? Me apetece mucho.

Marcel la miró con un cariño inmenso, como si estuviera pensando que su amor podía florecer en el ambiente romántico de una ceremonia nupcial. Y justo cuando se disponía a acariciarle la mejilla, sonó el móvil de Cassie.

–¿Dígame?

Cassie se quedó helada al reconocer la voz del otro lado de la línea.

–No cuelgues –dijo un hombre–. Sabes que soy yo.

Cassie colgó de inmediato.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Marcel con preocupación–. ¿Por qué tienes esa mirada? ¿Quién era?

–Jake. No sé cómo ha conseguido mi número actual. Supongo que ya habrá salido de la cárcel… –respondió, angustiada.

–Descuida. No permitiré que ese tipo te haga daño.

Ella suspiró y asintió. Pero el teléfono volvió a sonar.

–¡Basta ya, Jake! ¡No quiero hablar contigo!

–Me estoy muriendo.

–¿Cómo?

–Solo me quedan unos días de vida. Quiero verte Cassie… una última vez.

–¡No!

–Ya no estoy en la cárcel. Me han dejado salir para morir en el hospital.

Jake le dio el nombre del hospital y ella apretó los dientes.

–No, no…

–Te lo ruego, Cassie.

–No, Jake. No me importa que te estés muriendo. No quiero volver a verte.

–¿Se está muriendo? –preguntó Marcel, que había escuchado la conversación.

–Sí. Quiere verme una vez más.

–Entonces, deberías ir. Yo te acompañaré. No estarás sola.

–¿Es que te has vuelto loco?

–No. Si quieres superar el pasado, tienes que ir a ver a ese hombre. Es la única forma, Cassie. Cierra el círculo y, luego,

mándalo al infierno.

Cassie lo miró con asombro. Marcel había hablado con vehemencia, como si aquello fuera muy importante para él.

–Díselo –insistió–. Dile que irás.

–Marcel…

–Díselo.

Ella asintió.

–De acuerdo, Jake. Iré a verte.

Capítulo 11

Esa vez, fueron a Londres en avión. Marcel no soltó la mano de Cassie en ningún momento, aunque ella estaba tan nerviosa ante la perspectiva de volver a ver a Jake que su miedo a los aviones había desaparecido.

Durante el vuelo, miró a Marcel y le formuló la pregunta que volvía una y otra vez a su cabeza desde la conversación telefónica.

–¿Por qué has insistido en que fuera a verlo? No es solo por mí, ¿verdad?

–No –le confesó–. Necesito verlo en persona. Espero que lo comprendas.

–Sí, supongo que lo comprendo. Pero me da miedo.

–No tengas miedo. Estaré contigo.

Cassie estuvo a punto de decir que no tenía miedo de Jake, sino de él. Y no sabía por qué. Solo sabía que Marcel se había comportado como un hombre que siempre hubiera perseguido un objetivo y que se encontrara a punto de alcanzarlo.

–¿Cómo conseguiría tu teléfono? –continuó Marcel–. ¿Te habrá investigado?

–Es posible. Incluso estando en la cárcel, es un hombre con recursos. Además, estaba obsesionado conmigo. Me veía como si fuera un objeto de su propiedad. Cuando salíamos a cenar, hacía ostentación de mí y yo tenía que sonreír y mostrarme orgullosa de ello, a sabiendas de que, cuando volviéramos a casa, me volvería a…

–No lo digas –la interrumpió–. Por favor.

Marcel cerró los ojos con fuerza.

–Lo siento, Cassie, pero no soporto la idea de que tuvieras que pasar por ese infierno. Me extraña que no me odies.

–Ya hemos hablado de eso, Marcel. No fue culpa de nadie.

Él asintió y se mantuvo en silencio hasta que dijo:

–Cuéntame algo, lo que sea. Háblame de algo que te guste.

Ella suspiró.

–Hubo un momento en el que pensé que la vida merecía la pena… Me había quedado embarazada.

–¿Tuviste un hijo?

Cassie sacudió la cabeza.

–No. Aborté –respondió–. Luego, me enteré de que Jake se estaba acostando con otras y, como ya sabes, lo utilicé como excusa para pedirle el divorcio… aunque no importaba en absoluto. Obviamente, él se resistió. Pero yo tenía un as bajo la manga.

–¿Algún secreto de su vida de delincuente?

–No. Mi as era el simple hecho de que no me importaba lo que hiciera. Jake se imponía a la gente a través del miedo. Y cuando perdí el miedo, dejó de tener poder sobre mí.

–De todas formas, supongo que te resultaría difícil.

–Sí, mucho. Jake me dijo que no me libraría de él tan fácilmente, y tenía razón. Ha estado siempre en mis pesadillas. No conseguí borrar su recuerdo.

–Pero las cosas han cambiado –dijo con firmeza–. Ahora estás conmigo, y lo derrotaremos juntos. Te lo prometo.

–¿Juntos?

–No me crees, ¿verdad?

–Me encantaría creerte, pero hay problemas que no son tan fáciles de solucionar.

–Pero estamos juntos –insistió–. ¿Cómo tener miedo si nos tenemos el uno al otro? Derrotaremos a Jake y saldrá para siempre de tus pesadillas. Te lo prometo.

En ese momento, el avión empezó a descender. Cuando tomaron tierra, reservaron habitaciones en un hotel que se encontraba a poca distancia del aeropuerto de Heathrow, cerca del hospital donde estaba Jake.

Lo encontraron en una habitación individual, vigilado por un policía que salió discretamente cuando llegaron ellos.

Marcel le apretó la mano con cariño, se la soltó y se escondió en las sombras.

–¿Cassie? –dijo Jake con voz débil–. ¿Eres tú? No te veo bien…

–Sí, soy yo.

–Acércate, por favor.

Ella se acercó a regañadientes y permitió que le acariciara la mejilla antes de sentarse en el borde de la cama.

–Sigues siendo preciosa. Sigues siendo mi Cassie.

–Nunca fui tuya.

–Pero fuiste mi mujer.

–En mi corazón, no. Nunca.

–Pero ahora estás aquí. Sabía que vendrías.

–No te engañes, Jake. Siento que estés así, pero entre nosotros no hay nada. Nunca lo hubo –afirmó.

–Ah, eres tan dura… Creo que me gustabas tanto por eso –declaró–. Pero, digas lo que digas, tú también me querías.

–No, Jake. Hiciste daño al hombre del que estaba enamorada. Me quedé contigo porque no tenía otra forma de protegerlo.

–¿De proteger a ese tipo? No me hagas reír… Era un don nadie. Seguro que ahora está viviendo en la calle, como un vagabundo.

Marcel caminó hasta la cama. Había llegado su momento.

–Te equivocas, Jake. Como te equivocaste con todo.

–¿Quién diablos eres tú?

–¿Es que no me conoces? No, supongo que no… tendrías a otro para que te hiciera el trabajo sucio. Me dejaron tumbado en un charco de sangre. Pero estoy aquí y ya he visto todo lo que necesitaba ver.

Para sorpresa de Marcel y de la propia Cassie, Jake rompió a reír.

–Bonitas palabras. Crees que has ganado, ¿no? Pero solo habrías ganado si hubieras ganado entonces –se burló–. Cassie era joven y estaba espléndida… mucho mejor de lo que estará nunca. Fueron sus mejores años, y fueron míos. ¿Me oyes? Míos. Tuve cosas que tú nunca podrás tener.

–No, él tuvo cosas que tú no conociste –dijo Cassie–. Tuvo mi amor.

Jake no le hizo caso. Sus ojos estaban clavados en Marcel, al que miraba con furia.

–Algún día te darás cuenta de que no has ganado nada. Cassie ya no existe. Solo has conseguido su cáscara, su fachada. ¿Crees que tienes futuro? Ni siquiera puede tener hijos.

–Contigo, no –replicó Marcel.

Jake se giró hacia Cassie y, tras un violento acceso de tos, dijo:

–Has venido. Has venido a mí.

–Porque Marcel me lo pidió.

–Mientes, Cassie. Soy tu marido, y tú eres… tú eres mía.

–No. ¡Nunca!

Súbitamente, Jake extendió un brazo y la agarró por la muñeca.

–No, por favor… –rogó Cassie.

–¡Suéltala, Jake!

Marcel le apartó la mano y sacó a Cassie del hospital.

–Todo ha terminado, cariño –le dijo–. Tranquilízate.

Al llegar al hotel, él la acompañó a la suite y llamó al servicio de habitaciones para que les subieran la cena. Mientras esperaban, fue a su apartamento a recoger lo que necesitaba para pasar la noche; y a la vuelta, le sirvió la comida.

–No tengo hambre –dijo ella.

–Lo sé, pero tienes que comer. No discutas.

Su tono era suave pero firme, y ella obedeció. Se sentía completamente derrotada. Se suponía que el reencuentro con Jake debía dejarle un sentimiento de triunfo, pero se lo había dejado de pérdida. Era como si su exmarido hubiera vuelto a ganar.

Cuando terminaron de cenar, Marcel la ayudó a desnudarse, la metió en la cama y se tumbó a su lado, abrazándola con fuerza. Cassie se acurrucó contra su cuerpo y, lentamente, se quedó dormida. Despertó en algún momento de la noche. Marcel la estaba acariciando de forma seductora, y ella respondió con pasión, ansiosa por dejarse llevar.

–No pasa nada. Jake se ha ido. Solo estamos tú y yo.

–Sí, es cierto.

A pesar de lo que había dicho, Cassie tenía la impresión de que una nube oscura se cernía sobre ella. Una nube que no quería ver ni entender.

Se levantó poco antes del alba, con dolor de cabeza. Cruzó la habitación y alcanzó el bolso en busca de un analgésico; pero no encontró ninguno, así que abrió un pequeño bolsillo interior que no solía utilizar, por si los había guardado allí. Y se quedó helada. En lugar de las pastillas, encontró el anillo de diamantes y zafiros que Jake le había regalado y que ella le había lanzado a la cara durante el divorcio.

Solo había una explicación. Se lo había metido durante su

encuentro en el hospital, sin que se diera cuenta. Era como si quisiera decirle que era suya y que lo seguiría siendo, incluso después de la muerte.

–¿Cassie? ¿Estás bien?

Cassie cerró el bolso.

–Sí… ahora vuelvo a la cama.

Cassie consideró la posibilidad de decírselo, pero estaba tan confundida que no habría sido capaz, de modo que volvió a la cama y dejó que la abrazada.

–¿Qué ocurre? –insistió él.

–Nada… nada.

Ella le acarició la cicatriz que Marcel tenía en el pecho. Era un recordatorio de lo que había sucedido diez años antes.

–Lo siento tanto, Marcel…

–No importa. Lo pasé mal en su día, pero eso es agua pasada. Ya ha terminado.

–Claro que importa. Podrías haber muerto.

–Pero sigo vivo.

Cassie pensó que eso no era verdad. En cierto sentido, los dos habían muerto cuando permitieron que Jake los separara. Y se sentía como si Jake se hubiera quitado los grilletes de la cárcel y se los hubiera puesto a ella.

Cassie reservó habitaciones en el hotel Conwey de la isla de Herringdean. Poco después, Freya llamó para informarles de que Amos no iba a asistir a la boda, una noticia que recibieron con alivio. Especialmente, porque despejaba el camino para que asistiera la madre de Marcel, Laura Degrande.

En lugar de viajar en avión, Marcel alquiló un helicóptero. Y las vistas eran tan bonitas que Cassie olvidó su miedo a volar.

–Es precioso –susurró ella cuando vieron la isla.

–Sí. Empiezo a envidiar a Darius.

–¿Por vivir en un sitio como este?

–Por eso y por más cosas.

Cassie se giró hacia Marcel y vio que la estaba mirando con una sonrisa misteriosa. Pero el helicóptero inició la maniobra de descenso y no tuvo ocasión de preguntar.

Darius y Harriet los recibieron en el aeropuerto.

–Os llevaré a vuestro hotel –dijo Darius tras las presentaciones–. Y cuando estéis preparados, vendréis a nuestra casa. Vamos a dar una gran fiesta.

–¿Quién más ha llegado?

–Tu madre, Jackson y Travis. Travis se ha quedado en casa para esconderse de sus admiradoras. No puede salir a la calle sin que lo persigan.

Tras una estancia breve en el hotel, Darius los llevó a Giant's Beacon, una mansión preciosa, aunque algo destartalada, que se alzaba junto al mar. Cassie se llevó inmediatamente bien con los hermanos de Marcel y con su madre, una mujer encantadora; pero sobre todo con Harriet, la prometida de Darius.

En determinado momento, cuando se había quedado a solas con ella, le preguntó:

–¿Cómo supiste que te habías enamorado?

–Lo supe por Phantom.

Harriet señaló un perro grande que estaba tumbado en el sofá.

–Ah, tu perro… Sí, Darius comentó que está muy viejo y que te querías casar antes de que se muera.

–Es verdad. Estuvo a punto de morir hace poco. Yo estaba en el mar, con el servicio de salvamento marítimo; habíamos recibido una llamada de emergencia, de modo que Darius se quedó a su lado, hablándole y acariciándole… Y Phantom sobrevivió. Entonces, supe que estaba completamente enamorada de ese hombre. Fue el momento decisivo.

–Qué suerte. Al menos tuviste un momento decisivo.

–Sí. La mayoría de la gente no es tan afortunada. Pero con revelaciones o sin ellas, hay algo que siempre es igual… Cuando encuentras a la persona adecuada, tienes que aferrarte a ella.

Cassie asintió y, justo entonces, se oyó un murmullo en la sala.

–Debe de ser Leonid –dijo Harriet–. Darius ha ido a recogerlo. Es el hombre misterioso de la familia.

Desde el primer momento, Leonid estuvo a la altura de su fama de hombre misterioso. Era alto, de cabello negro, ojos oscuros y cara enjuta; un hombre muy atractivo, pero reservado, como Cassie tuvo ocasión de comprobar cuando se lo presentaron.

Poco después, se dio cuenta de que Laura la estaba mirando y se

acercó a ella.

–Tenía muchas ganas de conocerte –dijo la madre de Marcel–. Marcel me ha hablado mucho de ti.

–Y supongo que me odias…

–Sí, reconozco que te odié en su momento, pero eso fue hace muchos años, cuando vuestra relación se rompió. Marcel estaba completamente hundido –explicó–. Luego, hace unas semanas, vino a casa para recoger un sobre que contenía una carta tuya, y estaba tan tenso que supe que debía de ser algo muy importante. Cuando me llamó para decirme que todo estaba bien y que no lo habías traicionado, me alegré. Pero quiero pedirte una cosa.

–¿Cual?

–No le vuelvas a partir el corazón.

–No es mi intención, pero…

–Pero no sabes si estás enamorada de él.

–¿Cómo puedo estar segura? Los dos hemos cambiado mucho en estos años. Una parte de mí, lo ama; pero la otra está preocupada. Es como si ahora fuéramos cuatro personas, las dos que fuimos y las dos que somos en la actualidad. Y no saldrá bien si esas cuatro personas no aprenden a quererse.

–Saldrá bien, ya lo verás. Mira…

Laura abrió el bolso y sacó una cajita que contenía el mayor anillo de diamantes que Cassie había visto en su vida.

–Amos me lo regaló cuando nos conocimos. Lo he guardado todos estos años para Marcel, para que se lo diera a la mujer de quien se enamorara.

–Es precioso…

–¿Te lo quieres probar?

Cassie sacudió la cabeza.

–No, gracias…

Laura suspiró y volvió a guardar el anillo.

–Bueno, espero que cambies de opinión.

A la mañana siguiente, la familia se reunió para asistir a la ceremonia. Harriet apareció en compañía de los hijos de Darius, Frankie y Mark. Este último llevaba a Phantom con una correa. Cassie contempló la escena con emoción y se acordó del comentario

de Harriet sobre los momentos decisivos. ¿Llegarían Marcel y ella a ese momento? ¿O era esperar demasiado?

Se giró hacia Marcel y vio que la estaba mirando con una sonrisa extraña en los labios, como si quisiera decirle algo. Pero apartó la mirada enseguida y la dejó a solas con sus pensamientos.

La fiesta posterior fue como cabía imaginar, toda risas y felicidad. Al cabo de un rato, alguien puso música y los invitados empezaron a bailar.

–¿Te alegras de haber venido? –le preguntó Marcel.

–No me lo habría perdido por nada del mundo. Ha sido precioso.

–Sí, es verdad…. Por cierto, quiero enseñarte una cosa.

Marcel se llevó una mano al bolsillo y sacó el anillo que Laura le había enseñado antes de la ceremonia. Se quedó tan sorprendida que no supo qué hacer, pero él la tomó de la mano y se lo puso en el dedo.

–Marcel…

–Disfruta del momento, cariño –declaró–. ¡Atención! ¡Quiero anunciar algo!

Todos dejaron de bailar y lo miraron.

–¡Cassie y yo nos vamos a casar!

Tras los aplausos posteriores, la gente se acercó a Cassie para felicitarla y ver el anillo. Ella lo enseñó de forma mecánica, incapaz de creer lo que estaba pasando.

Su mente era un caos, con miles de pensamientos que se cruzaban y se contradecían.

Pero entre todos ellos, se imponía un monosílabo.

No.

Capítulo 12

Harriet la abrazó con fuerza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

–¡Cuánto me alegro, Cassie! –exclamó.

Cassie le dedicó una sonrisa forzada. Estaba confundida. Amaba a Marcel, pero no dejaba de pensar que había anunciado su boda sin preguntárselo primero y, muy especialmente, sin ninguna declaración de amor.

Pero no pudo hablar con él hasta que la sacó a bailar.

–Bueno, por fin se ha arreglado todo –dijo Marcel, sonriendo.

–¿Tú crees? Ni siquiera me lo has pedido.

–No era necesario. No habría aceptado un no por respuesta… Además, sé que tú lo quieres tanto como yo.

Cassie reaccionó con indignación.

–Si estás tan seguro, ¿por qué no me lo has pedido?

Marcel suspiró.

–Está bien, como quieras… ¿Quieres casarte conmigo?

Ella lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

–No, Marcel.

–Ah, vaya. Quieres hacerte de rogar…

–No se trata de eso.

–Pero cariño…

–¿Podemos salir de aquí?

–Por supuesto.

Subieron a un coche y se dirigieron a Ellarick, la localidad más grande de la isla, donde se encontraba su hotel. Pero a mitad de camino, Marcel detuvo el vehículo.

–Es mejor que hablemos aquí –dijo.

–Claro.

–Cassie, yo…

–No me voy a casar contigo, Marcel.

–¿Por qué? Pensaba que ya lo habíamos aclarado todo.

–Porque no me lo has pedido. Has dado por sentado que lo quería y lo has anunciado a todo el mundo, como si mi opinión

careciera de importancia. Esa es la parte de ti que menos me gusta; la parte que te lleva a llamarme por teléfono, cuando estamos separados, no porque me eches de menos, sino para comprobar que no me he marchado.

–Eres mía, Cassie. Me perteneces. Y no voy a renunciar a ti.

–Hablas como si yo fuera un objeto.

–No, no eres un objeto –dijo él, sacudiendo la cabeza–. Me perteneces porque te entregaste a mí, voluntariamente.

–Y luego, me alejé de ti.

–Porque las circunstancias te obligaron a hacerlo. Tú misma me lo has dicho –le recordó–. Lo que pasó hace diez años no invalida el regalo original.

–Pero Marcel, no podemos…

–Por supuesto que podemos. Me dijiste una y mil veces que me pertenecías y que yo te pertenecía. Nada de lo que ha pasado desde entonces invalida ese hecho. Llegamos a un acuerdo verbal, un acuerdo que sigue en pie.

–¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un contrato de negocios?

–Por supuesto que no. Pero estás a punto de descubrir que me tomo los contratos muy en serio.

Marcel la abrazó con intención de besarla. Y ella se apartó.

–¡No! ¿Es que no lo entiendes? No es posible.

–¿No me amas?

Ella suspiró.

–Cassie te ama, pero la señora Henshaw no puede estar con un hombre que se comporta como tú.

–¿No crees que ya has ido demasiado lejos con esa tontería del doctor Jekyll y el señor Hyde? –replicó.

–No es ninguna tontería. Yo estoy contenta con mis dos personalidad, pero tú… solo quieres a la mujer que fui –declaró, enfadada–. Aunque reconozco que en eso nos parecemos. Yo quiero a Marcel, el hombre del que estuve enamorada, no a la persona que la suplantó después, una persona que se parece demasiado a Amos e incluso a…

–¿A Jake? –la interrumpió–. ¿Cómo te atreves a compararme con ese tipo?

–Me atrevo porque hacía lo mismo que tú. Me daba órdenes; me trataba como si yo fuera un objeto y me arrastraba a callejones

oscuros donde nadie nos veía y yo no tenía más remedio que hacer lo que él quisiera.

Marcel guardó silencio.

–Quédate con tu anillo –continuó Cassie–. Lo habría aceptado hace años, pero ya no.

Cuando llegaron al hotel, Laura estaba en el vestíbulo.

–No esperaba que volvierais tan pronto –dijo.

–Estoy muy cansada –declaró Cassie–. Me voy a acostar.

Cassie no estaba de humor para hablar con la madre de Marcel, así que subió a su habitación, cerró la puerta y se metió en la cama. Habría dado cualquier cosa por quedarse dormida, pero el sueño se mostró esquivo y pasó casi toda la noche en vela.

Al día siguiente, volvieron juntos a París. Marcel llevó a Laura a su casa y, cuando ya se habían quedado solos, Cassie preguntó:

–¿Se lo has dicho?

–No. No sabía qué decir.

–Cuéntaselo cuando me haya ido. Mañana vuelvo a Londres.

–¿Y ya está?

–Hemos llegado al final del camino, Marcel.

–¿Estás segura de lo que dices?

–No insistas. Ni yo te puedo hacer feliz ni tú me puedes hacer feliz a mí.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

Cassie pasó el resto del día en la suite del hotel, guardando sus cosas y atando cabos sueltos del trabajo.

Esperaba que Marcel apareciera en algún momento e intentara convencerla para que cambiara de opinión, pero no se presentó ni durante el día ni durante la noche ni a la mañana siguiente. Y como no se quería ir sin despedirse, fue a buscarlo a su apartamento.

Hasta entonces, solo había estado en el salón y en el despacho. Pero Marcel no estaba en ninguno de los dos, así que avanzó por el pasillo y abrió la primera puerta. Daba a un dormitorio grande y lujoso, con una cama enorme que, sin embargo, tenía aspecto de no haberse usado en mucho tiempo. Cassie probó con la segunda puerta y se encontró en una habitación muy pequeña, casi sin

muebles, con una cama donde no habrían podido dormir dos personas.

De forma instintiva, supo que aquella celda prácticamente monacal era el dormitorio de Marcel. Y que la otra habitación, la lujosa, era una fachada que reservaba para sus amantes; el lugar donde interpretaba el papel de seductor.

Para Cassie, fue una revelación. El joven del que se había enamorado diez años atrás se había convertido en un hombre que, cuando estaba solo, se encerraba en un lugar minúsculo que ni siquiera tenía un armario. En ese momento, se dio cuenta de todo lo que había sufrido. Y lo lamentó terriblemente.

Cuando se dio la vuelta, Marcel la estaba mirando desde el umbral.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –preguntó ella.

–¿Por qué te lo iba a decir? No quería que supieras que me convertí en un hombre triste, encerrado en sí mismo.

–Marcel, yo…

–Normalmente, cierro la puerta con llave. Nadie ha visto esta habitación. Nadie salvo yo mismo, por supuesto.

–¿Nadie?

–No, nadie. Yo soy esta habitación. Un lugar que ha permanecido al margen del mundo desde que…

Ella le acarició la cara.

–¿Desde cuándo vives así?

–Desde que compré La Couronne, hace cinco años. El otro dormitorio, el grande, es el oficial, el que uso de cara a la galería, por así decirlo. Pero este es el verdadero.

–Si me lo hubieras enseñado…

–Estaba esperando el momento preciso.

–Y el momento es ahora, ¿verdad?

La cama era tan pequeña que casi no cabían, pero hicieron el amor de todas formas. Y cuando terminaron, Cassie se sintió en paz y profundamente agradecida.

Habían logrado solucionar sus problemas en el último momento, antes de que fuera demasiado tarde.

Se giró hacia él y lo miró con intensidad. Esperaba una declaración de amor que diera paso a la promesa de una vida nueva; pero, en lugar de declararse, él dijo:

–Adiós.

Horas después, la llevó al aeropuerto y la acompañó hasta la puerta de embarque.

–Tu avión está a punto de despegar… será mejor que me vaya –dijo–. Pero no te preocupes, no te volveré a molestar.

–Marcel…

–No pasa nada, cariño. Ya eres libre. Nadie te persigue ni te presiona para que hagas lo que no quieres hacer. Tenías razón… Me he comportado de forma absurdamente posesiva, pero me alegra que nos separemos como amigos. Hasta siempre, Cassie. Sé feliz, por favor.

–Y tú.

–¿Feliz? ¿Sin ti? La única felicidad que siento estas alturas es saber que, por fin, eres libre. He sido muy injusto contigo. Te he impuesto mis deseos como si fuera un vulgar dictador. Pero, afortunadamente, me has hecho ver que estaba equivocado.

–No hay razón para que esto acabe así…

Él se encogió de hombros.

–Si siguiéramos juntos, terminarías por odiarme. Y yo no lo podría soportar –afirmó–. Adiós, cariño mío. Encuentra un hombre que te merezca y sé feliz con él.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Lo digo porque quiero que seas feliz.

–Oh, Dios mío… Nos hemos hecho tanto da-ño… Si las cosas hubieran sido distintas…

–Pero no lo han sido, y no te quiero presionar más.

Marcel se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Luego, se despidió una vez más y se alejó de ella, lentamente.

Cassie subió al avión, derrotada. Marcel le acababa de demostrar la sinceridad y la profundidad de sus sentimientos.

Había roto con ella porque estaba convencido de que no podría ser feliz si no era libre. Ese era el momento decisivo que Harriet había mencionado durante su conversación. Pero ya no importaba. Lo había perdido para siempre.

De vuelta en Londres, comprendió que había llegado el momento de ser práctica.

Se había quedado sin trabajo y no tenía mucho dinero; o eso pensaba hasta que comprobó su cuenta bancaria y descubrió que Marcel le había ingresado tres meses de sueldo y una suma extra, más que generosa. Pero, a pesar de ello, necesitaba un empleo.

Días más tarde, salió a pasar por la orilla del Támesis. El sol se estaba poniendo sobre el río cuando oyó el clic de una cámara y se giró.

–No te muevas. Todavía no he terminado…

–¿Eres tú, Toby?

Toby era el joven ayudante de fotografía que, años atrás, la había ayudado a convertirse en una modelo de primer nivel.

–¡Cuánto me alegro de verte! –Cassie le dio un abrazo–. ¿Te apetece un café?

–Por supuesto. ¿Cómo voy a perder la oportunidad de tener una sesión fotográfica con la gran Cassie?

–Ya no soy la gran Cassie. Pero te concedo esa sesión… –dijo con una sonrisa.

Toby la llevó a su estudio, donde le hizo montones de fotografías. A Cassie le pareció muy divertido hasta que él dijo:

–Tengo una idea. Voy a presentar al mundo el regreso de Cassie, más bella que nunca…

–Estás loco –declaró entre risas.

–Claro que sí. Pero escucha con atención…

Varios días después, alguien llamó a la puerta de su casa.

–¡Freya!

Cassie la invitó a tomar té y unas pastas; y, cuando ya estaban sentadas, Freya dijo:

–Tengo entendido que vas a volver al mundo de la moda.

–No, solo dejé que un amigo me sacara unas cuantas fotografías.

–Pero la antigua Cassie sigue viva, ¿verdad?

–Sí, sigue viva. Ha sido una sorpresa muy agradable –respondió–. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

–He vuelto a Londres para trabajar de enfermera. Me he cansado de Amos y de su empeño por casarme con uno de sus hijos.

–¿Quién es el candidato ahora? ¿Jackson? ¿Leonid? ¿Travis?

–No, sigue siendo Marcel. Sabe que necesita dinero y lo ha estado presionando. Pero Marcel lo ha rechazado.

–¿En serio?

–En serio. Se enfrentó a su padre y dijo que venderá parte de las acciones de La Couronne para tener el dinero que necesita.

–¡Pero ese hotel es la niña de sus ojos!

–Lo sé. Y como Amos no se da por vencido con tanta facilidad, me ingresó una verdadera fortuna en el banco… Por lo visto, pensó que Marcel cambiaría de opinión y se casaría conmigo si yo era rica.

–Oh, no…

–No te preocupes. Marcel sigue loco por ti.

–Lo dudo mucho –declaró.

–Pues no deberías dudar. Hablé con él por teléfono y me contó lo que había pasado. Ese hombre es un idiota… Pero, a pesar de ello, sigo pensando que estáis hechos el uno para el otro.

Cassie sacudió la cabeza.

–Ya es tarde, Freya.

–¿Es que ya no lo amas?

–Por supuesto que lo amo. Pero no sé qué hacer…

Freya sonrió.

–Bueno, creo que te puedo echar una mano en ese sentido. Escucha con atención, porque se me ha ocurrido una idea.

Vera miró a su jefe, que acababa de entrar en la oficina de su apartamento. Marcel parecía muy deprimido, pero su secretaria pensó que su humor estaba a punto de cambiar.

–Tienes visita –le informó–. Alguien ha comprado un paquete de acciones de La Couronne y ha dicho que necesita hablar contigo. Te está esperando en tu despacho.

Marcel frunció el ceño y entró en su despacho.

–Hola –dijo Cassie.

Él se quedó atónito.

–¿Qué haces aquí? Vera me ha dicho que alguien había comprado acciones y que…

–Sí, las he comprado yo.

–¿Tú? Pero, ¿de dónde has sacado el dinero? Valen una fortuna…

–De Freya, que me ha hecho un préstamo. Se lo devolveré con los beneficios que saque del hotel –respondió.

–Pero Freya no tiene tanto dinero como para…

–Bueno, he encontrado más fuentes de ingresos. Jake me regaló un anillo muy valioso antes de que nos casáramos. Yo se lo devolví, pero me lo metió en el bolso cuando estuvimos en el hospital, sin que me diera cuenta –explicó–. Lo he vendido y he usado parte del dinero para comprar más acciones… Me dieron medio millón de libras esterlinas.

–Y ahora has vuelto conmigo…

–Sí. Es paradójico, ¿verdad? Jake nos separó y Jake nos ha unido.

–Sospecho que no se alegraría mucho si lo supiera.

–Eso es lo que más me gusta de todo este asunto –dijo Cassie, con una sonrisa–. Pero hay algo más.

Cassie abrió una revista que llevaba en el bolso y le enseñó la fotografía central, a dos páginas. Era de ella. Estaba en biquini y miraba a la cámara con unos ojos tan seductores como su propio cuerpo.

–Mírala bien –continuó.

–No es necesario; tengo mi propia copia, de carne y hueso. Y yo que pensaba que la señora Henshaw había ganado la partida…

–La señora Henshaw te quiere tanto como Cassie, Marcel.

–Me alegro mucho. Sí, mi vida será más fácil.

–Desde luego que sí. Cassie va a tener que trabajar mucho para pagar las deudas de la señora Henshaw, pero las dos han aprendido a vivir en armonía… y quieren estar contigo, si a ti te parece bien.

Marcel la miró con inseguridad.

–Cassie, no digas eso si no estás completamente convencida. No soportaría perderte otra vez. Me mataría.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello.

–No habrá otra vez, Marcel. Las cosas han cambiado. Gracias a ti, me he dado cuenta de que tú no eres el único que tiene un lado posesivo. Yo también lo tengo, y me parece bien.

–Entonces, ¿serás mía?

–Seré tuya.

–Pero sabes que nos pelearemos muchas veces…

–Claro que sí. Tendremos peleas terribles y nos diremos cosas desagradables, como todas las parejas. Pero nos amaremos de todas formas.

–¿Seguro? Conquistar a Cassie ha sido un verdadero placer, pero conquistar a la señora Hen-shaw va a ser todo un desafío.

Ella sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta tras la que estaba el pequeño dormitorio.

–En ese caso, deberías empezar cuanto antes. ¿A qué estás esperando?

Él la tomó en brazos y la llevó hacia el pasillo.

–¿Quién está esperando? –replicó.